

EL MÉDICO
DE
SAN LUIS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DANIEL.

BUENOS AIRES.

IMPRESA DE LA PAZ, CALLE DEL PERU, NUMEROS 142 Y 144.

1860.

EL MÉDICO
DE
SAN LUIS.

NOVELA ORIGINAL

POR
DANIEL.



BUENOS AIRES.

—
IMPRESA DE LA PAZ, CALLE DEL PERU, NUMEROS 142 Y 144.

—
1860.

ADVERTENCIA.

En este siglo de *opulencia y refinamiento* ¿á quien podrá agradar un carácter como este? Aquellos que no gusten sino del gran mundo, apartarán sus ojos con desden, de la simplicidad de su modesto hogar de provincia, los que toman el mal tono por la alegría, no hallarán ninguna gracia á su inofensiva conversacion : y aquellos que han aprendido á burlarse de la religion, se reirán de un hombre que halla su mayor consuelo en la esperanza de otra vida.

OLIVIER GOLDSMITH.

Introduccion al *Vicario de Wakefield.*

CAPÍTULO I.

La familia de Wilson, semejanza de las niñas, carácter de Jane Wilson.

Siempre he pensado que el mayor ó menor grado de felicidad que se alcanza en la vida, está en razon directa con nuestras aspiraciones. Asi yo que fui siempre sobrio en mis deseos, me considero feliz porque he conseguido realizar aquello que desde mis primeros años, formó la base de mis mas caras esperanzas.

Cinco años despues de mi llegada á América, sin mas recursos que los buenos ó malos estudios hechos en la universidad de Edimburgo, tuve la suerte de casarme. Y

si como á mi compañero Gifford, la fortuna no me ha prodigado sus mas pingües favores, puedo asegurar que en el corazon de mi Maria he hallado una inagotable mina de bondad y dulzura.

Han pasado ya veinte cinco años, desde el dia en que su anciano padre me la entregó á la puerta de la casa que hoy habitamos, y un solo dia no he dejado de bendecir el dichoso instante en que tuve la idea de encaminarme á la provincia de San Luis.

Sin embargo he experimentado algunos sinsabores en el curso de mi vida. Mi primer hijo desde la mas tierna edad fué delicado y enfermizo; solo el cuidado de todos los momentos que la madre sabe prodigar á un hijo enfermo, han podido librar á mi Juan de una temprana muerte, no obstante, los habitantes de estos alrededores aseguran que mi hijo no debe la vida sino al saber extraordinario y milagroso del médico ingles. Pobres gentes, mucho fian en la omnipotencia de mi ciencia, asi nada conmue-

ve mas mi corazon que escuchar los acentos tan verdaderos con que á la cabecera del enfermo, ponen su vida en mis manos, confiando en mi á quien creen un agente directo de la Providencia!

Algun tiempo despues mi buena Maria hizome padre de dos niñas gemelas, tan frescas y sonrosadas, cuanto su hermano habia sido palido y enfermizo. Sara y Lia á á la edad de quince años podian compararse á la mañana de un bello dia de primavera. El azul del cielo americano sé refleja en sus ojos y sus cabellos dorados y abundantes semejan á las cargadas espigas de trigo que cosecho todos los años en mi pequeña hacienda. Tienen todo el tipo ingles, se parecen mucho á mi madre, no obstante poseen ese misterioso encanto inherente á la mujer americana, y que no ha sido explicado aun por ningun fisiólogo. Tan completa es su semejanza que en los primeros años para distinguirlas, necesitabamos ponerles alguna señal. Su madre nó puede me-

nos que sentir un movimiento muy marcado de vanidad, desconocido hasta entónces á su alma, cuando los dias de fiesta al salir de misa, oye decir á los méndigos que estan sentados á la puerta de la iglesia: *Dios las guarde; son idénticas, tan bellas como buenas.* No dejantales palabras de producir alguna agitacion, de vuelta á casa, mi muger se complace en repetirmelas y mi hermana Jane replica con marcado disgusto: «Hermana, la vanidad es pecado muy peligroso por sus consecuencias,» y mi mujer se afana y asegura que no lo dijo por vanidad y agrega que sus hijas son modestas y recatadas, lo que dá lugar á un lijero altercado, á que ponen fin las niñas, abrazando á la tia y pidiéndole consienta en acompañarnos á almorzar.

La pobre Jane, no tiene mal carácter y sin embargo tal escena repitese frecuentemente; mi hermana es protestante como yo y es necesario advertir que los domingos es cuando su genio naturalmente esquivo

sufre mayor alteracion. Jane tiene diez años menos que yo, pero, al verla, flaca y encorvada apoyarse en su muleta para andar con mas facilidad se le darian cincuenta. Solo nosotros que conocemos la bondad de su corazon le hacemos justicia y disculpamos su mal humor.

Desgraciada desde sus primeros años, víctima del mal trato de una tia, que á la muerte de nuestra madre se encargó de su educacion, Jane asegura que solo el dia que se embarcó para venir á reunirse conmigo á América, durmió tranquila y sin zozobra.

Hay criaturas que nacen con mala estrella! Jane no ha sido nunca una belleza, pero un talle mas esvelto y una manera de andar que recordase mas el *sesu patuit dea* del poeta, no era posible hallar.

Cárlos Gifford mi amigo y compañero de viage que desde su llegada al Rio de la Plata habiase dedicado á la carrera mercantil, insistiendo conmigo para que abandonase mi profesion y le imitase, me aseguró no

bien la conoció que así que pudiese girar sobre Londres ó Liverpool un crédito de 10,000 libras, miss Wilson cambiaria su nombre por el de Carlos Gifford. No puedo explicar el placer que tales palabras produjeron en mi, para comprenderlo, es necesario saber que mi amigo, reunia en si prendas del mas alto mérito. Laborioso, inteligente y honrado, Carlos podia jactarse de tener una de las figuras mas bellas que puede verse en hombre sin que esto alterase en lo mas mínimo el amable desembarazo de su trato.

¿Cómo no amarle; Jane abrió su corazón al tierno goce de aquel amor y se entregó á él con todo el abandono de una alma sedienta de afecto.

Mi amigo habia escojido la provincia de Buenos Aires para centro de sus operaciones mercantiles y yo juzgué conveniente desde mi llegada internarme en la república; así no era posible que permaneciésemos siempre juntos.

Tengo la costumbre de atribuir á la Pro-

videncia todo aquello bueno que me aconte-
ce, mientras que por lo contrario, lo malo lo
atribuyo siempre á imprevision ó à impru-
dencia de mi parte. Esta filosofia es consola-
dora y como tal me guio por ella. Bien hubie-
ran deseado los amantes no separarse para
disfrutar de esas dulces horas en que se le-
vantán castillos en el aire, sobre la instable
base del mútuo cariño; pero la circunstancia
de no tener relaciones en Buenos Aires,
determinó que Jane me acompañase á la
provincia de San Luis en donde un cómpa-
triota me aseguró hallaria los medios de
ganar mi vida, merced á su recomendacion y
á la escases de médicos en aquella ciudad.
Fué necesario separarse, Gifford nos acom-
pañó hasta los estramuros de la ciudad
prometiéndole á Maria escribirle por todos
los correos, asegurandonos ademas creia
muy posible visitarnos antes de seis meses.

Quiso mi buena suerte que entre las car-
tas de recomendacion que llevaba para San
Luis, hubiese una, que á la verdad ha influi-

do considerablemente en mi destino. Por ella conocí al padre de Maria, respetable vecino de aquella ciudad, que fué un padre para mi, el cual no solo nos dió franca hospitalidad en su casa sinó que me presentó á las personas mas distinguidas, encareciendo mis pocos méritos con las mas afectuosas espresiones. El anciano duerme ya tranquilo en la tumba, su hija es mi compañera, la madre de mis hijas y el recuerdo de sus virtudes vivirá eternamente en mi corazón!!

CAPÍTULO II.

Los amantes. Los sufrimientos alteran el carácter y cambian nuestro modo de ser. La madre.

Carlos Gifford escribía continuamente á su novia; todos los correos nos traian nuevas protestas de cariño, acompañadas de una circunstanciada relacion del ventajoso estado de sus negocios.

Jane habiase ligado estrechamente con la jóven hija de nuestro huésped y bien pronto las confianzas se hicieron recíprocas. Maria me amaba y su padre decia: Que no era posible hallar un marido mas de su gusto.

No habian espirado aun los seis meses, cuando el enamorado Gifford nos visitó en

San Luis. Aquí tuvo ocasion de hacer ventajosas compras de tierras, en las inmediaciones de la Carolina, en terrenos inesplorados que segun todas las probabilidades debian encerrar abundante cantidad de oro. Gifford entusiasta y enamorado habló á Jane de sus esperanzas y de cómo creia que mediante la explotacion de aquellas minas podria en muy poco tiempo cumplirle su promesa.

Concertóse una partida á aquella tierra de promision, Maria y Jane encantadas con la idea de un paseo á caballo esperaban impacientes el momento de la partida.

Gifford y yo seguidos de dos peones debiamos acompañarlas hasta la estancia de D. Casimiro Correa pariente de Maria, situada á dos leguas de la ciudad, en donde nos reuniríamos con este señor y su hermano, para seguir nuestra escursion.

Una partida que empezase mejor y que debiese concluir mas tristemente, no es posible imajinar-

Mi hermana alegre y satisfecha galopaba delante de nosotros llevando á su lado á Gifford; Maria y yo en vez de imitarles en su rápida carrera, íbamos paso á paso siempre juntos, cambiando esas dulces miradas, seguidas de tiernas palabras, que se escapan del corazon en los primeros dias del amor.

De repente la voz de los peones sacónos de nuestra distraccion. Habian visto caer á Jane y corrian á prestarle sus servicios. El polvo que levantaron sus caballós al pasar hizonos imposible veer lo que habia sucedido y solo después de algunos momentos llegamos al lugar en que habia ocurrido la caída.. •

Jane estaba aun en tierra y apezar de los esfuerzos de Gifford permanecia sin sentidos. Los peones trajeron en sus sombreros agua de una represa que estaba á poca distancia y mojándole las sienes conseguimos que volviese en sí y pronunciase algunas palabras; muy pronto me apercibí de que

mi pobre hermana habia sufrido alguna grave fractura en su caida y que le seria imposible volver á montar á caballo. Uno de los peones dijonos que no muy distante habia un rancho de una conocida suya y que alli podriamos llevarla; lo que al punto hizimos acostandola en una especie de hamaca hecha con dos ponchos tomados de las puntas.

El campesino americano es eminentemente hospitalario. La mujer dueña del pequeño rancho puso á nuestra disposicion con la mayor solicitud su pobre catre de cuero y alli ayudado por ella y la aflijida Maria procedi al reconocimiento.

El hombre lleva en si mismo un instinto misterioso que le acompaña en todos los instantes, ya le llame fatalismo ó providencia, fia en el y se entrega sin reparo á su poder; pero es siempre confiando en la felicidad como en un derecho como en su patrimonio natural, y cuando el desengaño le sorprende en medio de sus ilusiones, acusa

puerilmente á alguna circunstancia y se afana en convencerse de que solo un accidente imprevisto ha podido defraudarle de *su porcion* de felicidad.

La pobre Jane acusó siempre aquel inocente paseo á caballo de ser la causa de todas sus desdichas. Sin él no hubiera quedado coja, estropeada al grado de no poder andar, sin el importuno auxilio de una muleta, sin él hubiese conservado aquellos atractivos que tanto influían en el corazon de su amante, lo que ciertamente no habria impedido que cuatro dias despues de la caída, este recibiese una carta urgente de Buenos Aires llamándole con instancia para que de alli se embarcase para Inglaterra con el plausible objeto de ir á recibirse de la valiosa herencia que acababa de dejarle un tio desconocido. La despedida fué terrible, la enferma parecia adivinar su suerte. El amante prometió, juró y partió.

Yo crei de mi deber advertirle que desesperaba de poder conseguir que mi hermana

no quedase defectuosa; pero él me contestó estrechandome contra su corazón: Seremos hermanos hasta la muerte!

De Buenos Aires escribió una carta muy tierna á la *pobre coja*, asegurandole que, su desgracia probable, en lo mas mínimo no alteraba su propósito de hacerla su esposa y que á su vuelta serian felices..!

Esta fué su última carta, seis meses despues de su llegada á Inglaterra casose con una jóven parienta muy hermosa, que parecia tener derechos mas validos que él á la nueva herencia.

Jane esperó dos años con imperturbable confianza, con ojos llorosos y semblante sereno, asistió á mi casamiento asegurandonos no tardaria mucho en imitarnos. Tal confianza no hacia sino desgarrar á mi corazón, apezar de ignorar yo aun el casamiento de Gifford pues solo algunos años despues súpelo, por un viajero á quien pedí noticias del amigo.

Pasaron los años, el nombre de Carlos

salió con menos frecuencia de los labios de la desdichada Maria, marchitóse su juventud, su cuerpo estropeado, encorvóse bajo el doble quebranto del espíritu y de los sufrimientos físicos, su carácter volvióse esquivo y atrabiliario así que la esperanza huyó para siempre de su corazón.

Poco á poco pudo notarse que el sentimiento religioso se apoderaba esclusivamente de su alma; pasándose largas horas encerrada en su cuarto arrodillada con su biblia en las manos.

En el curso de mi vida, he tenido ocasion de observar que los devotos protestantes tienen un fondo de acritud en sus ideas, que por manera alguna he hallado en los católicos americanos, se me figura que estos están mas penetrados de la caritativa mansedumbre del Crucificado, mientras que los severos y esquivos protestantes parecen solo poseidos del tremendo espíritu del Jehová apocalíptico.

La constante lectura de la Biblia, para un

alma enferma, lo digo por la esperiencia hecha en mi hermana, en vez de endulzar las amarguras, en vez de calmar los dolores, imprime al carácter un terrible sello de dureza y aislamiento. Como mi mujer es católica, cuando nos casamos agitóse la cuestion religiosa y apesar de que en la República Argentina, el sentimiento religioso, es todo menos que poderoso, sin embargo por muchas y diversas causas, fué necesario dar algunos pasos. La tolerancia de cultos es admitida; pero solo en Buenos Aires se encuentran templos y sacerdotes de nuestra religion.

• Mi hermana la apasionada y dichosa novia de Gifford en nada parecida á la devota y escrupulosa protestante de ahora, no veia inconveniente alguno en que yo me casase con una católica, en la iglesia de San Luis, y jurando educar á mis hijos en la religion católica, pues entónces miraba todo con los ojos del amor pareciendole justa y santa la union de los que se aman

porque quien mucho ama mucho disculpa, asi pudiera decirse, que aquel que mas ama, mas sabe, mas ve.

Maria está muy lejos de tener una inteligencia privilegiada, puede mas bien asegurarse que es tardia de comprension y pobre de imaginacion. Educada en San Luis, todos sus conocimientos se reducen á saber leer y escribir no muy bien, coser, hacer el café de cebada que tanto gustaba á su padre, injertar rosas, cuidar de sus gallinas y rezar. Oh! cuantas veces en las noches de los primeros años de nuestro casamiento la he visto arrodillada delante de una imájen de la Virgen del Rosario, teniendo á su lado á las mellisas que con sus cabezas rubias y sus manecitas juntas, semejaban á la corona de anjeles que adorna el fondo de una estampa francesa de la Virgen, muy comun en América, mientras que Juan mi hijo mayor y dos criados que lo han visto nacer, hacian coro repitiendo la constante invocacion á la madre de Dios. Mas de una vez el dulce y

tranquilo acento de aquella madre rodeada de sus hijas y de sus criados, pidiendo el pan de cada día *al padre nuestro* arrancó dulces lágrimas de mis ojos.



CAPÍTULO III.

Mi casa. Modesta felicidad. El cabrero. Dios es nuestro padre.
y su misericordia se revela de todos modos.

Admirando una vez un compatriota que pasó por aquí de viaje para Mendoza, como despues de tantos años, yo no deseaba volverme á Europa, invítelo á venir á mi casa rogándole aceptase nuestra hospitalidad durante el poco tiempo que debia quedarse en San Luis.

Mi pequeña propiedad, situada fuera de la ciudad á unas cinco cuabras de la plaza, pertenecía á mi suegro, el cual á su muerte nos pidió encarecidamente no nos deshicieremos nunca de ella.

La casa de un solo piso y de adobe como lo son aquí todas por lo general, blanqueada por dentro y fuera, con tres ventanas que en vez de rejas tienen verdísimas enredaderas cubiertas de hojas todo el año, tiene la ventaja de estar rodeada de árboles por todos lados, lo que nos procura el doble beneficio del fresco y de la sombra. Además en el patio que es bastante grande, hay dos piés de parra que extienden sus nervudos brazos todo al rededor, y durante los meses del verano forman una lujosa techumbre, debajo de la cual se reúne la familia durante las horas del sol; allí cosen y bordan las niñas incesantemente ocupadas de alguna tarea útil y provechosa, al lado de su madre, mientras Jane teje su eterna calceta. La conversacion de las gemelas es siempre viva y animada, acompañada incesantemente de los trinos del canario de copete negro, que está en su jaula de cañitas colgado de la parra, y del cardenal y una calandria que

parecen disputarse el placer de gorgear á cual mas, mientras el loro de mi hermana á una respetuosa distancia en su ventana, charla que se las pela, en tanto llega el momento en que le dan su racion de pan mojado y una buena tajada de zapallo cocido. Las niñas charlan, rien, hablan con sus pájaros, cantan, están siempre alegres y dan sus vistas de vez en cuando á la cocina, porque ya tía Marica está muy vieja, ha visto nacer á su madre y suele si se descuidan quedarse dormida, mientras hierva su puchero y se guisan los pichones. Oh, tía Marica está vieja, pero no olvida sus antiguos hábitos; tiene una pasion despótica que la domina y hace que sus manos esten mas gruesas y callosas que la corteza de un queso, barre con furor, con amor, y solo está en su elemento cuando empuña su colosal escoba, que maneja con maestra facilidad. El mes de Mayo es el mes de sus encantos; las hojas secas que caen de la parra, son un delicioso pretesto

para que ella despliegue su celo y barra con mas constancia que las que ponen las hojas en caer.

Las niñas arreglan la sala, acomodan prolijamente nuestro cuarto de dormir, y corren con todos los modestos enseres de nuestro comedor, pero ai! de ellas si tocan una escoba; ¿quién se atreverá á usurpar los sagrados derechos de la barredora modelo, no faltaba mas; seria capaz Ña Marica de quemar ese dia cuanto pusiese al fuego, sin piedad. Hasta la inflexible Jane, hubo de ceder: no hay remedio, no es posible oponerse. Cuantas veces hay todavia estrellas, aun está lejano el dia y ya el ruido cadencioso y grave de su escoba me despierta, haciéndome recordar los misterios de la terrible *balayeuse*, que por tantos años puso en alarma á todos los habitantes de una comarca.

Ya que se trata de mi casa, justo es que no olvide á uno de sus mas importantes moradores el tío Pedro, antiguo esclavo de

mi suegro, admirable agricultor, tan tesonero para carpir, como Ña Marica para barrer, es muy reservado, habla poco, y las mas veces no responde sino por señas. Libre desde mucho tiempo, pues aquí, gracias á Dios, no hay ya la horrible plaga de la esclavitud, conserva por sus amos el mismo respeto y sumision que en otros tiempos, y por largos años negóse siempre á admitir paga de ninguna especie, contentándose con vivir á nuestro lado, y ayudarnos de todos modos. Él, cuida los árboles, siembra la huerta, interviene en todas las faenas de la labranza, y aun le queda tiempo para ocuparse de mi caballo á quien profesa un cariño entrañable; con él habla incesantemente, le canta en mozambique. y lo que hay aun de mas estraño, es que hasta le baila y hace cabriolas para divertirlo. Ña Marica dice que tío Pedro es loco, y este creo que fia mas en la inteligencia del caballo que en los juicios de la ilustre barredora. Sin em-

bargo, viven en santa paz y son para nosotros como amigos.

Aquí tenemos que luchar con la falta de agua, y Dios sabe que mis árboles suelen estar de vez en cuando mas sedientos, de lo que estuvieran si de mí solo dependiera. Pero como el agua que riega nuestros campos es artificialmente traída del Chorrillo, los propietarios debemos conformarnos con tenerla solo una vez por semana.

Mi mujer y mis hijas festejan el dia del riego con grande alegría. ocupándose esclusivamente en recorrer sus árboles favoritos, descubrir los renuevos de las plantas, visitar los almácigos, los injertos y recortar los gajos secos de los rosales, que crecen en abundancia bajo la sombra de los perales, creyendo recibir en pocas horas la benéfica influencia del agua, que corre mansa y cristalina al pié de los álamos por la pequeña acèquia para derramarse en seguida por toda la hacienda.

Mi huésped empezó por admirar la regularidad y elevacion de mis álamos, tan frescos y frondosos, alineados como soldados prusianos; creciendo su admiracion á medida que penetrabamos en el interior de la quinta formada de durazneros magníficos, perales de esquisita calidad y gigantescas higueras.

Despues de haber recorrido toda mi propiedad que es de dos cuabras y media, en la que además de los árboles y las plantas que nos surten de flores olorosas, que tanto bien hacen al espíritu, tengo la hortaliza necesaria para la mesa, el trigo y el maiz que cosecho para el consumo de la familia y de todo aquel que llama á mi puerta; presenté el nuevo huésped á mi familia.

Como era ya cerca de la hora de comer, poco tiempo despues de nuestra llegada, las señoras nos dejaron solos; al momento comprendí que mi mujer y mis hijas se afanarian por tratar al recién llegado lo

mejor posible, agregando algun extraordinario á nuestra comida diaria. En efecto, gracias al palomar que olvidé mencionar y á algunas peras del año pasado que nunca faltan, debido á la prolijidad con que mis hijas, despues de tomarlas del árbol medias pintonas, las repasan con un paño muy fino para quitarles el polvo, y las envuelven en una sucesion de papeles, colocándolas en la despensa; la comida fué escelente, sin olvidar cierto vino aromático de Mendoza, que salia en las grandes ocasiones, y algunos higos secos.

Felizmente Jane, que estaba en uno de sus mejores dias, hizo muy buena acogida al compatriota; aumentando mi contento el veer que sin darse cuenta, respondia en inglés á todas las preguntas que este le hacia, volviéndose poco á poco la conversacion muy animada, pues mis hijas lo hablan muy regularmente, y Maria lo entiende aunque no lo habla.

Al postre llegó muy oportunamente Ño

Miguel, el pobre ciego que enseña el harpa á las niñas; y despues de la comida, obsequiamos á nuestro huésped, con algunos duos de harpa y canto, acompañando alternativamente Sara y Lia á su viejo maestro.

Es este un tipo original. Viejo y ciego, viene todos los dias desde su rancho montado en su caballito que obedece á su voz como un perro, trayendo siempre consigo y por sola compañía el harpa, su inseparable compañera, fabricada toscamente por él mismo, del tronco de un algarrobo; y cuyas cuerdas muda de tiempo en tiempo, mediante el sacrificio de uno de los cabritos de su pequeño hato.

Ño Miguel vive solo, y apesar de su absoluta ceguera y su avanzada edad, va de un lado á otro, ya sea á pié ó á caballo, con singular acierto.

Su vida se reduce á cuidar de sus cabras, eso si, siempre seguido de su perro *Chocolate*, que le sirve para repuntar su

ganado, cuidarlo durante las horas del día y guardarlo de noche, echado á la puerta del corralito.

Hay que advertir, que como las cabras madres son muy juguetonas y olvidadizas, es necesario quitarles los cabritos así que nacen, pues de otro modo les darian muerte á fuerza de brincos y estrujones, teniendo por fuerza que cuidar de que los recién nacidos, mamen dos veces al día, así que la locuela de su madre, ha brincado y correteado á sus anchas. Acostumbran aqui para mayor comodidad señalar la madre y el hijo con alguna marca igual, para evitar confusion, pues así que el cabrito mama algunos minutos, su madre lo reconoce y cumple gustosa sus deberes maternos.

Lia y Sara contribuyen cada semana con un gran atado de cintas viejas y trapitos de colores que llevan ellas mismas al ranchito de su maestro, teniendo espe-

cial cuidado de recomendarle no mezcle unos colores con otros.

He observado repetidas veces, y siempre con la mas grande admiracion, la operacion de la marca de las cabras y la que le sigue del reconocimiento de los cabritos por sus madres, que van llegando una á una conducidas por el inteligente *Chocolate* hasta la puerta del corralito en donde su amo rodeado de los hambrientos cabritillos, entrega cada hijo á su madre sin equivocarse, mediante sus respectivas señales y como si viese claramente los colores que distinguen los unos de los otros.

¡Cuánto no he admirado la Providencia al ver este anciano soló y sin vista bas-tarse á sí mismo, con la sola ayuda de su perro, sin recurrir á la caridad de nadie! ¡Cuántas veces acaté tu sabiduria, Dios de bondad, que dás vista á los ciegos y encá-güeces á los mas lúcidos y acertados!

Peró á esto solo no se reduce su vida, porque el cabrero es tambien músico y

poeta. Él ama mucho á sus cabras, les dedica todas las horas de su día que empieza al rayar el alba; pero luego que sus compañeras al caer la tarde van á dormir, y que el perro viene á lamerle las manos en señal de adhesión antes de empezar su velada, el anciano sentado á la puerta de su rancho temple el harpa y empieza sus caras melodias; allí su alma se ecsalta en sentidos y melancólicos acentos.

El poeta canta su ganado, canta la frescura de la mañana, el aroma de las auras, y hasta las tinieblas en que vive sumido. ¡Estraña inspiracion! nunca sale una queja de sus lábios, nunca una palabra de amargura, su alma rebosa siempre de reconocimiento por los infinitos dones que el Señor le hace; y al escuchar su ferviente acción de gracia, nadie la creeria nacida del corazón de un ciego solo y abandonado que no percibe ni el tibio rayo de la luna que baña su cabeza cana y le sirve de aureola. El poeta canta cuando está solo,

improvisa, habla su alma; pero cuando hay alguno que le escuche, su poesia no es ya el perfume del corazon que desborda; entonces en cuidados y bien medidos versos, el vate de la pampa, narra algun hecho histórico, y su poesia toma el carácter de la epopeya.

La leche de sus cabras, que vende á infimo precio, le basta para mantenerse él y su perro; y en cuanto al caballo siempre flaco, vive de la escasa yerba que nace en el campo.

Es de advertir que en todos los bailes Ño Miguel es la primer persona en quien se piensa, como en la única indispensable, pues se presta siempre gustoso á tocar con infatigable constancia, noches enteras, sin querer admitir paga de ninguna especie y teniendo las mas veces que irse de la casa del baile á sacar al campo sus cabras, sin haber descansado ni un instante.

Algunas veces, le hablé de la posibilidad de volverle la vista por medio de la

operacion de las cataratas, pero su respuesta fué siempre : «Hágase la voluntad de Dios, que me quitó los ojos, como algun dia me ha de quitar la vida: mientras tenga las cabras y el harpa no necesito mas.»

.

CAPÍTULO IV.



Educacion de mis hijas, aspiraciones de la madre. La sociedad reposa en la familia; la felicidad pública depende de la felicidad privada.

Mi huésped estaba encantado y no se cansaba de alabar la hermosura y gracia de mis hijas, cuyo candor se veia tan claramente en sus rostros.

No conociéndolas íntimamente, las mellizas parecian tener un carácter tan semejante como sus cuerpos. Pero Sara la que nació primero á quien llamabamos la mayor, era mas reservada que su hermana, y

aunque ambas eran tan tiernas y sensibles, que podia comparárselas á la mansa y pura corriente que se conmueve al mas leve soplo de la brisa; las impresiones eran menos duraderas en la risueña Lia que en la reflexiva Sara. Por lo demas igualmente sumisas y cariñosas con su madre y conmigo eran la mas preciosa joya de nuestra casa.

Su educacion, obra esclusivamente nuestra, distaba mucho de ser brillante; su madre habiales enseñado cuanto ella sabia, y no era ya poco para mí el que imitasen en todo á tan buen modelo; pero como los padres, y especialmente las madres, se desviven porque sus hijos sepan mas de lo que ellos jamás supieron, ni sabrán, Maria no cesaba de pedirme, desde que las niñas empezaron á hablar, les enseñase el inglés y todo cuanto es costumbre sepan las niñas bien educadas en Inglaterra. Yo, que respecto á la educacion de la mujer americana, tengo ideas muy diversas, de las

que generalmente se profesan aquí; le respondia siempre, que lo poco que ella sabia, habia de ser mucho mas provechoso á nuestras queridas hijas, que cuanto yo pudiese enseñarles. No que fuese mi intencion descuidar absolutamente su educacion, sino por creer que aquellos conocimientos generales de alto interés, que sobre ciertas materias debe por fuerza adquirir una señorita, destinada á vivir en Grovesnor Square, siempre seria tiempo de enseñarlos á mis dos *puntanitas*, luego que supiesen, cuidar de la casa, componerse su ropa, preparar el café con el esmero que su madre, y alabar de continuo al Dios bueno que no se cansa de prodigarnos sus favores.

En la República Argentina la mujer es generalmente muy superior al hombre; con escepcion de una ó dos provincias, las mujeres tienen una rapidez de comprension notable y sobre todo una extraordinaria facilidad para asimilarse, si puede así

decirse, todo lo bueno, todo lo nuevo que veen ó escuchan. De aquí proviene la influencia singular de la mujer, en todas las ocasiones y circunstancias. Debiendo no obstante observarse que la mujer, soberana y dueña absoluta, como esposa, como amante y como hija; pierde por una aberracion inconcebible, su poder y su influencia como madre. La madre Europea es el apoyo, el resorte, el eje en que descansa la familia, la sociedad. Aquí, por el contrario, la madre representa el atraso, lo estacionario, lo antiguo, que es á lo que mas horror tienen las americanas; y cuanto mas civilizados pretenden ser los hijos, que á su turno serán despotizados por sus mujeres y sus hijas; mas en menos tienen á la vieja madre, que les habla de otros tiempos y de otras costumbres. Muchas veces me ha lastimado ver á una raza inteligente y fuerte, encaminarse por un sendero estraviado, que ha de llevarles á la anarquia social mas completa; y reflexio-

nando profundamente sobre un mal cada dia creciente; he comprendido que el único medio de remediarlo seria robustecer la autoridad maternal como punto de partida, inspirando á los hijos el respeto del pasado y haciendo que los padres, por un necio movimiento de vanidad, no sacrifiquen sus mas caras prerogativas.

El espíritu de independecia que agitó estos pueblos, y les inspiró la idea de emanciparse de la España, aun fermenta y es su mayor mal. El ódio á la autoridad de un poder añejo é irracional, representado por los *viejos de la tierra*; pues el año 10 los patriotas podian conocerse, casi sin excepcion por el color de sus cabellos : les ha hecho lanzarse en un extremo opuestísimo. ¡Guerra á la España! ¡guerra á esa autoridad y á toda autoridad! Así la lógica de sus aspiraciones llevó estos pueblos á odiar todo lo viejo, todo lo pasado, sacrificando á *sus mayores*, á *sus padres* y á todo lo que no era jóven y nuevo. Volvieron sus mira-

das á la Francia; la revolucion con su cabeza laureada, sus piés de hierro y sus brazos sangrientos, pareciales el supremo de la perfeccion; y á imitacion de aquellos sublimes locos, trataron de levantar el nuevo edificio social sobre las ruinas de la antigua colonia. Error sublime de candor y buena fé!

Enseñar la fé por la duda, el fin sin el principio. Los hijos desdeñaron lo que sus padres habian aprendido, y á su turno fueron tambien desdeñados; y así de generacion en generacion va trasmitiéndose un mal cada dia mas apremiante. La educacion que aquí dan á los hijos y cuando digo aquí, hablo de toda la República, es semejante al atavio del guazo paraguayo; éon sombrero para saludar; pero sin camisa para cubrir su desnudez. Llenanse la cabeza los muchachos de teorías inaplicables al pais en que viven, persuadense al salir del colegio que están en Lóndres ó Paris, y que la máquina del edificio social,

no espera ya para funcionar sino el ligero impulso que ellos van á darle; y el error es tanto mayor cuanto que los inconvenientes del Europeo, son aquí facilidades, y vice versa; resultando confusion por la mania de querer aplicar un remedio opuesto al mal de que adolecen.

Las niñas á su turno, educadas para muñecas, saben comprender que mamá y papá no hablan ni entienden el francés; pero no llegan á descubrir que su pobre madre, es quizá una honrada señora, que se sacrifica por ellas, y por su piano y por su inglés y su francés, al grado de remendarse sus medias ella misma, para ir muy de mañana al mercado á comprar la comida, mientras las niñas duermen tranquilas y confiadas las horas de su juventud. En cuanto al padre, no es poca dicha si dá con una buena mujer, que le ayude á llevar con paciencia, el placer de pasar el dia y la noche trabajando incesantemente, en un mostrador ó detrás de los tercios,

para oír decir á sus queridas hijas, sentadas a la ventana, tan frescas y lozanas como repollos. Ese que pasa, ah! es un tonto! un tendero, como quien dice una bestia inmunda, que no tiene derecho ni á ser mirada; y el pobre padre se avergüenza de su profesion, del trabajo con que ha ganado honradamente su pequeña fortuna, y sufre un estraño fenómeno; párecele que sus hijas tienen razon. ¿Y cómo no? ¿acaso no han aprendido mas que él? ¿acaso habrá gastado él *su dinero* para que sean lo que él fué? No, señor, tienen razon, ai! y qué *hermosas son! qué vivas!* Es necesario redondear el negocio, vender la tienda. Oh! no, qué idea! Su hijo mayor podria! Pero qué! Si es tan instruido, está estudiando para doctor, como quien dice para sábio, es rebajarlo, y quien sabe con el tiempo, llegará á escribir un diario, será convencional, y de ahí á ministro..... ó es cosa hecha. Pobre viejo calcula, hace cuentas y se equivoca por vez primera en su

resta, que las niñas son cada día mas exigentes, y se alegran de que *Papá* no esté ya tras del mostrador, sino pronto siempre para llevarlas acá y allá, mientras *Mamá* cuida la casa, limpia, cose, y hace de comer las mas veces.... y todo, porque ellas sean felices y luzcan y *las* amen. ¡Miseria humana! y sus hijas ni siquiera lo notan y les parece tan propio, tan en el órden de la naturaleza. La juventud es la felicidad. ¿Acaso podrá nadie negarles el derecho de ser felices que tienen siendo jóvenes y bonitas? ¿Qué importa que la madre muera de cansancio y el padre por haberse equivocado en sus cuentas? Ellas se casan, y entonces todo va bien, ó no se casan, y el desengaño llega con su cortejo de miserias, tarde ó temprano.....

Gracias á Dios, tan triste cuadro, no sirve sino para hacerme apreciar doblemente mi felicidad. Mis hijas que están acostumbradas á mirar á su madre como á la imágen de cuanto hay de mas noble y

santo, sobre la tierra, saben que en la vida la felicidad no se encuentra sino limitada, y que para ser dichosos basta la calma de una conciencia tranquila y la fé en nuestros deberes.

•

CAPÍTULO V.

Carácter de mi hijo. Su mala educacion. Justos temores de mi parte.

En cuanto á mi hijo, fuerza es que convenga en que su porvenir, me preocupa extraordinariamente. Enfermizo hasta los quince años, ha sido mimado por su madre mas de lo que convenia á su interés, y de aquí resulta que su educacion ha sido mala. Debo confesarlo, voluntarioso y rebelde, fué por mucho tiempo el tirano de la casa; sin que bastaran, mis consejos ni mis amonestaciones á convencer á Maria del mal que hacia á su Benjamin.

Muchas veces me decia: « Tú mismo di-

ces que me debe dos veces la vida; dejame que complete mi obra, es tan delicado, tan sensible, que no es posible aun tratarle sino con dulzura; ya vendrá el tiempo, y además tiene tan buen corazon, es tan sensible. »

Efectivamente, de dia en dia haciase visible en él una eccesiva sensibilidad, que se manifestaba con los síntomas mas alarmantes: á la menor palabra dura de su madre, y Dios sabe si las tenia jamás para nadie; entraba en un acceso tal de desesperacion nerviosa, acompañada de lágrimas y gritos, que mas de una vez nos puso en alarma.

Poco á poco esa irritabilidad fué degenerando en una hipocondria muy marcada. Siempre taciturno y silencioso, su juventud, revelabase apenas en su semblante pálido y mústio. Nada parecia amar especialmente, y sino fuese porque habiendo sondeado su inteligencia. la hallé rápida y clara, era tanto su despego por el estudio

ó cualquier ocupacion séria, que le hubiese creído imbecil. Solo siempre y sin amigos, Juan no aprovechó de la instruccion sino á medias, aprendió tan solo á leer y escribir. En vano traté de dedicarle al cultivo de mi pequeña chacra, pintándole la agricultura como la mas noble de todas las ocupaciones, como la mas independiente, sujeta solo á las mudanzas del tiempo. *No me gusta* fué su respuesta, prefiero mi caballo.

Siempre á caballo desde el venir el dia, ocupase exclusivamente de este animal; todo su afecto parecia concentrado en él.

Salia de mañana, pasaba todo el dia fuera de casa en correrias de un lado á otro, y con frecuencia su madre le esperó inquieta hasta muy entrada la noche. Tales disposiciones me sujirieron la idea de mandarle á alguna estancia; pero aquí tambien la influencia de su madre intervino, para pedirme que no le obligase á marcharse lejos de nosotros; alegando mi

buena Maria, que si su hijo no tenia virtudes, tampoco tenia vicios, y rogándome esperasemos algo mas.

Entre tanto el tiempo pasaba, su cara se cubria de barba, y cada dia su indiferencia por el trabajo crecia, y con ella mis preocupaciones y temores.



CAPÍTULO VI.

Mi huésped se despide. Acepto sus generosas ofertas. Tristes recuerdos. El hombre justo debe ser resignado.

Nuestro huésped se marchó al cabo de dos dias. Al separarse de mí, me abrazó enternecido diciéndome : «Envidio la tranquila dicha que Vds. disfrutan: quiera el cielo concederles se prolongue hasta el fin de sus dias. Yo no puedo ya imitaros, estoy casado en Inglaterra; tengo allí hijos, y Dios sabe que en nuestras grandes ciudades el camino de la virtud, es mas áspero y difícil. Recordadme algunas veces, amigos míos; tengo fé en esos recuerdos. »

Prometile enternecido no olvidar aque-

llos dos dias que tan gratos habian sido tambien para nosotros, y como me rogaba le hiciese algun encargo, le pedí me mandase desde Mendoza, algunas chucherias para mis hijas y los últimos números del *Edimburg-Review* que hacia tiempo no recibia. Esas eran las solas noticias de Europa que me interesaban. Amo la ciencia, lo confieso; á veces me acuso de ello como de una falta, porqué, ¡yo tambien he tenido mis horas de fiebre. En este oscuro rincon de la tierra, me he sentido á veces destinado, à descubrir uno de sus mas recónditos secretos. Yo me acuso, Dios mio, de haberme creído por algunos, por muchos años, elegido por tu mano, de haber tomado el fuego de mi alma ardiente por un destello de tu luz. Bendito seas, una y mil veces, Dios poderoso! Mis lábios y mi corazon repiten con creciente fervor esta accion de gracias. Mi secreto lo descubrió un aleman por acaso, cuando ya tocaba yo al logro de mis esperanzas, á la realizacion

de mi sueño. Aquí me faltaban tantas cosas indispensables! ah! pero no me faltaste tú, dispensador de bienes infinitos. Mis hijas fueron siempre puras y bellas, mi huerta se mantuvo frondosa, el pobre me bendecirá hoy como ayer, no nos ha faltado el pan, la cosecha ha sido abundante. Dios de bondad, has descendido á mi corazón! El mundo no acatará el nombre de James Wilson, nadie se acordará de él para envidiarle una gloria perecedera. El pobre médico inglés, morirá oscuro.

La jornada no ha sido siempre fácil, pero el valor no me ha faltado jamás.

CAPITULO VII.

Sinsabores y remordimientos. En las tribulaciones debemos alzar nuestros ojos al cielo.

Apenas han pasado ocho dias, y ya ha sido turbada esa tranquila dicha, que tanto nos envidiaba nuestro huésped. El asiento de mi hijo está vacante, su madre llora todos los dias al decir la accion de gracias. conque damos principio á nuestra comida, y no olvida nunca pedir á su especial bienhechora, la vírgen del Rosario protejá al hijo ausente.

El harpa está muda, las niñas ya no tocan, Jane quiere á fuerza de rigor, conso-

lar á mi pobre María, reprochándole su falta de conformidad, y la buena de mi Santa, esfuérase en reprimir su llanto materno, por no ofender al que todo lo vé!

Juan, se ha hecho soldado, se marchó dejando tan solo una carta para mí, no dice á donde vá, ni con quien: solo me habla de su decision por la Patria, y de estar dispuesto á dar por ella su vida; no se ha despedido, porque preveia que nos opondriamos á su partida, Nada pide; pero en cámbio deja afliccion, llanto é incertidumbre tras de sí. Se ha llevado su caballo y su apero, si á lo menos lo hubiésemos sabido, algun dinero le hubiera dádo; pero, ni una palabra, ni el mas leve indicio que revelase su designio; ¡Pobre hijo mio! ¡le miro ya perdido! ¡Con tal que vuelva!

«Buenas tardes, maestro,» oigo desde mi cuarto decir á las niñas que están dando de merendar á las gallinas.

Buenas tardes, respondió ño Miguel, ya traigo noticias del pájaro, y D. Jacobo?

Papá, replicó Lia, está en su cuarto; pero qué quiere Vd. decirnos con eso del pájaro?

Digo, que ya me lo temia yo, si en donde asoma el demonio, hace de las suyas, y la señora? pobre madre, de esta hecha no sé, me parece..... qué calor hace hoy..... ¿cierto niñas? mis pobrecitas cabras no lo han pasado bien.

Pero ño Miguel, agregó Lia, Vd. se ha vuelto loco ó yo desde que estamos tan tristes me voy atontando.

Ya, ya..... respondió el cabrero, no es para menos, soldado y con el Ñato.

Qué quiere Vd. decir, maestro? preguntó Sara acercándosele y tirando con distraccion el último puñado de maiz a las aves que piaban á su alrededor. Déjale, déjale, decia Lia que estaba arrancando mosquetas blancas para su madre, no ves *que viene con los pájaros.*

D. Jacobo, dijo entonces el ciego dirigiéndose á mí como si me viese, parado en la puerta de la sala; le traigo noticias,

siento mucho que sean malas , pero noticias son.

Qué ha sabido Vd. de mi hijo, Ño Miguel? díjele al punto, dígamelo todo, todo aunque sea desagradable.

Eso mismo pienso yo, replicó. Ha de saber Vd. que el Ñato ha estado en los cerros de Videla con una partida gruesa, y sé que ha andado arreando cuanto ha encontrado, y como ese demonio tiene una lengua capaz de embaucar al mas vivo, el pobre Juanquito , ya se vé, tan muchacho.

Pero amigo mio, repuse yo, ese hombre estaba con los indios el año pasado, si mal no recuerdo, y aquí las autoridades lo perseguian.

Linda broma el perseguirlo, esas son cosas del Juez tuerto: quien se le ha de animar al Ñato, que es como cacique de muchos indios y mas cristianos? vea señor, ese hombre aunque tiene el corazon atravesado y no se acuerda nunca de un Dios que lo mira, sabe ganarse la gente, y poner

ley a los indios, á fé que lo respetan, y lo que es con los cristianos, se fusila una media docena, por la argolla de un maneador que falte; la gauchada le quiere mucho, dicen que van á Córdova á hacer cumplir la ley.

Entre tanto, el cabrero hablaba, Sara y Lia que escuchaban atentas, me preguntaron si podian decir á su madre las noticias que traia Ño Miguel de su hermano; pero yo les dije era necesario esperar todavía á saberlo de un modo positivo; en seguida invité á Ño Miguel á sentarse para que continuásemos nuestra conversacion.

El rústico anciano, me esplicó como pudo, que el caudillejo á quien llamaban *Ñato*, despues de haber pasado toda su vida en pugna con toda clase de leyes, iba á hacerse matar por ellas.

Si señor, agregaba, dicen que tiene muy buenas intenciones y que recibe cartas de unos hombres muy de bien, que quieren hacer felices á todos, por mas señas que el

sarjento Benitez, ese que tuvieron preso tanto tiempo, anda viendo de ganarle opinion por acá, es la Cuica, la que me lo ha dicho; ella todo lo sabe. Vd. no ha oido nada? es verdad que Vd. no se mete nunca en opiniones, y hace bien, ya se vé....

Si, Ño Miguel, yo soy gringo, díjele sonriendo.

No lo digo por eso, replicó gravemente el cabrero, no lo tome á ofensa, porque ya sabe que somos amigos.

Por manera alguna, amigo mio, respondí estrechándole la mano, bien conozco lo que Vd. nos quiere, solo sí que como extranjero, si bien amo esta tierra hospitalaria en donde han nacido mis hijos y soy tan feliz; no debo mezclarme nunca en las cuestiones que desgraciadamente se ajitan de continuo; mi hijo es cosa diferente, él tiene otros deberes. Pobre hijo mio! mucho me temo que falte á ellos por esceso de celo!

El anciano respondió : «Hagase su santa

voluntad, y se despidió en seguida, dejándome solo con mis pensamientos.

Era ya cerca de oraciones, el horizonte estaba teñido aun por los reflejos del sol poniente. Las nubes agrupándose unas tras otras, iban perdiendo por grados los tintes dorados y carmesís que ha poco tenían, la bóveda del cielo de un azul purísimo, se veía por entre los claros que dejaban unas nubecitas blancas como capullos de algodón, que al juntarse á las demas se convertían en celajes cenicientos.

A medida que la luz disminuye parece aumentar la melancolia de mi alma. Sentado bajo los árboles que planté con mis manos, rodeado de flores aromáticas y vistosas que tanto amo; mi pensamiento huye al inmenso y desnudo llano que se abre ante mis ojos, pienso en ese hijo tan querido, disputado por tanto tiempo á la muerte, y véóle, niño rodeado de los cuidados de su madre que con infatigable celo amparó su miseria, con el dulce calor

de su corazón, semejante á la tortola que cubre los implumes hijos con las sedas que arranca de su pecho! Uno á uno van pasando ante mí esos años de afanes y zozobras, hasta llegar al momento terrible en que le veo en medio del desierto, sin mas amparo ni guía, que los seres mas abyectos y desgraciados en pugna con la sociedad y sus leyes. Mi espíritu se entenebrece, se me figura que tengo en ello mas culpa que mi propio hijo y el dolor arranca lágrimas á mis ojos. Echóme en cara mi imprevisión, mi fatal condescendencia, y llego hasta desconfiar de la bondad de aquel que juzga y prevee las acciones humanas. Triste hora para mi corazón, imagino que la felicidad ha huido para siempre, y lloro sin esperanza por él y por mí.

El silencio de la noche trae hasta mí un confuso rumor de voces; todo me alarma, todo me parece sospechoso, tan triste está mi alma! Santo cielo! es la oración

de la madre cristiana, la que llega hasta mí para confortarme, para volverme á mí mismo. Sus hijas, como el eco de una voz del cielo, responden dulcemente : Santa Maria, Santa Maria!

Madre de Dios, esclamo cayendo de rodillas, bendita seas! no abandones á los que entí confían, ruega por nosotros y vuelve el hijo pródigo á la casa paterna!

.

CAPITULO VIII.

Carácter de nuestros amigos. Influencia de ciertos libros.

Después de la oración y luego que se han dado gracias á Dios, al terminarse el día, pidiéndole igual favor para el siguiente; nos reuniamos todos nuevamente en la sala, para tomar el té.

Las niñas traen las tazas que colocan sobre la mesa que está en el medio, preparan el agua caliente en una caldera de cobre que brilla como si fuera de oro, gracias á su constante prolijidad, acercan sillas á la mesa, cortan el pan en rebanadas que untan en delicada manteca de cabra, y previenen á Aunt Jane, de

que está todo pronto. El golpe de la muleta de mi hermana que se levanta gravemente para ir á hacer el té, prerogativa de que era tan celosa, como Ña Marica de su escoba, adviérteme de que es tiempo de dejar, mi libro para acercarme á la mesa. en donde yo solo faltó, pues han venido ya todos los tertulianos.

Mi tertulia diaria la componian: un pariente de mi muger, hombre de cuarenta años, con alguna fortuna hecha en las minas de Copiapó, de carácter jovial aunque algo desigual, susceptible de veleidades, siempre muy preocupado del atavio de su persona y del buen efecto de sus chistes.

Dios me perdone el mal juicio, creo que le presume á Lia y si he de ser mas esplicito, juzgo que piensa en las dos hermanas, con igual pretension.

Tiene siempre noticias de los recién llegados y de la crónica de la ciudad, es por lo demas un ser inofensivo, que no hace mal á nadie y que estaria dispuesto

á hacer bien, siempre que no se trate de dinero ó cosa que lo valga. Viste á la última moda (de Mendoza,) usa un reloj monumental y si no fuese por sus pretensiones de dandy, seria candidato para Gobernador; por lo demas, perfectamente ignorante en toda materia, solo se precia de buen mozo y hace bien, porque aunque su cara algo arremolachada, ostenta un par de ojos tan pequeñitos, que parecen mas bien dos ocales y una nariz algo aplastada y berrugosa, sin embargo, es garboso y bien plantado, y nadie entra á una sala ó saluda á una dama, con mayor tiesura y gracia que D. Urbano Diaz: nombre que parece hecho á propósito y del cual saca él gran provecho.

Cariñoso con mi muger, *urbano* en extremo con mi hermana, solo con las sobrinitas, observa una elegante reserva, que aumenta cada dia, á medida que las niñas crecen en años y en encantos; jamás se permite tutearlas, llámalas mis *señoritas*, y

apesar de venir todas las noches infaliblemente, al recibir su taza de té, repite el eterno *doy á Vd. las gracias, está delicioso.*

Su compañero que es todo lo mas opuesto, tiene por nombre Amancio Ruiz y cuenta solo 24 años. Pálido y delgado en extremo, ofrece un contraste singular con D. Urbano, y como si la naturaleza se hubiera complacido en hacer á estos dos hombres destinados á verse todos los dias, el reverso el uno del otro, dió á este dos enormes ojos negros, sombreados de largas pestañas é inclinados casi siempre al suelo, como si el peso le impidiese levantarlos de continuo. D. Urbano todo lo sabe, todo lo vé, con sus ojitos chicos é inquietos, mientras Amancio parece vivir ocupado esclusivamente de un pensamiento oculto, no sabe nunca noticias, habla poquísimo, descuida su traje con esceso y cuida solo sus hermosos cabellos negros que le caen sobre su frente pálida y desenvuelta, Pobre y sin mas recursos que su trabajo,

vive con el mezquino sueldo de secretario y consejero del Sr. Juez de 1.ª Instancia, alias el Tuerto, que es tan solo de cuatro pesos fuertes, teniendo además que mantener á su madre anciana y á dos hermanas tan vanas y pretensiosas como enemigas del trabajo.

Amancio viene todas las noches, durante una hora y en seguida se vuelve á trabajar copiando y escribiendo cuanto se le presenta para aumentar su escasa renta.

Durante el tiempo que está en casa, si la conversacion es general, él permanece callado, con sus ojos bajos mientras no se le haga alguna pregunta; y eso muchas veces es necesario repetirla, porque parece siempre ausente, y sin embargo nada hay en su mirada de torvo ni empacado; al contrario, cuando haciendo un esfuerzo que le cuesta siempre un suspiro, levanta su hermosa cabeza, demasiado grande para su cuerpo endeble y su cuello largo y delicado; sus ojos dejan ver claramente al tra-

vés de su puplia inteligente y ancha un no se que de misterioso y profundo que atrae, pero que hace daño y causa miedo, pareciendo que su mirada nos trasmite algun dolor oculto y misterioso.

Pobre alma enferma desde su entrada en la vida, se consutue presa en la cárcel de sus aspiraciones; su imaginacion ardiente y voraz muestrale sin cesar otro mundo, otro campo á su vasta inteligencia, mientras que la triste realidad le oprime entre sus garras.

Hijo de un soldado que murió combatiendo en tanto nacia el huérfano, que habia participado de todas las angustias que agitaron á la esposa, que llora el marido ausente y á la madre que vé á sus hijos sín pan. Amancio vino al mundo entre lágrimas y escasez, su vida debia continuar del mismo modo.

A los diez años tuvo la suerte de que viniese á establecerse en San Luis un tio de su madre, que era sacerdote, el cual

tomó la familia bajo su proteccion y se ocupó de su educacion. Desgraciadamente este murió pocos años despues, dejando á su protejido sus libros y algunos papeles de familia por toda herencia: Su madre bien hubiera querido venderlos aunque fuese por dos reales, junto con los pocos muebles que habianle tocado á ella; pero Amancio á pesar de su poca edad, suplicóle con lágrimas, le dejase sus libros y vendiese si queria el armario que era de buena madera tallada.

Consintió en hora funesta la buena madre, y el hijo conservó su tesoro. El primero de esos libros que leyó y le hizo una estraña impresion fué un tomo trunco al diccionario filosófico que escojió al acaso, en seguida las *Ruinas de Palmira* pusieron su espíritu en tortura y para complementar su educacion moral, hubo de leer la confesiones de Juan Jacobo Rousseau.

Imagiad á este nuevo mártir que pa-

saba doce horas del dia en casa de un lomillero, aprendiendo el oficio, á media racion de pan, viniendo en seguida á su casa á devorarse la biblioteca de su tio, echado en un mal jergon, á la luz del crepúsculo con el estómago vacio.

Cuánto ha debido sufrir esa alma jóven y ardiente; qué alimento para un espíritu puro y nuevo, sin mas guia, que su propia inspiracion, sin mas ley que los movimientos de su corazon.

Pronto cobró aversion al trabajo, pareciéndole poco el tiempo para empaparse en aquel veneno sùtil, que gastaba tan temprano los resortes de su alma, Dejó el oficio, engañó á su madre y por tal de tener mayor libertad para entregarse á la meditacion de sus libros queridos, pasose dias enteros sin probar alimento, temeroso de las preguntas de su madre.

Un dia por fin, trajéronselo á la pobre madre desmayado de la calle, el infeliz tenia fiebre, quien sabe desde cuan-

do no comia, ni dormia. Desde ese dia conozco á su familia, Amancio no me hizo entonces ninguna confianza; sin embargo, desde que penetré en su mezquina habitacion, sembrada de libros por todos lados y falta de aquellas comodidades mas indispensables para la vida, todo lo comprendí; no teniendo límites mi asombro á medida que leia los títulos de esos libros compañeros inseparables del infeliz lomillero.

Gracias á mis cuidados, recobró la salud, y desde ese momento me propuse salvarlo. Le hablé claramente, descubrí sin piedad una á una las heridas de aquel corazon jóven y envejecido por una monstruosa esperiencia, logrando que me confiase sus penas y se entregase á mí.

Pobre niño! cómo se enterneció mi corazon cuando al cabo de seis meses de vivir con nosotros como mi hijo y siempre á mi lado, dijome :

Señor, voy á pedir perdon á mi madre

y á mis hermanas; quiero trabajar, conozco que ha llegado la hora de pagar mi deuda; que soy muy culpable!

Al punto me ocupé de buscarle una ocupacion mas adecuada á sus disposiciones intelectuales, comprendiendo que su organizacion delicada y eminentemente nerviosa, no era propia para ningun trabajo grosero y puramente mecánico. Si hubiera tenido yo fortuna le habria desde luego mandado á Buenos Aires á estudiar, como él, ardientemente lo deseaba; pero esto era irrealizable. pues mi profesion no me daba á ganar nada; mi clientela se reducía casi toda á gente muy pobre á la cual era necesario las mas veces llevar hasta los remedios, y nunca consentí en recibir el dinero del necesitado.

No era muy fácil hallar nada mejor que aquel empleo de secretario del Sr. Juez, y no me costó poco trabajo conseguirlo de este, á quien yo no conocia absolutamente y que á la verdad era personaje poco accesible.

Cordobes de nacimiento y tuerto por accidente, el señor Robledo considerabase una lumbrera capaz de deslumbrar con sus rayos á todo el continente americano. Habiendo pasado sus primeros años estudiando la jurisprudencia en su ciudad natal, pasó en seguida á Mendoza, luego que se graduó de Doctor. Quiso su mala suerte que en todo cuanto emprendió le fuese mal y sobre todo que la generalidad no participase de sus ideas, respecto á la propia ciencia y talentos, lo que contribuyó y no poco á volverle aun mas uraño y descontentadizo, de lo que la naturaleza le habia ya hecho.

Lanzado en la política, perdió en ella tiempo, afanes y uno de sus dos ojos, de resultas de una espresiva demostracion de parte de uno de sus contendentes; en fin, de desgracia en desgracia, y de caida en caida, llegó por fin á San Luis. Aquí, los dados se vuelven y hélo hecho un nuevo Mecenas; con mas honores y prerogativas

que nunca tuvo el dichoso ministro, pues segun aseguran, el gobernador no le niega nada y no deshace nunca lo que el tuerto manda,

Vale la pena de serlo, ¿quién sabe si á eso no debe todo su favor de que saca él tan buen partido?

No lo sé, y esto es mera suposicion; pero lo que si puedo asegurar es que mi protejido debió esclusivamente la posicion que cerca de él ocupaba á ese defecto, pues el Sr. Juez se fatigaba extraordinariamente de escribir con un solo ojo y no hacia sino poner su complicada firma á todo cuanto dictaba á su inteligente secretario, con el cual parecia entenderse admirablemente.

CAPÍTULO IX.

D. Urbano tiene una buena ocurrencia, y Amancio me dá que pensar.

Una noche que según costumbre nos hallábamos reunidos alrededor de la mesa del té, haciendo ya rato que la conversacion habia cesado, D. Urbano que generalmente era el que daba la señal de la retirada, dijo con voz compunjada.

Parece que no hay medio de alegrar esta casa, ya no hay música, todos están tristes y juzgo que esto no tiene fin; ¿hasta cuándo señoritas, ha de durar este estado tan odioso?

Y como su mirada se dirigiese á las dos

hermanas alternativamente, Lia le respondió.

Mamá está triste, D. Urbano, siempre triste, porque como aun no hemos tenido cartas de Juan, por esa razon no tocamos el harpa, no es cierto Sara?

Sara miró á su madre, y viendo que esta llevaba su pañuelo á los ojos, se volvió á su hermana con aire de reproche; mi hija menor, se puso encendida y bajó los ojos tristemente. Yo que me habia apercibido de todo y deseaba salir de la penosa situacion en que nos habia dejado la partida de mi hijo, dije á la confusa Lia: Tiene razon D. Urbano, estamos demasiado tristes, y si esto sigue, nuestros amigos huirán de nosotros. Templa tu harpa, hija mia, y cántanos algo.

Lia miró á su madre con duda, y me respondió, no sé si mamá....

Canta, hija mia, díjole suavemente Maria, la música me hará bien; pero ven antes cerca de mí.

Lia se acercó á su madre, y esta la besó enternecida en las dos mejillas.

D. Urbano encantado del buen éxito de sus palabras, acercó el harpa con amable solicitud, ofreció la llave á Lia, colocó el asiento y permaneció de pié á su lado.

Lia tenia una voz hermosísima, fresca y ágil; yo habia sido su maestro y como mis conocimientos musicales solo se reducian á leer la música con facilidad, no pude enseñarle sino lo que yo sabia; sin embargo, como desde sus primeros años se ejercitaba en imitar el canto de todos los pájaros, llegó á adquirir en este ejercicio tan asombrosa maestria, que me ocurrió la idea de dedicarla al estudio de la vocalizacion, y me ocupé de procurarle ese género de música. En efecto, en poco tiempo cantó con gran facilidad los mas difíciles ejercicios, acompañándose ella misma, siendo de notar que preferia siempre cantar con las menos palabras posibles, no cantaba música de nadie, hacia un acorde, corria las manos

por las cuerdasy un torrente de notas cristalinas y metálicas, salia de su garganta, sin idea fija, sin regla; pero con la mas encantadora facilidad y gracia.

Esa nocheestuvo admirable! ¡qué lujo de dificultades! ¡qué trinos! Su voz tenia una pureza de timbre extraordinaria, las notas parecian gotas de agua. Con la cabeza echada hácia atrás, con los rubios cabellos agitados por la brisa de la noche que entraba por las ventanas entreabiertas, Lia parecia el ángel de la inspiracion; por momentos creia verla remontarse al cielo desplegando sus alas; todos estábamos conmovidos, Maria lloraba; pero sus lágrimas dulces y abundantes eran un alivio para su corazan.

D. Urbano parecia petrificado, Sara contemplaba á su hermana con la espresion con que los niños miran una pintura sagrada, con esa mezcla de respetuosa admiracion, acompañada de tanto amor! Jane parecia completamente dormida, y so-

lo la constante agitacion de sus párpados demostraba todo lo contrario. Amancio no estaba ya en la habitacion, nadie habia notado su salida.

Cesó el canto, Lia vino nuevamente á abrazar á su madre y salió de la sala poco despues, seguida de su hermana. D. Urbano sacó su reloj y viendo que eran las nueve, se despidió de nosotros, asegurándonos que en su vida olvidaría tau deliciosa noche. Fué entonces que echamos de menos á Amancio, D. Urbano criticó mucho su inoportuna fuga, recomendó con repeticion á mi muger saludára á las niñas y se marchó diciéndonos el consabido hasta mañana. No dejó de preocuparme algo la conducta de mi jóven protegido, causándome desvelo gran parte de la noche, esa circunstancia insignificante al parecer; pero que tratándose de Amancio á quien tanto queria, tomaba para mí grandes proporciones.

CAPÍTULO X.

Cárlos Gifford—Sorpresa—Es un deber perdonar las ofensas.

El dia siguiente muy de mañana, cuando me preparaba á montar á caballo para ir á hacer visita á mis pobres enfermos, se presentó un hombre que parecia peon de carretas, con una carta para mi. Al momento imaginé que seria de mi hijo, y me apresuré á abrirla; pero viendo que no era su letra, le pregunté quién se la habia dado, á lo cual respondió habérsela

entregado el mozo rubio que venia de Buenos Aires, que estaba en la posta. No puedo explicar el cúmulo de emociones que agitó mi alma cuando en mi impaciencia por saber quien me escribia, recurri á la firma y leí el nombre de Cárlos Gifford.

Despues de tantos años, este nombre se me presentaba como una evocacion del pasado, preocupado con mis recuerdos dolorosos, sorprendido mi espíritu, fijaba los ojos en la carta, sin poder leer una sola palabra, sacándome de este estado la voz del peon, que me pedia respuesta; no puedo contestar ahora, le dije, yo mandaré despues, mas tarde, y me dirijí á mi cuarto con la carta, sin saber lo que pasaba por mí.

¿Qué podia quererme Cárlos Gifford despues de 30 años? que habia ya de comun entre el opulento propietario de Inglaterra y el pobre médico de San Luis?

Cárlos á quien tanto habia yo amado y que tan ingrato se habia mostrado con el amigo ¿qué podia decirme? abrí de nuevo

la carta y lei con creciente emocion lo que sigue:

James:

Si no conociera tu corazon, nunca hubieras recibido esta carta: sé que al encontrarte con el nombre de Cárlos Gifford al pié de estas líneas, tu alma no sentirá ningún mal movimiento, perdóname aunque no lo merezco, porque el camino de la virtud no es igualmente fácil para todos. Ya no soy rico, James, y este es el mejor título que tengo á tu amistad.

Como vino mi fortuna así se ha marchado, he perdido casi todo en especulaciones descabelladas y hoy ya viejo y enfermo cuento apenas con lo necesario para concluir mi vida.

Tengo un hijo, un hijo que es ya la única criatura que me ama, por él hubiera dado mi propia existencia, por su felicidad sacrifico hoy mi orgullo, que sabes cuanto poder tiene sobre mi corazon, ámale en nombre de lo que fui en otro tiempo

para tí, guíale con tus consejos. Él nada sabe de mi falta, tu haras á este respecto lo que halles conveniente, confío en tí y no temo ya la muerte. Ya no nos volveremos á ver en la tierra. Pobre Jane, sírvale de consuelo mi vida desgraciada siempre, y sin amor. Todo se compra menos la felicidad.

Adios

Cárlos Gifford.

Lóndres 27 de Marzo
de 185.....

Cuando acabé de leer esta carta mi cara estaba bañada en lágrimas, el corazón me latía con violencia; mi primer movimiento fué correr en busca del hijo de Cárlos, jóven, en tierra estraña léjos de su padre! pensé en mi hijo y me dirigí á la puerta.

Él recuerdo de Jane, clavó mis pies al suelo; cómo recibiria ella al hijo del culpable Gifford? cómo anunciarle tan estraña noticia? la idea de renovar tan tristes re-

cuerdos en su corazon, me hacia daño. Decidí consultar á Maria: quién mejor que una muger podia fallar en cuestiones de sentimiento? no son ellas la parte sensible del universo? Mi muger oyó leer aquella carta con estraordinaria emocion, y al punto me dijo con una confianza verdaderamente sublime:

Si Jane amó á este hombre, recibirá bien á su hijo, no lo dudes, pobre Cárlos! pobre Jane!, yo le hablaré, amigo mio, vé en busca de ese jóven, no podemos cerrarle nuestros brazos, anda amigo mio, Dios me inspirará,

Poco rato despues me dirigia yo en mi caballo saino, á la posta, avivando quanto podia su andar que nunca me habia parecido mas lento y acompasado; á mi llegada ví un grupo de personas de diversos trajes y edades ecsaminando un avestruz de clase rara, que hacia esfuerzos por salirse de un pequeño corral en que estaba encerrado. En el momento reconocí en-

tre ellas al hijo de Cárlos Gifford, la semejanza con su padre era completa, la misma belleza de formas, el mismo rostro; le hubiera reconocido entre mil. Al punta me dirigí á él, y aun me conmuevo al recordar la espresion de sus bellas facciones al tenderme su mano diciéndome:

Yo soy el que vd. busca, porque vd. debe ser el amigo de mi padre, el Dr. Wilson á quien vengo procurando desde Inglaterra, le abrí mis brazos y le besé como á mi hijo.

Bien hubiera querido volverme con él al instante; pero aunque habia solo medía legua él insistió con tierna solicitud en que descansase, y yo juzgué muy conveniente dar tiempo á mi buena Maria para preparar á mi hermana.

A medida que hablaba con el jóven Gifford, cobrabale mas afecto, apreciando por su conversacion sensata y franca las prendas de su corazon: me habló con enternecimiento de su padre, aunque, segun me dijo, hacia poco tiempo que le habia cono-

cido, habiéndose él educado en Escocia al lado de una hermana de su madre que habia muerto hacia dos años, dejándole heredero de su pequeña fortuna.

Con una delicadeza que acabó de ganarme mi corazón díjome, que habiéndose arruinado su padre en sus especulaciones en la India, él habiale propuesto venirse á América á buscar fortuna, debiendo él que estaba ya viejo disfrutar de la herencia de su tía que él le cedia, reservándose solo lo estrictamente necesario para el viage.

Tan noble rasgo debió conmover el corazón del ambicioso padre y hacerle recordar los buenos dias de su pasado. La virtud de su hijo le inspiró sin duda esa carta; dichoso padre!

Jorge Gifford era un hijo modelo, mas respeto, mas desinterés no era posible tener. Durante el camino díjome que su padre habiale hablado de nuestra antigua amistad, y que la pintura que le hacia de mi carácter habialo decidido comple-

tamente á venir á América. Me pidió noticias de mi familia, y yo que en llegando á ese punto, me siento flaquear, creo que pasé mas de la mitad del camino hablándole de mis puntanitas. Tambien le hablé de mi hermana ecsajerando casi sin darme cuenta la esquivez de su genio, porque temia extraordinariamente hiciese mala acogida á mi nuevo amigo; pareciéndome el camino muy corto, en su grata compañía.

CAPÍTULO XI.

Llegada de Jorge Gifford. Jane se muestra generosa. Diferentes opiniones sobre un mismo punto.

Las niñas han puesto sus vestidos de día de fiesta, y en compañía de su madre que ha estrenado un traje nuevo nos esperan á la puerta de la sala. Qué hermosas estaban, y sobre todo qué idénticas. Gifford las saludó con una mezcla de admiración y de sorpresa que dió motivo á que yo le dijese : «Qué tal, amigo mio; las encuentra V. muy semejantes, idénticas? ya hará V. la diferencia, ya se acostumbrará V. á distinguirlas.»

En ese momento Maria con un semblan-

te muy alegre que contrastaba con sus palabras y daba á su fisonomía cierto reflejo de juventud que me trajo dias pasados á la memoria. Dijo al recién llegado: «Mi hermana Jane está algo indispuesta; pero me ha prometido acompañarnos á tomar el té; disculpela V. caballero. » Dirijiéndome en seguida una mirada de inteligencia que alivió mi corazón de un enorme peso.

Las niñas ofrecieron á Gifford mostrarle sus plantas, sus pájaros y sus libros, sí, sus libros; oh no eran estos muy numerosos, pero no faltaba entre ellos ni Sheakspeare ni el *Vicario de Wakefield*, sin olvidar las obras de mi compatriota Walter Scott muy bien empastadas y colocadas con simetria al rededor de la mesa. Mis hijas leen, gustan mucho de esa distraccion, y yo no me opongo á que su imaginacion se alimente con las bellas ficciones de los grandes maestros; pienso que en la juventud es tan necesario dirijir y distraer la imaginacion, cuanto es útil robustecer y adiestrar

los miembros en la infancia. Gracias á Dios, por aquí no nos llegan fácilmente las novedades literarias, ventaja inaudita, pues de ese modo leen y releen sus mismos libros, que buen cuidado he tenido de encargar yo mismo á Mendoza y á Chile.

Así que pude hablar con mi mujer, díjome que Jane la habia asombrado, que desde el primer momento, y sin resistencia, luego que leyó la carta, habia dicho : *Perdono, porque tambien es desgraciado;* venga su hijo, no caiga sobre él la falta del padre; el sacrificio está ya consumado; dirás á mi hermano que esta noche desco me presente al hijo de Carlos Gifford. Siendo necesidad de estar sola, hermana; dejame leer mi Biblia, que no me llamen á comer hasta luego.

Comprendo lo que ha debido pasar por su corazon, dije á Maria; pero, gracias á Dios, tiene muy cerca de cincuenta años, y lo que le queda de vida, es ya mas fácil. Bendigamos á la Providencia,

amiga mia; este dia es un dia feliz; la madre enjugó dos lágrimas que corrían por su mejilla al recuerdo de su hijo ausente, y yo, adivinando su pensamiento, dijele : Maria, cuando alcanzamos un favor de la Providencia, no es justo recordar nuestros dolores. Eres una buena madre; esposa, seca tus lágrimas, todo lo puede aquel que vuelve los ojas á los árboles y el verdor á los campos!

Se me figura que nuestro amigo D. Urbano no puso muy buena cara al recién llegado; sospecho que en gran parte fué esto debido al buen corte de su levita y al gracioso nudo de su corbata, imaginé al momento que el elegante puntano echaba de menos un bellissimo alfiler de oro y topacios que ostenta en su corbata en los dias de gala, el cual realza cumplidamente sus méritos personales. ¿Habrá quien le acuse de debilidad? Fuera esto cruel. Acaso en la vida los juicios que hacemos de los demas no están siempre en razon directa

con aquello que á nosotros nos falta ó nos sobra? Qué importa que se trate de una corbata mueble indispensable ó de una calidad mas ó menos útil? La no medida es siempre la misma, el resultado idéntico.

Poco á poco la conversacion hizose animada, Jane cumplió su promesa, y solo pudo notarse en el cordial saludo que hizo al hijo de su prometido; cierto temblor imperceptible en la voz, que me llegó al corazon. Por lo demas desempeñó su tarea diaria con la misma exactitud y tino que acostumbraba, asegurándole Gifford que desde su salida de Inglaterra no habia tomado tan buen té.

¿Piensa V. señor D. Jorge quedarse algun tiempo entre nosotros? preguntó D. Urbano con especial cortesia al recién llegado.

—No lo sé, caballero, replicó Gifford, eso dependerá del resultado de un pequeño negocio que no sé si podré realizar.

—Ah! exclamó D. Urbano, V. trae consigo algunos efectos?

No, señor, contestó Gifford, tengo ó mejor dicho tiene mi padre por aquí algunos terrenos, y vengo á ocuparme de utilizarlos; para ello cuento con los consejos de nuestro respetable amigo.

—De todo corazón, respóndile; disponga V. de mí.

—Les aseguro á Vds., agregó Gifford, que me sería muy agradable vivir en San Luis; se respira por aquí cierto aire de tranquilidad y de bien estar envidiables; se me figura que todos deben ser tan dichosos; es verdad que despues de haber pasado casi toda mi vida en una pequeña ciudad de provincia, el ruido de las grandes capitales se me hace insoportable. Vds. deben pensar como yo, no es verdad?

D. Urbano sonrió maliciosamente por no saber que responder, y se volvió á Amancio diciéndole : Y V. que dice de las pequeñas ciudades, señor secretario?

—Yo, caballero, respondió Amancio con acento amargo, no conozco sino á San Luis, no tengo opinion.

Gifford, sin apercibirse del mal efecto que sus palabras hacian, continuó: Oh! Vds. no pueden apreciar la felicidad que tienen: en las grandes ciudades el hombre no es dueño ni de su pensamiento; cuantas veces se imagina uno escuchar puramente la voz de su razon, el eco de sus propios sentimientos, y no hace sino ceder al impulso general, al espíritu de la mayoría. Oh! no hay peor tirania que la tirania de la opinion, y nada hay que mas aleje al hombre de sí mismo que el culto de las preocupaciones.

—Sí, exclamó Amancio con vehemencia fijando en Gifford sus hermosos ojos llenos de inteligencia, vivir de la vida comun, sentirse arrastrado por el torrente luminoso de las ideas, aspirar con delicia esa atmosfera cargada de grandes pensamientos, vivir en una hora un siglo, poder co-

municar nuestras mas íntimas aspiraciones con solo una mirada, ser comprendido por esa masa inteligente y fuerte que arrastra y que guia á los hombres de corazon! oh! eso es vivir!

—Error, amigo mio, replicó Gifford, esa masa inteligente y fuerte se compone de hombres inteligentes, es verdad; pero debiles y egoistas, llenos de mesquinas envidias y torpes preocupaciones. De hombres que en vez de tenderos la mano para guiaros en el laberinto de sus intrigas y amaños, apagarán el fuego de vuestra alma, el calor de vuestra inteligencia con el contacto de sus miserias y desencantos, y haran que dudeis de vuestro talento, y os parecerá que la luz huye de vuestro espíritu, y morireis de sed al pié de la fuente. Creedme, caballero, y esto os lo digo con toda la verdad que me inspira el noble ardor de que os creo poseido; los pensamientos nacen, crecen y maduran en el retiro, en el silencio de las pequeñas ciudades; por mas que

por momentos os sintais desagradablemente sorprendido, por alguno por muchos que no os comprenden. Creis acaso que la inteligencia solamente es el punto de contacto, el eslabon que une á la gran cadena humana? ¿En dónde encontrareis quien aprecie mejor vuestra alma, los rasgos de vuestra inteligencia, que un corazon que no lata sino para vos, que os consagre todos sus momentos, que nó viva sino para vuestra dicha?

Vds. perdonen, dijo en seguida volviéndose á las señoras, haya tomado la libertad de espresarme con tanta franqueza; pero por mas que mi memoria me recuerde que hace pocas horas que conozco á Vds. mi corazon me dice que nuestra amistad es de mas larga fecha y que durará siempre.

Habia tal acento de verdad en sus palabras, que Maria le respondió apesar de su natural timidez :

No se equivoca V. Jorge, somos sus verdaderos amigos.

—Amancio, se dá V. por vencido? dijo entonces D. Urbano con una risita burlona.

—Confieso, replicó aquel, que creo al señor mas competente que un oscuro provinciano para decidir en tales cuestiones; pero apesar de todo, la conviccion no ha penetrado aun en mi corazon.

Pareciéndome notar acritud en el tono con que fueron dichas estas palabras, y temeroso de que mi nuevo amigo mortificase sin quererlo al pobre Amancio, tomé la palabra en estos términos :

Aunque hace muchos años que vivo tranquilo y feliz en esta ciudad, no por eso he olvidado completamente lo que era la vida en esas ciudades á que os referis, y sin irnos muy léjos hablaré de Buenos Aires en donde está reasumido el mayor número de habitantes y de civilizacion de toda la República.

Casi no hay una inteligencia aquí en las provincias, que no aspire como al supremo bien, á engrosar las filas de los

hombres inteligentes que allí fiugran; los padres piensan como en un deber, en mandar á sus hijos á educarse allí y á aprender á ser hombres. ¿Se creerá acaso que sea con la idea de que vuelvan á sus provincias á ser felices, contribuyendo al bien general con el contingente de luces y talentos adquiridos. Ciertamente no es otro el móvil que decide á estos buenos padres á separarse de sus hijos á costa de grandes sacrificios las mas veces; pero desgraciadamente rara vez recojen el fruto de sus afanes; porque sus hijos ó se quedan á vivir en Buenos Aires, *aportañándose* lo mas que pueden y cobrando singular despego á la tierra que les vió nacer, ó vuelven á su provincia, con ideas inaplicables al grado de civilizacion de la mayor parte de sus compatriotas y sin el tino ni la prudencia necesaria para ir por grados mejorando y perfeccionando las costumbres y las ideas. Y creen que todos han de ver tan claramente como ellos los defectos y males que

les aquejan, y que infaliblemente habrán de recurrir á ellos como á un puerto de salvacion acatando la superioridad adquirida. Pero qué sucede, la ignorancia, la sencillez de la gente inculta, desestima verdades que no entiende, y de aqui á odiar á los que empiezan por despreciar su ignorancia, atacándola por medios violentos; no hay sino un paso. Abrese la lucha de estos dos poderes igualmente fuertes y tenaces llamásele hoy de un modo, mañana de otro y no es siempre sino la lucha de la civilizacion contra la barbárie ó mejor dicho de la barbarie contra la vivificación. Y qué remedio amigos míos á este mal, á un mal que por mas duro que sea decirlo es causado mas por la impaciencia de los civilizados que por la barbarie de los incultos. Cómo es posible aplicar teorías gubernativas hechas por sociedades que han llegado al mas alto grado de civilizacion á pueblos, que ni siquiera tienen idea de sus deberes! Acaso son primero los

derechos del ciudadano, que los deberes del hombre social y privado! Como es posible, que sin un sentimiento profundo y sério de la moral, un individuo no abuse de sus pretendidos derechos. Será lícito exigir de los demas, aquello que nosotros no somos capaz de cumplir? Aun no es tiempo de embellecer ni pulir, apenas si los cimientos son suficientemente profundos, para resistir el enorme peso del edificio social. Júntense los hombres inteligentes y racionales, los hombres de corazon, en su ciudad en su provincia, dedíquense sus esfuerzos y sacrifiquense por ella ya se llame San Luis, Córdoba ó Buenos Aires; entréguese con fé, con perseverancia al bien general; nada de impaciencia y sobre todo nada de intolerancia soberbia y orgullosa; practiquen las virtudes que quieren enseñar al pueblo, edúquenlo con el ejemplo, con la tolerancia. El desprecio, por el que creemos inferior á nosotros, es un arma de dos filos, tal hombre

que sabe menos que yo, tiene un alma mas grande, un corazon mas generoso; en una palabra, y para reasumir mi pensamiento, el mayor mal de que adolecen los argentinos: es la impaciencia, el descontento general que mina esa sociedad que marcha á pasos de gigante sin el sentimiento de un deber que llenar. Pero, basta ya de cosas serias; niñas, al harpa, oh ya vereis señor civilizado lo que son mis puntanitas.

Papá, respondió Lia ruborizándose, si empieza vd. asi, no me animaré nunca á cantar, el señor que habrá oido tan buenas cantoras....

Le aseguro á vd. que.... respondió Gifford.

Oh! interrumpió D. Urbano, en cuanto á eso no tiene vd. nada que envidiar, señorita.

Si, pero mucho que aprender, replicó Lia sonriendo y corriendo de muy buena gana al harpa.

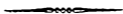
En seguida Sara nos cantó tambien una balada inglesa á la soledad, contrastando

sus notas graves y veladas con la agilidad del canto de su hermana. Para definir perfectamente el efecto que producian una y otra: diré que Lia asombraba, arrebatava; pero Sara hablaba mas al corazon, siendo necesario convenir en que las dos tenian grandes disposiciones para el divino arte.

Cuando llegó el momento de separarse, Jorge tendió su mano á Amancio y díjole con una cordialidad que pareció asombraban á este.

Seamos amigos, cuento con que nos veamos con frecuencia.

D. Urbano ofreció sus servicios y su amistad al simpático jóven, en términos espresivos, y se retiró muy satisfecho de su harenga. Pocos momentos despues, conduge á Jorge al cuarto de mi hijo, descándole una buena noche.



CAPÍTULO XII.



La miseria y la muerte del pobre. Mision del médico.

El dia siguiente Jorge me pidió permiso para acompañarme en mis visitas, con la idea de conocer un poco aquellas gentes. Consentí gustoso y emprendimos la marcha despues de almorzar.

Mi primer visita era siempre para una buena muger en extremo pobre, que tenia su rancho á la entrada del pueblo y que estaba en el último grado de tisis.

Cuando entramos en la habitacion única que tenia el rancho, un espectáculo enternecedor se ofreció á nuestras miradas.

Sobre un catre de cuero sujeto al suelo por cuatro estacas de madera estaba acostada la enferma, cubierta con una frazada de lana blanca y colorada, agujereada en varias partes, que le subía hasta el pescuezo, dejando ver tan solo su cabeza con los cabellos en desorden y un rostro pálido y desencajado con dos chapas encendidas en las mejillas.

La enferma dormía, su respiración anhelosa, agitaba de continuo la frazada, imprimiéndole un movimiento cadencioso.

En el cuarto no había más muebles que una silla pequeña con asiento de cuero, una mesita baja de madera oscura, lustrosa á fuerza de uso, con algunos manojos de tabaco á medio torcer, que era el oficio con que ganaba la vida aquella infeliz y que le había ocasionado la enfermedad de que se moría.

Las paredes de barro y paja dejaban filtrar la luz y el aire por multitud de grietas, habiendo sido algunas de ellas remen-

dadas con vellones de lana blanca y negra en varias partes. En un clavo habia colgado un vestido de zaraza negro, con pintas blancas; una enagua y algunos otros trapos de un blanco amarilloso. En un rincon se veia una olla de fierro puesta sobre dos astillas de leña que ardian apenas, cubiertas por la ceniza y algunos carbones apagados y por último en el extremo opuesto vimos una criatura, que parecia apenas tener siete años, en cuclillas en el suelo, lavando una especie de sábana, en un lebrillo de barro roto. La niña al vernos entrar, interrumpió su trabajo y se acercó á nosotros levantando con una mano los cabellos que le caian sobre la frente y poniendo un dedito de la otra en la boca, para recomendarnos silencio.

Está durmiendo, dijo en seguida en voz baja echando una mtrada cariñosa á la enferma y yo aprovecho para lavarle la sábana, porque toda la noche ha tosido y tosido y por la mañana, habia muchas man-

chas de sangre en el suelo y en la sábana.

Desde cuándo se ha empeorado tu madre, hija mia? díjele yo. Por qué no has ido á avisarme?

—Es que, respondió la niña mirando á su madre, ella no ha querido, y como Ño Miguel no ha venido hace dos dias, no he tenido á quien mandar. Me acerqué á la cama; la pobre Águeda tenia una fiebre violenta, y en su rostro habia sintomas mortales.

—Es necesario, hija mia, dije á la niña, que vayas en el momento á casa y digas á mi muger que tu madre está muy mala y que la espero aquí. Mi compañero se ofreció á ir él mismo; pero yo le dt á comprender con una mirada, deseaba que se quedase.

La niña salió luego, no sin haber antes torcido la sábana lo mejor que sus manitos se lo permitieron, y haberla en seguida estendido sobre la mesa que acercó al fuego, para que se secase, recomen-

dándome cuidase de que no se quemara. Luego que hubo salido pedí á Jorge fuese en busca del cura y le dijese de mi parte que era necesario viniese á ausiliar á aquella infeliz sin pérdida de tiempo.

He visto la muerte en casi todas sus formas, he contemplado la agonía del hombre robusto y vigoroso que va cediendo por grados sus derechos á la muerte; he sentido helarse la sangre en las venas del anciano en el último tercio de su vida; he visto sorprender al tierno niño sonrosado y risueño en los brazos de su madre; pero nunca he experimentado lo que en aquella media hora.

Águeda abrió los ojos y fijándolos en mí sin asombro, me dijo con voz tremula y apagada.

—Bien sabia yo que V. habia de venir, y la chica?

—Ha salido un momento, yo la he mandado; no puede tardar. Cómo se siente V., hija mia?

—Mejor, señor; ya esto es hecho, me voy sin remedio. Cuideme mucho la chica, dígaselo á la señora, y que Dios se lo pague. Tengo mucha sed; allá en el rincón hay un jarro con agua, hagame favor.

Le alcancé el jarro, bebió con avidez, y en seguida cerró de nuevo los ojos. Poco despues entró el cura seguido de Jorge; la enferma al verle, hizo la señal de la cruz, me miró por última vez y cayó en un sopor precursor de la muerte.

Mi mision habia concluido, apenas le quedaba media hora de vida. El sacerdote le puso la estrema uncion y se arrodilló cerca de la cama.

—Amigo mio, dije á Gifford, tengo otros enfermos que visitar; el dia empieza mal; pero mi deber es disputar su presa á la muerte, mientras haya esperanza. Ruego á V. se quede aquí hasta la llegada de mi muger, pronto vuelvo.

CAPITULO XIII.

Amancio es infeliz. Un corazón noble y generoso no puede transijir con el crimen. Es necesario ayudarle, salvarle.

Luego que se dió sepultura al cadáver de Águeda, mi mujer que habia traido en su compañía á sus hijas, para que la ayudasen en aquella piadosa tarea, se llevó consigo á Aguedita que lloraba y se desesperaba por seguir á su madre.

A fuerza de halagos y cariños consiguieron al fin las niñas apaciguarla, ocupándose en el momento de cortarle y coserle un trajecito de luto.

Jorge que se interesaba vivamente por la huérfanita, se ofreció á enseñarle á leer.

á pesar de no hablar aun bien el castellano; poniéndose á la obra desde el dia siguiente.

Pareciéndome esa noche notar que Amancio estaba mas preocupado que de costumbre, llamelo á parte y le convidé á que diese un paseo por la quinta. Hacía una luna magnífica, y un airecito fresco pero suave, agitaba mansamente las hojas de los árboles.

—Hijo mio, díjeme apoyándome en su brazo, no admiras como yo la infinita bondad del Creador, que con tanta profusion nos prodiga sus tesoros? Mira ese cielo azul y transparente, dime si hay corazon que resista á tan sublime espectáculo? habla, Amancio, dime que es lo que trabaja tu espíritu, abreme tu pecho, ¿qué deseas? ¿cuál es tu oculto pensamiento?

—Ah, señor! dijo Amancio tristemente, qué deseo? qué busco? yo mismo no lo sé; cuantas veces he venido decidido á contar á V. mis pesares, mis tormentos, y en el

momento de hablar, las palabras me han faltado; soy muy desgraciado!

Y al pronunciar estas palabras se echó en mts brazos llorando.

—Bien, hijo mio, llora, eso es mejor, las lágrimas que no se vierten secan la savia del corazon; trata de coordinar tus ideas, hablame con franqueza, sabes cuanto me intereso por tí.

Amigo mio, respondió Amancio, es necesario que me aleje de estos lugares, tengo absoluta urgencia de dejar á San Luis, mi vida aquí no es vida; consumo mis mejores años sin ver claramente delante de mí la senda que debo seguir, sin encontrar quien me comprende, quien me tienda una mano amiga. Si supiese V. que horribles noches paso pensando en ese porvenir oscuro y confuso del que nada percibo hasta ahora; como es posible que esté destinado á vivir y morir sin haber saciado esta sed que me abrasa. Que mezquino, que pequeño es cuanto me rodea! Todos los

hombres en esta miserable aldea, pasan la vida ocupados esclusivamente de sus intereses materiales; nadie piensa sino en sí mismo, en la cosecha, en los frutos. Esta atmósfera acabará con mi razón, el contacto de ese hombre odioso dará en tierra con la nobleza de mi corazón; siento ya germinar en mí instintos de odio. Oh! antes me daré muerte cien veces, me quitaré esta miserable vida.

Amancio pasó las manos por su frente y guardó silencio.

—Escucha, joven, díjeme después de un rato, no voy á dirigirme á tu corazón, no, aunque conozco bien el camino y sé cuán fácil es conmoverlo; sin embargo dudo ya de la estabilidad de tus propósitos. Voy á hablar á tu razón, á tu inteligencia.

¿Porqué si estas descontento de la ocupación que tienes, no tratas de buscar otro que mas te convenga? ¿Por qué no me lo has dicho mucho antes? Hiciste mal, yo no conozco á ese hombre que me pintas con tan

negros colores, y quizá, solo tengo yo la culpa de tu padecimiento.

—Generoso amigo, exclamó Amancio con vehemencia, no culpe V. sino á mi negra estrella; nací para sufrir sin tregua ni esperanza. Quiero pintar á V. el cuadro de mis dolores. Desde el dia en que por vez primera me acerqué á ese hombre, un instinto repulsivo me alejaba de su lado, y solo por un gran esfuerzo de voluntad, consentí en quedarme á su lado. Sin embargo, en el primer tiempo no podia yo quejarme sino de la vulgaridad de sus maneras, de sus groseros chistes y de una zocarroneria jesuitica con que trataba los asuntos de su juzgado, afectando siempre una compasion tan ecsajerada y mal dirigida, que producía en mí el efecto opuesto. Mi trabajo se reducía entónces á buscarle en algunos libros de derecho civil y criminal textos en que fundar la justicia de sus sentencias, siendo de notar que ponía en ello especial esmero, apesar de que al pro-

pio tiempo, me hablaba del derecho y de la justicia, con el mas alto desprecio. Mas de una vez dijele que no comprendia como teniendo esas ideas, se daba tanto trabajo para redactar sus sentencias y calcarlas segun la letra de ley; á lo que me respondia viendo, es necesario, mi jóven amigo, que se convenza V. de que la mejor regla de moral pública y privada, es dar á nuestros actos por arbitrarios é injustos, que sean, cierto carácter de legalidad y de justicia, que nos gane el buen concepto de los tontos, que son los que mas abundan.

El trabajo no tenia para mí nada de pesado; al contrario, como él tiene muchos libros de derecho que no ha leído jamás, yo estudiaba con gran placer, sacando de ellos todo el provecho posible; habiendo llegado, segun sus espresiones, á ser un pozo de ciencia.

Poco á poco fué el malvado mostrando sus vicios. Una vez seguro de la influencia completa que hoy ejerce en el

ánimo del gobernador, su conducta fué muy diversa. Defraudó al huérfano de su modesto patrimonio; anuló en provecho propio toda clase de contrato ó sociedad en la cual veia alguna probabilidad de ganancia; condenó, encarceló á todo aquel desgraciado que cometia el crimen de ser un poco mas rico que los demas; llegando la infamia de su proceder hasta introducir en las familias la vergüenza y la deshonra para satisfacer sus brutales apetitos.

En vano quise contener el desborde de sus pasiones, oponiendo para ello aquellas mismas palabras de justicia que antes habian sido para él de tanto valor; se burló de mis escrúpulos, me acusó de cándido aconsejándome me deshiciese, como de un ropaje viejo y usado, de tan ridiculas aprensiones.

Llegó un momento no obstante, en que mi honor, mi razon se oponian á tan horrible complicidad; las lágrimas de las madres, de las esposas, de esos infelices encarcela-

dos, azotados y sacrificados al mas leve capricho del déspota, me seguian á todas partes. Entonces probé á suplicar á mi vez; pero el tigre se burló de mí y llegó hasta llamarme cobarde, afeminado. Viendo que nada podia contra aquel torrente desenfrenado, dijele que habia resuelto separarme de él y que podia buscar quien me reemplazase. Entonces su furor no tuvo límite; me trató de traidor, me aseguró que jamás permitiría que me separase de su lado para revelar sus secretos, amenazándome de todos modos, y lo que es aun peor, intimidándome con la cruel perspectiva de vengarse, en las personas que me son queridas.

Con fria dureza me tendió en seguida su mano que rechazé con horror, diciéndome: Nos entendemos; si me sirves fielmente podras succederme, pero sino, cuenta con lo prometido; *conozco á todos tus amigos.*

Ya vé V. cual es mi posición; soy su esclavo, le pertenezco hasta la muerte.

—Pobre hijo mio, díjele estrechando sus manos, cuanto has tardado en abrirme tu corazon; no te sorprendas de que ignore lo que quizá es aqui conocido de todos; pero ya conoces mi aversion á mezclarme en los asuntos agenos, y la vida retirada que llevo.

—Oh no, señor, no es solo eso, agregó Amancio con amargura, me creen su cómplice, ai! No se engañan! y como saben que es Vd. mi protector, no se han atrevido á decírselo. Dios mio, qué he hecho para merecer tan triste suerte!

—Tranquilízate, hijo mio. Yo mismo iré á ver ese hombre tan temible; no me impone su gran poder, aun puedo salvarte creo, con el auxilio de Dios: no se dirá que triunfan siempre los inicuos. Sin embargo, te pido no digas á nadie una palabra de esta conversacion. Mañana mismo hablaré al Juez, le pediré tu retiro. Confia en mí.

Amancio me suplicó con lágrimas no me

opusiese á tan terrible adversario; pero no consiguió hacerme cambiar de propósito, pues ni siquiera quise admitir el que me acompañase á la entrevista; asegurándole que si me iba mal, de mayor utilidad podría serme fuera del alcance de su poder.

Por otra parte, díjele, no debo permitir por mas tiempo que tu razon se ciegue con perniciosas ilusiones.

Aléjate en buen hora del malvado, no participes ni indirectamente de sus crímenes; la tolerancia debe ser limitada, debemos tender la mano al que se arrepiente; pero jamás ayudar al que insiste en el mal y cierra sus oídos á la justicia. Pero antes de tomar una resolucion oye la voz de mi esperiencia. Tú, Amancio, reunes á una intelijencia clara y rápida, un corazon sensible y apasionado; no se alarme tu modestia, esos son dones que el cielo hace á sus escojidos. Sin embargo, hijo mio, es necesario para que un hombre pueda aspirar á lo que aquí abajo se llama perfeccion, que esas preciosas do-

tes, vayan acompañados de otras no menos preciosas, que se adquieren con el estudio de sí mismo en primer lugar, con la constante observacion de los demas y sobretudo con el dominio de nuestras pasiones.

Muy duro es para mí, arrebatár á tu corazón las gratas ilusiones que abriga; pero es fuerza que te hable con franqueza. Hay en ese mundo que tanto te seduce, y al cual vuelves sin cesar ávidas miradas, un Soberano absoluto, cuyo despotismo no se parece á ningun otro. Por él se desoye la voz de la amistad, se sacrifica el amor, se atropella todo sentimiento de humanidad y olvídanse los mas sagrados deberes. Nada puede contrarrestar su influencia poderosa, ella convierte al inteligente y al honrado en torpes y despreciables aduladores de su imperio; levantando al criminal y al estúpido á la cumbre de sus favores, todos le acatan, todos le rinden culto; el sábio le sacrifica sus esfuerzos, sus tareas, hásta

su génio, y el ignorante adquiere fama y honores con su ayuda.

Ese Señor, ese Dios que rije hoy las sociedades humanas. Amancio, ese móvil de cuanto se hace ó dice, ese Dios, es el dinero: sin él, amigo mio, puedes tener el corazon, la intelijencia mas perfecta, el mundo no se ocupará de tí, sino para sacrificarte á la ambicion, á la sed general de riquezas y de poder.

En las sociedades democráticas en donde por medio del dinero se alcanza poder y se llega á los primeros puestos, la necesidad del dinero llega á ser una fiebre. Y ¡ay! del que sigue tan resbaladiza pendiente, transije con su conciencia, le sacrifica hoy un ligero escrúpulo y mañana, se echará en brazos de los mas espantosos abusos; porque el que es rico, es respetado, y ese respeto hace, que todos olviden los miserables medios que empleó para hacer fortuna.

No, hijo mio, tú no te verás nunca en ese caso, escucha mis consejos. Lo que impor-

ta por ahora es que evitemos á ese maldito Juez y eso corre de mi cuenta. En cuanto á lo demas ya veremos. Por tu confianza en Dios.

Mira, siempre he pensado que una de las grandes muestras de sabiduría que puede dar el hombre, es conformarse con la suerte que le ha cabido, evitando prudentemente salir de la esfera en que fué colocado por la Providencia. Cierto es que hay grandes ejemplos en el mundo que acreditan lo contrario; sin embargo esas son escepciones que en nada debilitan mi proposicion, especialmente si nos damos cuenta del mayor ó menor grado de felicidad que han alcanzado. La yerba del campo crece humilde y frondosa en el prado, sin afanarse por el cultivo y encierro de los jardínes, la ley del perfeccionamiento moral es otra.

Por qué afanarte entonces? Esa sociedad medirá tu intelijencia por el corte de tu vestido y el lustre de tus zapatos. De tu

corazon nadie se ocupará, nadie te ha de pedir lo que no está dispuesto á darte. Si llevas dinero todo lo podrás, sino no.....

Me dirás entonces que el muudo se compone de malvados, y que Dios ha sido injusto: no, hijo mio, Dios no tiene en ello la menor culpa, el hombre es dueño de sus acciones y puede descarriarse, lo mismo que seguir la senda de la virtud!

—Qué quiere vd. que crea entonces, señor! exclamó Amancio con desaliento, todos son malos, todos son iguales! en dónde encontraré quien me comprenda?

—Ingrato, díjete con emocion, ¿en dónde? y tienes aquí á tu viejo amigo que llora contigo y sufre viéndote sufrir?

—Soy un mónstruo, replicó Amancio con exaltacion, no merezco ni la compasion de vd., abandóneme vd. á mi triste suerte.

—Huye de la exágeracion amigo mio, díjete tomando nuevamente su brazo, como de tu mayor enemigo. La generalidad de los hombres no es buena; pero los hay

gracias á Dios. Mira este noble jóven que acabas de conocer; nacido en la opulencia y en medio de la abundancia, hoy que su padre á quien apenas conoce es desgraciado, le abandona cuanto posee y se lanza á un mundo nuevo, sin mas apoyo que su razon, y sin mas guía que sus nobles sentimientos. Te vé por vez primera, y ya te tiende una mano amiga, mostrándote los tesoros de su alma. Mírale tranquilo y feliz sentado en nuestra modesta mesa, sonriendo á todos, teniendo para todos una palabra amable. Todo en él revela una educacion esmerada, una elegancia de maneras, adquirida desde la cuna; y sin embargo no le chocan las vulgaridades de D. Urbano, ni le ofenden las confianzas de ña Marica, El secreto de su dulzura, de su benevolencia, está en la tranquilidad de su alma, la propia felicidad no le preocupa incesantemente y no se afana por alcanzar esa sombra, que huye de aquel que mas la persigue. Deja venir las cosas como viénen,

sin impaciencia ni cólera, confiando en la rectitud de sus miras y en la misericordia divina.

Oh! si todos los hombres fuesen como él, pronto se olvidaria hasta el nombre del egoismo y el mundo seria un paraiso.

Entremos, hijo mio, se hace tarde, creo que nos hemos demorado demasiado. Mañana sabremos á que atenernos; entretanto no alteres tu conducta en lo mas mínimo.

CAPÍTULO XIV.

Amór naciente--Celos--Proyectos, Horas melancólicas--El espectáculo de la verdadera miseria es un consuelo para las almas bien templadas.

El hombre propone y Dios dispone. ¡Cómo imaginar que mis piernas habian de jugarme tan mala treta! El reumatismo me ha cargado con una fuerza extraordinaria y no puedo ni moverme de un lado á otro en la cama.

Es cosa hecha, habré de dejar mi escursion á la casa del terrible juez para otro dia; porque lo que es hoy y quizá mañana y muchos otros dias, la cama me reclama, y la casa está toda en alarma.

Jane no abandona la cabecera de mi cama, Maria ocupa el asiento opuesto, cediendo á su hermana el preferente, que ella no reclama; pero acepta; las niñas van y vienen de continuo, semejantes à dos blancas visiones; tal es el escaso ruido que hacen con sus piececitos, trayéndome de continuo una flor del jardin, una fruta madura ó noticias importantes del canario que parece echarme de menos, mientras que el cardenal con estóica indiferencia canta como si tal cosa.

Oh! esta vez hay un personaje mas en el cuadro, Jorge reemplaza de vez en cuando á Maria y con su conversacion variada, me ayuda á soportar los agudos dolores que me cargan especialmente en la pierna izquierda. Decididamente yo tengo la culpa; Jane me lo repite hoy por cuarta vez; pasar toda la noche en el jardin, recibir el aire húmedo; pero qué remedio, cuando uno se pone á echarla de hombre superior, no tiene cuando acabar. A quien

no le gusta sermonear! es debilidad muy general; pero debilidad es, y si solo tuviera yo esa.... Pero qué es esto? ya viene ña Marica con su agua de sauco; y qué hacer? pobre muger, habré de echarla con ella de sábio? no, que la leccion me cuesta ya muy cara; me echo el brebaje al pecho, que aunque nó me cure del reumatismo, conservará por lo menos su ilusion á la pobre vieja, que se quedará tan hueca y asegurará que me ha curado; á todo un médico! Guarde tan dulce creencia, vale mas mucho creer que mucho dudar.

El pobre Amancio llega mas temprano que de costumbre, vé luz en mi cuarto y todo lo comprende, cambiamos una mirada y estamos ya entendidos,

El reumatismo dura muchos dias, dejo la cama; pero apenas si puedo dar algunos pasos hasta la sala.

Observo durante este tiempo un pequeño drama que se desarrolla á mi alrededor, y tengo en ello gran placer. Indudable-

mente Gifford ama á una de mis hijas, no puedo equivocarme, no, por muy lejos que estén del corazon esas impresiones, la huella que dejan es imborrable. Pero no acierto á comprender cual de ellas sea, tan pronto veole seguir con ojos apasionados la graciosa figura de Lia, como fijarlos tiernamente en el talle gentil de Sara.

Oh! de lo que sí no tengo duda es de que ya no las equivoca; pero esto no es bastante. necesito observar mas hasta descubrir.

En cuanto á ellas pobres tórtolas, creo que ni se dan cuenta del inusitado afan con que arreglan y dan lustre á sus ensortijados cabellos, ciñendo la cintura virginal con cintas de variados colores, que cámbian á cada paso. Su traje es siempre blanco en verano, y en invierno lo mas claro posible; su madre dice que no sienta otro color á las doncellas y no les permite ejercitar su capricho sino en la cinta con que lo ajustan.

Amancio, víctima siempre de sí mismo:

sufre una estraña tortura, su naturaleza delicada é impresionable, préstase admirablemente á ello. Véole de continuo lanzar tristes miradas á las relucientes y sonrosadas uñas de Jorge, fijándolas en seguida en las suyas incultas y maltratadas; poco á poco va pasando revista á todo el ajuar del elegante inglés; y se me figura que ahoga un suspiro de despecho al ver su chaquetilla raida y arrañonada. Qué horrible consejera debe ser la envidia, me parece por momentos que veo en los ojos negros del puntano ciertos destellos de ódio que, me dan miedo....

Torpe de mí, tengo sesenta años pasados, bien lo veo, Amancio pobrecillo, está salvado, no me cabe duda, oh! no haberlo pensado antes: es que quizá él mismo no se daba cuenta, ¡hijo mio, que suerte!

—Pero de qué.... de qué...., exclamó Maria impaciente.

—Vamos, pero qué no lo he dicho.... está... habrá suerte igual!

—Pero amigo mio..... espícate.

—Sí, sí, está enamorado de Lia.

—Oh, lo que es este no me cabe duda.

—Y sabes tú si ella le corresponde?
me respondió mi muger con su prudencia habitual.

—Es verdad que no lo sé; pero cómo no se han de querer, jóvenes..... criados juntos.

—Por lo mismo, por lo mismo.

—En fin, allá veremos. Hay tiempo ann de pensarlo. Son jóvenes, allá veremos.

Decididamente, no pierdo de vista á los muchachos. Jorge está sentado á mi lado, hablándome sériamente de aquellos famosos terrenos de la Carolina que tenia de su padre y que tan fatales fueron á la pobre Jane; tiene la idea de esplotarlos, mediante una sociedad que cree poder realizar con un comerciante fuerte de Buenos Aires. Y me esplica su plan y me dice que

creo que D. Urbano tomará parte y que se yo.... Se me figura que estoy distraido, que no atiende sino á medias, ya lo creo, como que veo una figura blanca de cabeza rubia sentada, del otro lado de la ventana de la sala, que cae al jardin, ocupada de escribir, al parecer, muy afanada. Sin embargo, levanta de continuo la cabeza y por entre las ramas de la madre selva mira con atencion: juraría que está dibujando. Oh! no me cabe duda, es un lápiz lo que tiene en la mano y veo claramente que mide las distancias y observa y.... rompe descontenta su obra y se va sin que yo pueda saber cual de las mellizas es, oh! pero dibujaba, retrataba, á quién? á Jorge. Vaya, un descubrimiento! será Lia? Será Sara?

Sin querer pronuncio estos dos nombres y veo al pobre Jorge ponerse mas encendido que un carmin y decirme.

—No lo sé, señor.

Qué? habrá él observado tambien? Eso

no me gustaria. Antes de que su corazon se pronuncie, me seria desagradable que creyese, habia cálculo en ellas, en mí.

Bah! si no ha podido verla, ya lo hubiera conocido yo en su cara, qué cámbia de color á la menor impresion. Doile el primer pretesto que me ocurre y volvemos á los terrenos.

De dia en dia hace rápidos progresos, Aguedita, gracias á la contraccion del maestro y sus dos ayudantes.

Mi reumatismo lleva ya mas de ocho dias y en los ratos que no leo, me lo paso conversando con Jorge, tomando la leccion á la huerfanita y preocupado con lo que pasa á mi alrededor; sin avanzar gran cosa en mis descubrimientos.

Tengo tambien mis horas melancólicas, de continuo la pobre madre me habla de su hijo ausente; el tiempo pasa y nuestra incertidumbre aumenta.

El cabrero me ha prometido tenerme al corriente de cuanto sepa. Hoy, sin saber porque, me siento mas triste, mas abatido, tengo necesidad de ver á mis pobres enfermos, que me son de tanto provecho; los he hecho visitar por tio Juan, llevándoles algunos socorros y varios remedios; pero eso no es bastante, necesito verlos, escucharlos; ai! en ninguna parte se aprende mejor á ser resignado que en la cabecera del enfermo pobre. El rico, dentro de sus vistosos cortinados, se lamenta, se desespera, acusando al cielo de sus males, en tanto lleva á sus lábios en taza de plata el delicado manjar con que distrae su fastidio, todo le importuna, nadie le contenta. Mientras que el pobre, abatido por el sufrimiento, consumido por la fiebre, rodeado de sus hijos hambrientos y desnudos, pide con tiernas espresiones á su Padre celestial que le levante de la cama, para poder trabajar y dar de comer á sus hijos!

Quién no se creerá dichoso al lado de tanto infortunio? quién no alzará sus ojos al cielo para darle gracias?

Madres ricas llevad vuestros hijos á la casa del pobre, mostradles esa resignacion santa, superior aun á la misma miseria, y habreis hecho mas por ellos, que rodeándoles de profesores y de libros de ciencia. Mirad esa madre aflijida, doliente, imájen de la madre de los desamparados, sola, con su tierno infante que aplica en vano al seco pecho, observadla atentas; amargas lágrimas brotan de sus ojos, alza al cielo tristes miradas pidiendo misericordia; vedla, ni una palabra amarga sale de sus lábios sedientos, ni un reproche; quizá no llegue á mañana ni ella, ni su hijo. No se queja, en su corazon no hay ódio, suplica, ama! Acercad vuestros hijas, conducidlas vosotras mismas de la mano, no temais que sus blancos vestidos se rocen con las sucias ropas de la enferma, mas duradera habrá de ser la impresion que conserve su

alma inocente, mas ganará la rica que la pobre, acercaos!!

Me siento ajitado, tengo dolor de cabeza, esta noche no asistiré al té, pido á mis hijas que me preparen la cama, las bendigo y despues de dar gracias al Dios todopoderoso, trato de conciliar el sueño.

CAPITULO XV.

Da. Fulgencia y sus hijas.--Diplomacia femenina

He sabido que Amancio no ha venido anoche, qué será? pero aquí viene su madre con sus dos hijas, mas adornadas y vistosas que ramillete de día de San Juan.

—Señor *Doctor*, dícame la vieja, tanto gusto.

—Para servir á Vdes. Señoras, como va y Amancio?

Cambian visitantes y visitadas el consabido beso, las palabras de orden, de cómo estás hijita y picarona, y Doña Fulgencia me responde tosiendo.

—Amancio, Señor? Pobre muchacho.

Madre, esclama Benita, la hermana mayor, especie de Benjamin femenino de 35 Añiles, con voz de falsete y poniendo en blanco uno de sus ojos que medio bisquea. Cualquiera creerá que le ha pasado algùn pasaje, tonto igual!

—Así será, responde Da. Fulgencia, y limpiando el sudor de su arrugada y negruzca frente con su pañuelo de algodón, se vuelve á mi muger y dícele con interés: Mariquita, y tus pollos.

Maria le dá minuciosos detalles de su gallinero y la conversacion promete ser larga.

Generalmente llegando á ese punto yo tomo mi baston y mi sombrero y despues de decir: con el permiso de Vds., me marcho; pero hoy en primer lugar me duele aun esta pícara pierna, y en segundo lugar deseo saber que es de Amancio, sin chocar á la cartilaginosa Benita.

Benita mira para todos lados, pasea sus ojos parduzcos de arriba á abajo, como bus

cando una idea que no se aparta de su frente prominente, adornada con vastas entradas, y por último, arreglando un pliegue que no sueña en perder la forma que un planchazo maestro le ha dado, dice;

—Y no era que Vds. tenían un huésped?

Rubor general; las mellizas se miran y responden á un tiempo, mirándome sin que yo sepa porque:

—Ha salido. . .

Ya está roto el fuego, alerta.

Casimira, la hermana menor, aunque mayor que Amancio, es muy diferente á su hermana, pequeña como aquel y delgadita, casi me atrevo á decir que sería bonita, si su hermana se lo permitiera. Pero que, si apenas se atreve á levantar la cabeza, fijos siempre sus tímidos ojos en la mirada de aquella Juno bizca que parece producirle el efecto del basilisco, insistiendo Benita en decir que su hermana es enana y raquítica como Amancio. Extraño fenómeno creo que al fin conseguirá que su vícti-

ma se vuelva jorobada, tal es lo que la pobrecilla se agacha y achica para dar razon al tirano. Adulacion mas comun de lo que se cree, en los súbditos de los soberanos absolutos.

Creo que trae enseñada la leccion la pobrecilla, de otro modo nunca se hubiera atrevido á decir mirando á su hermana.

—Dicen que es muy buen mozo?

—Si, así dicen, agregó Benita, Vds. nos dirán, que lo tratan, que viven con él.

Las muchachas están en espinas, pero yo las saco de apuros respondiendo.—Es cierto, Señoritas, Jorge Gifford tiene una figura tan hermosa como su corazon; creo que no puede tardar, tendré mucho gusto en presentárselo á Vds.

Benita me muestra su boca desportillada y me responde á manera de éco:

—Con mucho gusto.

Aprovecho su buen humor y pregunto por Amancio. Frunce el seño, engrósan-

sanse las venas de su pescuezo y responde con acento ágrío.

—Ese muchacho ha de matar á mi madre, es un ingrato, es un desagradecido, un picaro, despues que lo mantenemos, que le cuidamos la ropa y lo tenemos siempre como una espuma, atreverse.....

Aquí la cólera le cortó la palabra; y yo pude decirle:—Pero que es lo que ha hecho? cuénteme Vd.,no se altere.

Un torrente de lágrimas debió brotar aquí de sus ojos, pero como así no fuera, los pucheros suplieron el benéfico líquido; observando yo que Casimira lloraba de veras y limpiaba con los dedos sus lágrimas porque no traía pañuelo.

—Querer darnos este mes medio sueldo, con achaque de que su chaqueta está muy vieja y que necesita camisas, como si no tuviese dos que se muda Juéves y Domingo, ah, y su madre en la miseria y sus hermanas.... tendremos que matarnos á trabajar; su pobre madre morirá de pesar!

Sin querer volví mis ojos á Da. Fulgencia y la ví en ese momento hincar sus dos dientes en un bollo que Maria le ofrecia; haciéndo una mueca de contento.

Tranquilizado por ese lado, me fijé en las hermanas, y si esceptuo los zapatos descocidos de Casimira y la falta de pañuelo en las manos, estaban aquellas *po-brecitas* tan bien vestidas como mis hijas; que pasan aquí por ricas.

Como buen piloto, observo los mas insignificantes movimientos de mi nave. Veo con dolor que Lia presta oido distraido á la conversacion, sin comprender cuantas lágrimas ha debido devorar en silencio en su mesquina habitacion, el celoso Amancio, al recuerdo de las elegantes galas de su inocente rival.

El corazon de la mujer es un pielago insondable. Lia sensible y caritativa siempre con los que sufren, no parece conmovirse por las palabras de aquella harpia que revelan un mundo de aflicciones, de do-

lores para el pobre amante. Es que la hermosa Lia mira de continuo por la ventana del jardín, en tanto que Sara no quita los ojos de la puerta; será que las dos le aman? Esto seria una desgracia terrible.

Me parece que sin querer un sentimiento extraño se desliza en mi pecho. Es imposible escapar á la supersticion, y raro es el hombre que en un momento dado no siente el ataque de este debil enémigo. Se me figura que el nombre de Gifford es fatal para mi familia, y no sé cuanta imágen triste se agolpa ante mis ojos. Señor, no nos abandones!

Benita sigue entretanto charlando y acumulando dicterios sobre su infeliz hermano, y sin querer escucho sus palabras.

—Figuerese V., señor, que nos amenazó con echarse á la acequia, como si perdiáramos mucho con su muerte, valiente personaje!

Como dijele; pobre muchacho, á veces

esas palabras imprudentes arrancan mas lágrimas de lo que se piensa. Me parece que Lia presta atencion á mis palabras. Continuo con calor.

—Pobre Amancio, es desgraciado, bien merece que se le ame un poco....

Oh! qué cambio en la fisonomia de Lia; brillan sus ojos, encendiese su mejilla; ya no me oye; Gifford está en la puerta de la sala. El mágico ha hecho cambiar con su presencia la espresion de los semblantes.

Quien me mete á mi á echarla de corredor de corazones, allá se avengan quien lucha con los muchachos; pero es lástima, es lástima, serian dos parejas; ¿pero cómo formarlas, cómo???

Felizmente doña Fulgencia se va temprano, y á pesar de las señas de la gentil Benita no acepta nuestra invitacion á comer, á Dios gracias; la bizca me altera la sangre, y su víctima me entristece. Pobre Amancio, qué familia!

Indudablemente una de las grandes felicidades de la vida, es tener una familia homogénea y sin disonancias, y cuando digo familia, hablo de aquellos parientes íntimos del corazón.



CAPÍTULO XVI.

Amor, despecho, inocente coquetería.

Hace una tarde hermosísima; la familia toda está reunida debajo de un montecito de peros que hay á la izquierda de la casa, como á distancia de 20 varas. Desde allí se distingue, como una faja blanca en el horizonte, la cadena que forman los Andes hácia el lado del poniente, y hácia el nacimiento vemos una campiña verde cubierta de árboles en flor. Estamos á principios de la primavera, las flores de los peros dan al aire un perfume suave que se armoniza perfectamente con el de los duraznos y las rosas.

Yo, gracias al buen estado de mis piernas, me encuentro cómodamente sentado en mi sillón de baqueta.

Sara y Lia sobre la yerba, escuchan muy atentas una historia de montañeses que les cuenta Jorge; Maria está tomando su mate y Jane teje la interminable calceta.

Mas blandura en el aire no es posible imaginar: el cielo presenta una admirable variedad de tintes, el azul mas puro y transparente parece luchar aqui con un dorado oscuro, mientras que el rojo y el morado hacen contraste con la blancura de las vaporosas nubes.

Los pájaros alborozados saludan la naciente primavera volando de rama en rama en vueltas y revueltas, acariciándose tiernamente.

Desde mi asiento alcanzo á distinguir las cabras de ño Miguel que van brincando acá y allá en direccion á su corral, seguidas del vijilante chocolate, que con paso lento y ojo alerta contrasta singular-

mente con las locuelas que custodia. Ya se detiene una á arrancar una matita verde que no han visto sus compañeras, ya otra salta sin motivo un terron de tierra que hubiera podido evitar, y las demas se alborotan y desparraman poniendo el grupo en dispersion; pero el paciente capitán vuelve su tropa á la disciplina y vá poco á poco acercándose á donde su amo les espera.

Es necesario que Jorge dé una vista á sus terrenos; pero deseo antes arreglar los asuntos de Amancio; podrian ir juntos con mutuo provecho, y asi he pedido á aquel demore su viaje para la próxima semana.

D. Urbano está muy prendado del Inglesito y parece que tiene deseo de emprender nuevamente su antiguo negocio, origen de su fortuna. Aquí está ya, saludo general; Jorge ha concluido su historia y vá á dar una vuelta con las niñas. D. Urbano no sabe si irse ó quedarse, pobre hombre!

—Lia, Lia, ven que el señor quiere ir contigo. D. Urbauo me lanza una mirada reconocida, y helos ya en marcha.

El paseo dura como media hora: cuánto debe haberse fastidiado Lia, qué cara trae tan descontenta; que contraste con su hermana, Sara así que llega viene á abrazar á su madre, dirige amistosas palabras al cabrero que está ya sentado á mi lado en la sala, porque buen cuidado he tenido esta vez de entrar temprano para evitar la humedad, y se sienta al harpa, mirándonos á todos con amor, menos á Jorge, cuyas miradas evita con marcada intencion.

—Qué es de tu hermana? dice Jane, mirando á Sara por entre sus anteojos.

—No sé, tia, voy á buscarla.

Sara vuelve diciendo que Lia tiene dolor de cabeza, y ya la madre quiere que la vea y le recete que se yo..... Penas de amor que poco durais á los 16 años.

Lia ha tomado su partido, aquí está ya, mas linda que nunca, con las mejillas en-

cendidas y los ojos brillantes. No tengo duda, ha llorado, esos ojos han sido lavados y lavados con tezon; no importa viene contenta, entra cantando. Despecho y no mas, qué idea! miren la coqueta, y fíese Vd. de las niñas criadas en una Aldea.

Las mujeres aprenden á amar como los pájaros á volar, casi desde que nacen.

—Amancio, dice al mústio Secretario con su acento mas dulce, no podria Vd. decirme cual de estas dós A es mas de su gusto?

Qué metamórfosis, Amancio vuela queria decir; pero no voló, ni corrió al lado de Lia; mas, estoy seguro de que su corazon dió mil vuelcos en un segundo, é hizo mas camino que una locomotora.

Alli están juntos cerca de la mesa; sus cabezas se tocan, confúndense los negros cabellos del uno, con los rizos dorados de la otra.

Oh! es imposible que Lia no ame á ese hombre, la dicha inesperada que alcanza dá á sus facciones una espresion bellísima;

si, el amor, la felicidad embellecen. Rayos de luz, de amor, de esperanza, lanzan los ojos negros del enamorado joven, y envuelven á Lia en una atmósfera tibia y vaporosa, que la hace participar sin darse cuenta de una dicha que emana de sí misma.

Que los ocupa? tienen ya tiempo de sobra para haber escojido una A y muchas A en todos los alfabetos conocidos. No alcanzo á verles bien, sin embargo todo lo adivino. Bendito Dios, creo que Lia ha olvidado su venganza y que escucha con gran placer no sé que. pero Amancio habla, que hermoso está, y sin embargo, conserva la misma chaqueta raída y descolorida, pero una camisa blanquísima y una corbata nueva graciosamente atada, le prestan su ayuda y le dan valor.

La dicha es cosa pasajera, así no mas no puede un hombre fiar en ella durante una media hora.

—Niñas, dice Jane, que hoy no tomamos té?

El encanto se rompió; Sara dejó el harpa cuyas cuerdas ajitaba con distraccion, mientras Gifford le contaba sabe Dios que *historia*, y Lia abandonó al dichoso Secretario mudo como el harpa; pero con un destello de esperanza en el corazon.

Sin saber como, hénos hablando de minas. D. Urbano sé está luciendo; no hay hombre por infeliz que sea, que no entienda de algo.

D. Urbano está inspirado, suda, se arremanga, deja su silla, se inclina al suelo, vaya una mímica. Yo no entiendo jota de minas, pero aseguro que el pariente no desatina y que habla por propia experiencia.

Ño Miguel parece que tambien es conocedor en la materia, porque le replica, discuten y concluyen por entenderse.

Es cosa hecha, el cabrero va á contar una historia de minas, verdadera y muy interesante.

Las sillas se acercan, Gifford está entre

las mellizas, Amancio enfrente de Lia; pero las cosas han cambiado: esta no le perdona el buen rato que le ha dado sin pensar, y hace cuanto puede por evitar el fuego de su mirada. D. Urbano es todo oídos, el cabrero tose, se aclara la voz y el cuento empieza.

—Pues Señores: han de saber Vds. que allá por el año de 1819, solia venir por Mendoza, de cuando en cuando, para aviarse de vicios, un mozo chileno llamado Virgola, que decia ser peon de cordillera y que tan pronto venia como se iba, sin saber como ni á que.

Derrepente se perdió de Mendoza y nadie se acordó mas de él.

Por el año 30 volvió á aparecer y trabó relacion con un platero francés llamado D. Edmundo, con motivo de traerle varias piedras de plata de la mejor calidad posible, que le vendió por poco mas que nada.

Diz que poco tiempo despues sus venidas eran cada vez mas repetidas, trayendo

siempre las mismas piedras riquísimas, que el frances le compraba á precio bajo, sacando doble provecho de su compra.

De la noche á la mañana tienen Vds. que Virgola compra una casita en la cañada y empieza á echar lujo.

Nadie sabe de donde sale el dinero con que Ñor Virgola hace bailes y regala á los amigos; pero nadie se inquieta por esto, porque Ñor Virgola es honrado, paga bien y gasta mano ancha con los conocidos.

Solo D. Edmundo sabia el secreto de la fortuna de Ñor Virgola; pero muy á su pesar no lo sabia sino á medias, porque cada vez que este le traia aquellas riquísimas piedras de plata de 8,000 marcos al cajon; el frances abria tamaños ojazos y sin pérdida de tiempo, se las compraba, temeroso de que fuese á otro y perdiese él tan generoso marchante.

Eso sí, Ñor Virgola siempre que el platero le hacia alguna pregunta referente á las piedras, le respondia que las encontra-

ba en canchas abandonadas; tan pronto en un lugar como en otro.

El Frances no le creía; pero no había medio de hacer hablar á aquel hombre: le pagaba sus piedras, y Ñor Virgola se despedía hasta otra ocasión.

Oh! Ñor Virgola era hombre que se daba buena vida; no trabajaba en nada, estaba siempre alegre y tenía quien le sirviese con buena voluntad. Generoso como el mejor, no le faltaban nunca pañuelos de seda ó algunas buenas prendas con que obsequiar á sus conocidas, de modo que las pretendidas no escaseaban. Pero así no más no se casa un chileno en tierra estraña, y por consiguiente Ñor Virgola no pensaba en tal cosa. Pero como sus medios se lo permitían, tenía tres *Calandrias* que vivían en buena armonía y le servían al pensamiento.

La casa, situada en la cañada, como dije antes, era un buen rancho de pared corrida, con un lado que daba sobre la calle y

en ese lado habia una ventanita de reja que le servia para observar la policia cuando pasaba; porque Ñor Virgola desconfiaba siempre del Gobierno como de un enemigo natural, no porque él fuera hombre malo ni barullero, sino porque la Policia persigue á los pobres y aunque él tenia *plata era pobre*. No habia mas que verlo con el mismo traje que usaba cuando era peon: sombrero puntagudo sin alas, con su calzon ancho á la pantorrilla, su ceñidor colorado y su poncho corto. Hace bien, que ser orgulloso es pecado á los ojos de Dios y él no tiene porque quejarse!

El chileno no era desconfiado; pero deja siempre bajo de llave sus pellones, y encierra el grano para que no se lo coma su bestia. Solo en un punto es reservado; se ausenta con frecuencia, porque sus gastos van en aumento; pero nadie sabe á donde vá ni en que direccion; Ñor Virgola es un viejo trucho, derrepente se escabulle á lo mejor de un baile y vuelve siempre á los

tres ó cuatro dias con las alforjas repletas de platas, despues de haber hecho su visita al platero.

El pobre D. Edmundo no habia medio que no tentase, soñaba con Ñor Virgola, porque las piedras eran siempre riquísimas y parecia que el marchante no se daba gran trabajo para encontrarlas.

—Amigo, le decia un dia, Vd. y yo podemos hacernos ricos, dígame solo, donde está la mina y la trabajaremos en compañía, y yo pondré los gastos y Vd. no tendrá mas que ayudarme.

—Pero Ñor, le respondia Ñor Virgola, como quiere que yo le diga eso si la mina no es mia, yo no puedo, no es mia y como quiere.....

—Pero hombre, respondia el platero entusiasmado, si con una sola palabra puede Vd. hacerse tan rico.

—No, Ñor, yo no necesito mas que lo que tengo, y sobre todo la mina no es mia y no puedo.

Porsupuesto que el Frances no se descuidaba, y le ponía espías y espías por todos. Pero que.....

—Si, Ñor Virgola, era hombre vivo, se le escapaba como una liebre, y ni los polvos.... Hasta que un dia fué á ver al platero y le dijo : Mire, si V. sigue poniéndome espías y cansándome la paciencia, ya no vuelvo mas por aquí, y estas son las últimas piedras que vé.

Se asustó el compadre y aflojó! Ñor Virgola le siguió vendiendo sus famosas piedras, y el negocio iba adelante.

El platero cada vez mas desesperado por saber algo, y Ñor Virgola cerrado como una tapia.

Malo cuando el hombre se hace viejo; Ñor Virgola cada vez hacia menos viajes, y el platero tenia mas curiosidad que nunca.

Un dia Ñor Virgola se sintió malo, le pareció que la cabeza se le iba para todos lados; se echó en la cama y se que-

dó dormido. Cuando se despertó se encontró con el señor cura sentado á su lado y su marchante el francés mirándolo con unos ojos tan tristes. Eh! cosas de las ca-landrias! ya se sabe lo que son las mujeres en tales ocasiones.

—Hijo, dicele el cura, estás de muerte y es necesario que te confieses.

—Sea en hora buena, responde Ñor Virgola, no tengo miedo á la muerte, gracias á Dios.

Ñor Virgola, dijo sus pecados al señor cura; pero parece que este señor tenia interés en saber un pecado del chileno que este no le decia, sin duda por no creerlo, cosa que incumbiese á la Iglesia; pero ellos saben mas que nosotros que lo han estudiado, y el cura llamó en su auxilio al platero. Aquí fué lo bueno. Como dos perros rabiosos asuzaban á Ñor Virgola para que les dijese en donde estaba la mina; pero Ñor Virgola les respondia que

la mina no era suya y que no podia decirlo.

Viendo que nada conseguian, el señor cura hubo de acudir al diablo, y empezó á hablar al pobre Ñor Virgola que estaba ya poniendo los ojos en blanco, de las calderas y sartenes del infierno y de los demonios con colas y cuernos, que debia ser como para asustar á todo un señor comandante. Ñor Virgola decía muy triste :

—La mina no es mia! la mina no es mia!

El cura sudaba mares, y el platero se arrancaba las mechas de rabia, Ñor Virgola se iba acabando como una vela.

—Padre, dijo al fin el pecador, con la voz mas delgada que un hilo, levantando apenas las manos, echemé su bendicion, que me voy.

—La mina! la mina! ¿En dónde está la mina? gritaba el cura mas colorado que cresta de gallo; te vas á los infiernos si no lo dices, te condenas!

El platero, por su lado no lo hacia mal, imitando con la boca el sumbido del trueno y arañando la puerta á modo de demonio.

—Estás condenado! habla, pecador, gritaba el padre al oido de Ñor Virgola medio muerto; y ya lo que quedaba de Ñor Virgola era como el pábilo cuando se derriete el sebo de la vela, humo, humo y que se apaga. Al fin dice Ñor Virgola tan quedo que apenas se le oye :

—La mina.....

Y el cura y el platero, por escuchar lo que dice, se echan sobre él y casi lo ahogan.

—En dónde? en dónde? le preguntan á un tiempo.

—Está en el cerro Bayo y la dejé tapada con una cruz de junco y dos piedras lajas. La bendi.....

No dijo mas, revolvió los ojos y se murió; el cura y el platero bailaban de contento al lado del muerto calentito.

—Oh! si habia porque, exclamó D. Urbano interrumpiendo al cabrero, semejante mina de 700 marcos al cajon, vaya un bocado, se harian ricos; no cabe duda, raro capricho!

Ño Miguel respondió :

—Aguarde V. el fin del cuento, y verá.

Yo dije á una de mis hijas que trajese un vasito de caña de la Habana, que nunca me falta para estos casos, y el cabrero, despues de apurarlo á traguitos cortos continuó en estos términos:

—A Ñor Virgola lo enterraron como á pobre en el zanjon, las calandrias se volaron desplumándose lo mas que pudieron las unas á las otras, y el cura y el señor platero se echaron á buscar con gran contento y mayor secreto, el cerro Bayo. Pero acontece casualmente que en la cordillera hay mas cerros bayos que estrellas en el cielo, asi es que busca aqui, caba mas allá, el platero fundió su tienda y el señor Cu-

ra aumentó el precio de los bautismos y de los casamientos.

La gente se guardó de aportar por la iglesia por la carestía, y cura y platero se murieron sin haber encontrado la famosa mina de Ñor Virgola, que todos tenían mas gana de encontrar que las que nunca tuvieron los difuntos. Y aquí el cuento se acaba; pero falta la cola, que cuento sin cola diz que no tiene mérito.

Hace dos, tres ó mas años, mejor es en decir cuantos, iban un tal D. Estraton y D. Delfin, el uno comerciante y el otro militar, por los cerros de la Estancia de Platas, propiedad de los Masas, cateando minas sin encontrar cosa que valiese la pena, hasta llegar al puesto del faldeo del Toro, donde vivia un viejo llamado Joaquin que cuidaba un ganadito á medias con los Masas.

El viejo no sabe que hacerse con ellos, los obsequia lo mejor que puede porque es muy pobre, les ceba mate y se sienta

en el fogon para hacerles conversacion. Hablan de minas, y le cuentan lo mal que les ha ido en el cateo.

—Oh, responde Ñor Joaquin, sus mercedes debian haber traído en su *compaña* á mi compadre Virgola que es baqueanazo para catear; ese si, que es buen peon. D. Estrator y D. Delfin le dijeron que Ñor Virgola hacia mucho tiempo que habia muerto, y le preguntaron como lo habia conocido, y si sabia algo de la miua.

—Vaya, si lo sé, respondió Ñor Joaquin; pero la mina no era suya.

—¿Pero entonces, de' quién era?

—Era de su patron, de D. Juan Caparota.

Cada vez mas se iban interesando en lo que les dice Ñor Joaquin, hasta que le pidieron que les contase todo lo que supiese de la mina de Ñor Virgola.

—Ñor Joaquin vivia solo, y cuando encontraba con quien conversar, lo hacia de

mil amores. D. Juan Caparota dijo era un jóven oficial del ejército español que en la derrota de Chacabuco se cortó hácia el sud para *ganar el reyno* de Chile. Mi compadre Virgola que era peon de D. Juan lo acompañó hasta la quebrada del cerro Bayo, en donde viviera juntos algun tiempo. Todo esto lo sé por mi compadre; allí dieron un pique, y D. Juan mandó vender las piedras á Mendoza con el peon que era de toda su confianza. Despues me compró un macho en 6 pesos, y tomó para los lados de San Juan sin querer entrar en el pueblo. Antes de irse le dijo á mi compadre que pronto volvía para trabajar la mina, y que él podía sacar de ella, lo que necesitase, le recomendó el secreto y se fué. Mi compadre lo esperó en la quebrada del cerro Bayo tanto tiempo que la vaca lechera que tenia dió tres crías, hasta que *se dió de vivir solo* y se fué á Mendoza. Desde allí venia siempre trayéndome tabaco y vicios, y despues se iba á la mina

y volvía con las alforjas llenas de piedras de plata.

Los cateadores al oír lo que decía Ñor Joaquin, le preguntaron si él sabía el lugar en donde estaba la mina.

Ñor Joaquin respondió que sí, y que por mas señas tenía una cruz de jume y dos piedras lajas; pero que era un secreto, y que él no podía decirlo.

Al momento trataron de convencerlo, de como habiendo muerto Ñor Virgola él no tenía compromiso, y que respecto á D. Juan Caparota, el verdadero dueño, era mas que seguro que habria muerto en la travesía á manos del ejército nacional.

Ñor Joaquin tenía sus escrúpulos; pero era racional, escuchaba razones y sobre todo como ya su compadre habia muerto, no veía inconveniente en complacer á aquellos amables jóvenes.

La impaciencia de los cateadores era grande; querían ir al cerro Bayo en ese mismo dia; pero Ñor Joaquin les dijo que

por allá el camino era muy áspero, y que era mejor que fuesen el día siguiente por el faldeo del cerro Bayo que está cerquita de Mendoza, prometiéndoles ir á buscarlos el día siguiente á la estancia de Massa.

Aceptaron gustosos y se despidieron hasta el otro día, muy alegres, pensando en la dichosa casualidad que les habia hecho dar con el mismo compadre de Ñor Virgola.

Y no era para menos, la mina de Ñor Virgola tan mentada, que tenia locos á los mendozinos, con piedras de 700 marcos al cajon, es cosa que no se halla á dos tiro-nes.

Muy de mañanita ensilló Ñor Joaquin su bestia; pero para tal ocasion no montó el caballito con que repuntaba su ganado, sino que enfrenó un obero manchado que era su lujo. Cuando está de Dios, no hay que andar con vueltas; el obero estaba de mala veta, y al bajar una cuesta, se espantó no sé de qué, y tienen vds. que Ñor Joa-

quin se rompe la cabeza contra una piedra, el animal dispara y el pobre viejo sin poder moverse, pierde sangre y mas sangre; pasa allí todo el dia, y al llegar la noche, el frio y la debilidad dan cuenta de Ñor Joaquin, y adios mina. D. Estraton y D. Delfin espera y mas espera; cuando acudieron al rancho, el animal habia vuelto á la querencia, y el cuerpo del amo estaba tieso y amoratado en un charcon de sangre.

Aqui mi cuento se acaba, y no está demás que diga que en Mendoza dicen que tal cosa le pasó á Ñor Joaquin, porque solo los herederos de D. Juan Caparota tienen derecho á la mina de Ñor Virgola. Entré por un caminito, salí por otro y sea mas feliz que ellos otro....

Gran sensacion ha producido la historia de Ñor Virgola, hasta los amantes proyectan ya una escursion al cerro Bayo. Y dirán luego que el amor y la ambicion son fuerzas opuestas, á la prueba me remito.

D. Urbano quiere desde la semana entrante ponerse en marcha, y asegura que hallarán la mina y se harán poderosos. Mucho temo que esta noche sueñe Amancio que ofrece á Lia una carroza dorada tirada por cisnes, y Gifford que conduce á Sara á Windsor Palace cubierta de diamantes en traje de boda. Ya se han marchado Amancio y D. Urbano, y oigo á este todavía desde léjos, hablar de los cerros Bayos.

CAPÍTULO XVII.

El Juez—El malvado abusa de su fuerza y el inocente sufre las consecuencias de su conducta generosa.

Me siento del todo bueno, y desde luego pienso en visitar mis enfermos antes de ir á casa del Juez. Hallo á los unos mejor y á los otros peor; pero todos me reciben con cariño y me demuestran el placer que tienen en volver á verme.

Con tan buen principio mi ánimo se fortalece y me dirijo á casa del malvado, fuerte y animoso.

Habia justamente escogido un dia que no fuese de audiencia, con la idea de hallarle solo; así es que cuando llegué á la

puerta, un soldado que estaba sentado en el umbral, me dijo que no era día de juzgado. No importa hijo mio, díjele, tenga vd. la bondad de decirle al Sr. Juez, que hay una persona que tiene cosas interesantes que comunicarle. El soldado se levantó con pereza y entró en un cuarto que estaba enfrente de la calle.

Poco despues, volvió diciéndome que entrase y esperase.

En efecto, entré á un cuarto que me pareció ser un despacho, porque habia en él una mesa con papeles en desórden, un enorme tintero de estaño y una média docena de plumas de ganso cubiertas de polvo y tinta hasta el cabo. Todo en aquella habitacion revelaba el desórden y el desaseo mas completos; algunas sillas de paja, un sillón de baqueta mugriento y una gran cantidad de puchos de cigarros de papel; eran el único adorno del cuarto despacho del Sr. Juez árbitro de la suerte de aquel desgraciado pueblo. Habia un olor á cigarro,

insuportable que me fatigaba, y apesar de que el soldado habia cerrado cuidadosamente la puerta, la abrí para que entrase un poco de aire. Esperé como média hora y al fin salió mi hombre.

Seguramente que su tardanza no debió ser por manera alguna motivada por el aliño de su persona, pues venia en mangas de camisa, con un ponchito corto. Al entrar me miró con su único ojo y me dijo por via de saludo:

—Cierre la puerta, que me puedo resfriar.

La cerré con harto disgusto, y como él se arrellenase en el sillón, tomé una silla y la acerqué á la mesa. Esperé alguna pregunta durante algunos minutos y viendo que ni me miraba, no quise que atribuyese mi silencio á turbacion y le dije:

—Señor Juez, tengo cosas importantes que decir á vd.

Me miró; pero no habló.

Viendo que era sistema, continué advirtiendo entonces, que en vez de darle el tra-

tamiento de Usia, le habia llamado solo vd ; sin embargo, me pareció mejor seguir del mismo modo.

—Amancio. agregué, ese jóven que tiene vd. de secretario y por el cual no sé si vd. sabe me intereso mucho, es necesario que deje ese puesto, para ocuparse de algo que le será de mas utilidad y convenga mejor á su carácter.

El tuerto me miró asombrado, sin duda de mi audacia; pero habia resuelto ir sin rodeos á mi objeto, y luego aquel olor me sofocaba, ya no podia mas. Viendo que callaba, díjome con voz bronca:

—¿Nada mas?

—Nada mas, respondí, sino que espero que vd. me autorice para decírselo de su parte.

—Dígaselo si quiere, respondió; y me parece que me mostró los dientes.

—Con permiso de vd., díjele entonces, voy á abrir la puerta, el olor á tabaco me hace daño. Y diciendo esto la abrí.

El tigre creyó que tenía miedo y me dijo de buen humor sonriendo.

—Abrala, ábrala no mas, no importa.

—Es decir, agregué haciendo un movimiento para retirarme, que puedo decir á Amancio que vd. consiente.

—Yo no he dicho que consiento, respondió con zócarroñería, y empezó á armar un cigarrito, picando él mismo el tabaco sobre la mesa con una navaja. Me hace falta, agregó, tiene buena cabeza, le necesito, ya puede vd. retirarse.

—Comprendo, si señor, que Amancio sea á vd. de mucha utilidad, repliqué; pero además de que no le será á vd. difícil reemplazarlo, él desea ocuparse de otra cosa, quiere trabajar de otro modo y no creo vd. se niegue á lo que es justicia.

—Me hace falta, contestó con distracción levantándose.

Temeroso de que se entrase al otro cuarto, me acerqué y le dije:

—Pero es contra su voluntad, señor, contra su interés.

—Ya lo sé, respondió con flema acabando de armar el cigarro; pero me hace falta.

Y diciendo estas palabras se disponia á dejar la habitacion; entonces tomándole por una punta del poncho le dije:

—Tenga vd. la bondad de escucharme un momento mas, porque Amancio es para mí como un hijo.

—Y eso á mí que me importa; me contestó deteniéndose; no me canse la paciencia, viejo loco y confórmese con salir bien parado.

Por muy buen carácter que tenga un hombre, hay situaciones superior á todo raciocinio, á todo plan premeditado; habia resuelto observar con aquel desgraciado una conducta moderada aunque firme; pero su maldad pasaba los límites de mi paciencia, sabia que el Juez Robledo era un hombre regularmente educado, un doctor y de consiguiente, creia que tendria que ha-

bérmelas con un déspota; pero que á lo menos observaba aquellas reglas de civilidad indispensables en la sociedad; despues he sabido que era su sistema con la gente educada, que afectaba despreciar de ese modo. Sin saber lo que hacia dijele deteniéndole:

—Vd. no se irá, me ha de escuchar por fuerza, porque el cielo está ya cansado de su maldad.

Estas palabras dijelas casi sin darme cuenta de ellas, tal era el horror que aquel hombre me inspiraba; pero el cámbio que sufrió su cara hizome volver en mí. Una palidez mortal se estendió por su semblante, los lábios tomaron un color amoratado y un temblor general agitó su cuerpo. Permanecimos algunos momentos el uno en frente del otro sin hablarnos. Por intervalos parecia que el ojo con vista queria salirse de su órbita, tal era la fijeza con que lo clavaba en mí, mientras que el hueco cerrabalo convulsivamente. Al fin ha-

llo su cólera palabras con que descargar-se. Me llenó de insultos soeces, me amenazó de todos modos, con todos aquellos suplicios tan familiares á su depravado corazon y concluyó diciéndome:

—Perro viejo, con que creias que podias darme una leccion; ya me habian dicho que la echabas de santo, vas á sarlirte con la tuya, serás mártir, eso corre de mi cuenta.

Despues de estas palabras, se salió del cuarto cerrando la puerta de un golpe.

Entonces me dí cuenta de mi situacion; ví que estaba en sus manos y que nadie podria salvarme. La idea del pesar de mi familia me atormentó cruelmente y al punto me ocurrió la posibilidad de escaparme de allí sin ser visto, para ocultarme, pensarlo y hacerlo fué cosa de un segundo. Reuní mis fuerzas, salí de la habitacion con toda la mayor prisa que pude y atravesé el pátio casi corriendo; pero al llegar á la puerta, dos soldados me dije-

ron un terrible *atrás*, que casi dió en tierra conmigo. Ya no habia medio de escapar, estaba preso, y á pesar mio un sentimiento de terror se deslizó en mi corazon. Los soldados me dijeron, síganos al calabozo y no tuve mas remedio que hacerlo, pidiéndoles antes me permitiesen tomar aliento porque estaba en extremo agitado. Uno de ellos se puso detras de mí con su sable desenvainado y el otro marchó por delante, diciéndome: vamos.

La casa de mi verdugo estaba situada en un extremo y para llegar á la plaza teniamos que atravesar todo el pueblo. Aunque inocente y satisfecho de la conducta observada en aquella circunstancia, sin embargo me era muy terrible tener que aparecer como criminal, ante todas aquellas buenas gentes que me habian considerado hasta entoncés como un hombre honrado.

Todos los que encontrábamos nos miraban con asombro y muchos de ellos, nos seguian á cierta distancia, deseosos sin du-

da de saber á donde íbamos. ¿Quién no conoce al médico inglés,? todos los pobres saben que soy para ellos un amigo, un hermano. Las mugeres se detienen y esclaman aflijidas: ¡preso! alguna de ellas se anima á preguntar á donde me llevan, y los soldados responden, á la cárcel.

Entonces oigo resonar en mis oidos palabras que llegan hasta mi corazon, y me confortan.

Una dice, *pobrecito*; la otra alza su hijo en brazos y le dice, salúdalo, hijito, que es el que te curó de la quemadura de la piernita; y otras, recordando á mi mujer y á mis hijas, tan caritativas y amistosas con los pobres, esclaman: *Pobre familia, qué desgracia!*

Oh! es que en estos pueblos, preso quiere decir muerto; desgracia inevitable; la prision no es aquí una detencion, no es la mera suspension de la libertad de un hombre; prision, es tormento, castigo, por el solo hecho de ir preso, porque el que en-

tra no sabe nunca, por leve que sea su falta, si saldrá pronto; si vivo ó muerto..

Llegábamos ya á la puerta de la Cárcel cuando ví cerca de mí á una muchachita de pocos años, cuyo padre conozco mucho, por habermé servido el año pasado en los trabajos de la trilla. La chiquilla me miraba asombrada, y por poco no hace mil pedazos una botella que llevaba en una mano que traia de la pulperia.

—*D. Jacobo*, decia, *á la Cárcel?* Sí, le respondí, avísalo en casa, y diles que no se aflijan; no pude oír su respuesta, pero estaba seguro que cumpliria mi recomendacion.

•

CAPÍTULO XVIII.

La cárcel. Historia de un desgraciado. El que no sabe, es como el que no vé. Nuevas angustias!

La cárcel de San Luis es uno de sus mejores edificios, sólida y regularmente construida de adobe, sirve á la vez de prision y de cuartel.

Hicieronme entrar en un cuartejo pequeño y oscuro, y allí me dejaron solo. Era la primera vez de mi vida que tal cosa me pasaba, y si esceptuo la desazon que me causaba el pensar en la afliccion de mi familia, mi espíritu estaba tranquilo. Tú lo sabes, Dios mio, un solo momento, no desesperé de tu bondad infinita, y si mi

razon me decia que todo aquello era causado por la imprudencia del paso que acababa de dar, mí corazon aprobaba lo hecho y me recompensaba por la tranquilidad de mi conciencia y la fortaleza de mi espíritu. El recuerdo de Amancio me entristecia, conociendo la generosidad de su corazon, temia por él; sin embargo me tranquilizaba la presencia de aquel discreto jóven en mi casa. Él aconsejaria lo mas prudente, lo mas acertado.

En estas reflexiones estaba mi espíritu eugolfado, cuando me pareció sentir pasos cerca de mí. En efecto, poco despues oí una voz que me decia : *Buenos dias, compañero*, aunque sin ver la persona que me hablaba, respondí: Buenos dias, y poco despues un hombre se acercó á mí. No podia decirse que la obscuridad fuese absoluta; pero mis ojos aun no se habian hecho á aquella media luz, y apenas distinguia sus facciones, era éste un hombre alto y robusto al parecer, algo entrado en años,

y á medida que le miraba me parecia que su cara no me era del todo desconocida. De repente oigo que dice con asombro, *el médico*, qué casualidad!

—Parece que V. me conoce?

—Sí, señor, me respondió respetuosamente; pero como lo han traído á V. aquí? tan pronto?

No entendí bien el sentido de aquella última espresion, y respondí :

—Ya que V. me conoce, dígame quien es, porque yo apenas veo.

—Lo mismo me pasó á mí, me contestó; pero ahora ya estoy hecho, la cárcel y yo somos conocidos viejos.

Sin poder remerdiarlo, me hize á un lado para retirarme mas lejos del contacto de aquel hombre; pero en seguida reprimiendo ese mal movimiento de orgullo, díjele con dulzura.

—Dígame V. quien es, que yo no recuerdo su cara.

—Venga acá, dijo; sientese.

Y como yo hiciese ademán de sentarme, agregó :

—Ahí, no que hay un charco de sangre, mas acá.

—Sangre, que está V. herido?

—Poca cosa, respondió, es cosa vieja, no le hago caso.

—Pero qué es? pregunté interesado, muéstreme Vd. la herida, eso no puede quedar así.

—Para que, contestó, si ahorita nomas traen los otros grillos y vuelta á la misma jarana.

—No, hijo mio, díjele, no puedo permitirlo, si Vd. está enfermo no le pondrán grillos. Yo no lo permitiré, venga Vd. acá y al momento me senté en el poyo que rodeaba el calabozo. El preso se sentó á mi lado, diciéndo:

—No se empeñe, señor, si no ha de ver bien, es cosa de nada; y me enseñaba una de sus piernas.

Un poco mas arriba del tobillo, percibí

claramente con mis manos, una llaga larga como de seis pulgadas, que me parecía ser muy profunda y que debía causarle mucho dolor.

Felizmente llevaba yo dos pañuelos de manos en los bolsillos: los corté en tiras y le vendé la herida lo mejor que pude, encargándole se moviese lo menos posible:

Agradecido, me dió las gracias y me dijo que aquella herida era causada por unos grillos que habia llevado anteriormente, mas de un año, que le apretaban mucho, agregando que cuando se habia escapado de la cárcel habíalo hecho con grillos, habiendo tenido que conservarlos puestos muchas leguas, hasta encontrar á los suyos.

Interesado vivamente por aquel desgraciado, cuyo lenguaje sencillo y moderado, me daba á entender que no era un hombre perdido; le pedí me contase su historia.

—Mi historia, señor, me dijo, es corta y triste. Me llamo Pascual Benitez y soy de los que anduvieron el año 39 con el Ge-

neral Paz, él me hizo sarjento, y todos pueden decir si fué con justicia.

Despues de los barullos y cuando el ejército se acabó. yo me quedé por acá por consejos del mismo General, que me dijo:

—Benitez, vos estás casado, sos hombre trabajador, quedate con tu mujer y no te metas en opiniones porque esto va mal.

Ast lo hice, señor, me puse de peon de carretas y con lo que ganaba, mantenía honradamente mi familia. Nadie se metía conmigo y nadie tenía queja de mí.

Así pasé mucho tiempo, hasta que me cansé de esa vida que es pesada, y un dia le dije al capataz, ajústeme mi cuenta, que yo ya no sigo. El capataz me respondió que era preciso que siguiese algun tiempo mas, que me necesitaba mucho; y yo que no, y que no. Nos agarramos de palabras, él me trató de salvaje y me dijo que me habia de delatar al Gobierno, y que mi General era un cobarde. Ya no supe lo que hice; se me nubló la vista, tenía una hachita en

la mano, con que estaba apretando unos rayos, y le di con ella por la cabeza.

El hombre cayó redondo, fué mi primer muerte. Los compañeros que nos miraban acudieron todos al muerto, menos un amigo mio, un tal Servin, que me dijo al oido: largate, Pascual, que si te agarran te fusilan. Tomé el primer caballo que encontré, y me corté para la Pampa, sin pa-peleta, sin nada, que todo se habia quedado en la carreta.

Desde entonces andube peregrinando, tan pronto en un lugar como en otro, comiendo lo que encontraba, durmiendo donde me tomaba la noche, y sin atreverme á llegar á los pueblos. Porque cuando uno ha muerto á un hombre, se le figura que todos se lo conocen en la cara, y cualquier galope de caballo que oia, decia entre mí: es la gente que viene á prenderme, y me escondia en los matorrales con mucho miedo. Y eso que yo nunca se lo tuve á las balas porque bastantes habian pasado silvando

sobre mi cabeza el día que me hicieron sarjento, pero ese es otro miedo. A veces cuando estaba tendido en el suelo cerca de árbol que había escojido para hacer noche, me parecía que veía atrás de mí, como una figura todo llena de sangre, que me llamaba salvaje y que tan pronto estaba adelante como colgada de la rama del árbol, entonces me tapaba la cabeza con mi poncho y hacía fuerza para llamar al sueño, que no venía, y me pasaba toda la noche en vela hasta que llegaba el día y era preciso esconderse de nuevo, y andar siempre con cien ojos.

Otras veces, cuando iba galopando con la fresca de la noche, se plantaban en las orejas del caballo dos luces que me dejaban ciego, y yo cerraba los ojos hasta que se iban; ¡Qué vida! señor, muerto de hambre y siempre solo, acordándome de mi mujer y de mis hijos; á veces tenía gana de que me agarrasen; pero no encontraba sino campo y soledad. No sé cuanto tiempo andube

así, pero debió ser mucho, porque el pelo y la barba me crecieron con asombro.

Un día por fin, encontré dos indios y aunque no podían entenderme, por señas les espliqué como pude, que tenía hambre; al momento me llevaron á sus toldos y me dieron de comer. Con ellos viví mucho tiempo, hasta que las cosas cambiaron. Señor, los indios no son tan malos, no roban sino por hambre y nunca matan sin necesidad. Los que los hacen malos son los cristianos que se van entre ellos. Allí había algunos como yo, y desde el primer día me pusieron mala cara, buscándome pleito por todo. Supimos un día que debía pasar una tropa grande y la gente estaba muy ganosa por ir á buscar vicios. A mí eso de robar siempre me pareció cosa fea para un militar, y así fué que el día de la marcha me quedé atrás y me volví á los toldos. La empresa les salió bien, robaron cuanto quisieron y trajeron dos cautivas. ¡Qué le diré señor, cuando ví

que las cautivas eran mi muger y mi hija Mariquita! alegría y pesar todo fué uno; porque las cautivas son del que las toma, y el que las habia apresado era un santiagueño muy malo que no tenia miedo á nada. Asi que las ví llorando y tan tristes, les dije que era preciso que no se aflijiesen, que ahí estaba yo. Ellas, las pobres me habian creido muerto hacia mucho tiempo y se iban en esa tropa á Córbova, á juntarse con una parienta. No hubo forma, el santiagueño no quiso aflojar las mugeres; de valde le rogué, le ofrecí comprar-selas dándole un maneador trezado, dos caronas buenas y mi caballo que era superior, no me hizo caso y nos desafiamos. El hombre no era lerdo, paraba que era un gusto, con un poncho vichará que tenia en el brazo. Pero la buena causa estaba de mi parte, le metí el cuchillo hasta el mango en la barriga, y todos dijeron que habia sido un lindo golpe. Es verdad que aquella muerte era diferente de la del ca-

pataz, porque era por cobrar lo que era mio; no le hace, siempre matar es pesado y hace que uno le toma como gusto á la sangre.

Creo que vivimos con los indios como cinco años; mi hija se casó con el cacique, y mi muger se murió de un pasmo. Asi que me quedé solo, me vinieron ganas de volverme á mi tierra, allá tenia dos hijos que ya debian ser mozos, y como estábamos cerca de mis pagos, me pareció cosa fácil, pensando que ya quién me habia de cobrar la muerte del capataz, despues de tanto tiempo. Ensillé mi pingo, y sin decir nada á nadie, me largué. El amor á la querencia es cosa fuerte, ni de Mariquita me despedi, de miedo que se lo dijese á su marido y me dijeran que no me fuese.

Andube dos dias y dos noches hasta que empecé á conocer los lugares; todo lo mismo que el dia que salí por la última vez con la tropa. Qué gusto me dió ver los árboles conocidos, los ranchos mas vie-

jos; pero siempre en el mismo lugar, los animales bebiendo á donde mismo y todo como si fuese el dia de ayer. Llegué á una casa, ya no vivian los mismos dueños; pero una moza muy bien hablada, me dijo que habian sucedido muchas cosas, que habian mudado gobierno, que los otros ya no estaban, y que la gente andaba contenta. Por toda lo que me dijo la moza, se me figuró que debian ser los amigos de mi general los que mandaban entonces. Me despedí de ella y muy alegre enderezé á la plaza, caminé mucho ese dia, pocos conocidos encontré; pero supe que mi hijo menor habia marchado hacia poco, con una gente.

Aquí señor, mi cuento se hace pesado, porque ya no me sucedió nada particular hasta la llegada de mi hijo que lo trajeron preso por desertor con grillos. Aquí mismito se los remacharon en esta cárcel, empeños hice no sé cuantos, para librarlo; á ese tuerto pícaro, le ofrecí que me fusilára en su lugar si queria; pobre muchacho, de 22

años, nada valió, le pegaron cuatro tiros y yo me volví á los indios.

En una entrada grande que hicimos, me agarraron, porque yo entonces vine con miras de hacerle una jugada al Juez; pero las cosas fueron mal, me pescaron y me tuvieron aquí un año y dias, hasta que me escapé.

El sargento se detuvo y viendo que no continuaba le dije:

—Pero falta el fin, acabe, que interesa.

El fin, quien sabe como será, si será como el de hijo, porque la desgracia persigue al hombre: me junté de nuevo con los indios con la intencion de quedarme con ellos para siempre; pero vino por allá un demonio, hombre de empuje, uno á quien le llaman el Ñato, alborotó la Indiada, y todos entramos en la jarana, y vuelta otra vez á las desgracias.

El nombre del Ñato me trajo al momento el recuerdo de mi hijo, y con doble interes le pedí que continuase.

—Los indios se apostaron en el cerro Aspero, y allí se les reunió el Ñato con otros cristianos para ir á dar el ataque á Sucos, en donde habia dos estancias hermosas. El tiro no fué malo; pero al volvernos una partida de auxiliares de los Andes, nos cayó encima, y aunque no alcanzó á quitarles el ganado, tomó algunos prisioneros, á causa de los caballos que estaban cansados.

No puedo explicar la emocion con que seguia las palabras de aquel hombre. Mi hijo con los indios, robando ganado, muerto quizá! No escuché el fin de su relacion, un torrente de lágrimas brotaba de mis ojos, me cubrí el rostro con ambas manos! Eran demasiadas emociones para un solo dia, el corazon se me salia del pecho!

—No se aflija, señor, díjome el sarjento. El niño está salvo.

—Qué quiere vd. decir, exclamé.

—Quiero decir, que Don Juancito me ha dicho todo, que somos amigos y que

juntos caimos prisioneros y juntos hemos de salir en libertad ó no me llamo Benitez.

Luego mi hijo está prisionero, aqui en la cárcel, dije con abatimiento.

—Mejor es eso, respondió, que con el maldito Ñato, que lo habria perdido como él y hubiera sido lástima, porque es mozo guapo y de esperanzas.

Hícele varias preguntas relativas á mi hijo y cada una de sus respuestas, era un nuevo dolor para mi corazón.

La entrada del carcelero que venia con el herrero á ponerle los grillos, interrumpió nuestra conversacion.

—No es posible, dije, que á este hombre se le pongan grillos, está enfermo y yo como médico me opongo á un acto tan bárbaro.

—Yo no tengo que ver nada con vd., respondió el carcelero, cumplo lo que me mandan; si es médico mejor, porque hay

un preso enfermo en el otro lado, que pague bien.

Eché mano al bolsillo y encontré felizmente un duro, se lo dí y agregué:

—No le ponga vd, los grillos.

Lo tomó y contestó :

—Por complacerlo le pondré solo un grillete, porque ya veo que vd. lo entiende.

Benitez no queria admitir el trato, y decia furioso al carcelero que me devolviese el duro y le pusiese los grillos, que aquello era un robo; pero el carcelero no le hizo caso y se guardó el duro.

—Despues de comer verá el enfermo, es tu compañero, dijo á Benitez, está medio loco, no oyen? está gritando.

¡Ay! es mí hijo, exclamé, lléveme vd. por Dios cuanto antes, lléveme vd.

—Su hijo, respondió, no, entonces no los junto.

—Qué hijo, ni qué hijol díjole Benitez al oido, no vé que está medio....

Y llevó el pulgar á la boca, para darle á entender que estaba yo ébrio.

—Ah! es otra cosa, replicó el carcelero, estos gringos es lo que saben. Despues de comer iremos, hasta luego.

Cuando nos quedamos solos, Benitez se escusó diciéndome :

—Señor, dispense; pero era preciso engañar á este bárbaro, si no, no podia vd. ver á Juancito.

—Triste de mí, soy muy desgraciado!

Mi compañero hizo solo los honores á nuestra miserable comida, porque yo no tenia corazon para probar un bocado.

Qué tristes horas pasé; verme tan cerca de mi hijo y no poder abrazarlo, enfermo, que dirá su madre!

Al fin llegó el momento, el carcelero me encargó que no me tardase, que iba á encerrar otros presos, y me dejó á la puerta de su calabozo, con una vela de sebo amarillosa por toda luz. Penetré casi á tientas,

el viento que entraba por la puerta hacia oscilar la llama y amenazaba por momentos apagarla.

Mi hijo dormía tendido en el suelo pelado, uno de sus brazos le servía de almohada, sus vestidos estaban en desórden y se agitaba como en una pesadilla. Acercúeme poco ó poco por temor de despertarle, su frente ardía, por momentos pronunciaba algunas palabras confusas. Allí estaba ese hijo tan querido, tan cuidado, que tantos afanes me había costado, y nada, nada podía hacer por él su padre, preso como él y perseguido; ni siquiera cuidarle, estar á su lado. Me saqué la levita que era de paño forrada, y le cubrí con ella; porque la humedad del suelo érale en extremo perjudicial. Era urgente sacarlo de allí, la fiebre era muy violenta, y si no se le aplicaban pronto remedios, su razon y su vida peligraban.

—*Mi padre, mi padre*, decía con agitación, qué vergüenza, se morirá! luego agre-

gaba mas tranquilo, es una buena muger, quiere tanto á su hijo, y su hijo es un ladrón!

Al decir esta palabra, mi pobre hijo se ajitaba de un lado á otro y apenas bastaban mis fuerzas á contenerle. En ese momento llegó el carcelero diciéndome que era hora de cerrar.

En vano le pedí de todos modos me permitiese pasar allí la noche, desgraciadamente no tenia mas dinero que el que le habia dado, y mis promesas no le hacian efecto. Se negó á todo y me sacó á empujones, agregando que si el preso se moria lo enterrarian y burlándose de mi dolor.

No pude cerrar los ojos en toda aquella noche tan larga, envidiando el sueño trantranquilo de mi compañero de calabozo, que poco despues de mi vuelta se habia quedado profundamente dormido.

CAPÍTULO XIX.

Jorge. Gifford. El Gobernador.

La primer cara que vimos fué la del carcelero que venia á pasar su visita. Al momento le pedí noticias del enfermo, ¡ai! cuanto le agradeci que me respondiese :

—Ese diablo está mejor; ya no grita y duerme como un sano.

Era buena señal, la fiebre cedia; por temor de irritarle no le rogué me llevase á verle hasta mas tarde, y empecé á rebuscar en los bolsillos del pantalon y del chaleco algo que halagase su codicia. Felizmente vi en uno de mis dedos una

sortija de oro macizo que conservo desde mi salida de Inglaterra, y al momento me ocurrió que seria de su gusto. Oh! pero yo tambien me habia vuelto avaro; se la daria con la condicion de que me permitiese pasar la noche velando á mi pobre hijo. Benitez aprobó mi plan y me dijo que él le haria la proposicion, porque yo no servia para esas cosas y era capaz de echarlo todo á perder.

Las horas pasaban largas como siglos y nadie parecia acordarse de que yo existia; cómo era posible que aquella criatura no hubiese llegado á mi casa, y si tal era, que incertidumbre para los mios. Cuánta suposicion no habrán hecho! qué aflijidas estarán esas pobres mugeres! Pero Amancio debe imaginar lo que motiva mi ausencia; es incomprendible, ni un recado, ni una palabra, despues de tantas horas.

—Señor, diceme el sarjento, no se entristesca, no hay nada peor; porque al hombre triste no se le ocurre nada bueno,

y cuando uno está preso, no hoy como las ocurrencias.

—Tiene V. razon, contesté, sobre todo que es una injusticia de mi parte, y debo mas bien dar gracias á Dios por haberme reunido con mi hijo.

Justamente eso estaba yo pensando, no se aflija porque no venga nadie de afuera, que quien sabe á ellos como les vá, mire que ese tuerto es el demonia capaz de todo, y puede ser que haya dado órden para que nos tengan como á perros rabiosos, sin que nadie se nos acerque. No me habia ocurrido en efecto, que quizá mi desgracia era mayor de lo que yo lo suponta: pedí fuerzas al que todo lo puede y esperé la llegada del carcelero para saber á que atenerme.

Cual seria mi sorpresa, mi placer al ver entrar á este seguido de nuestro querido Gifford. No tuve palabras para recibirle, le abri los brazos y lloré sobre su pecho, haciéndole mil preguntas.

—Y mis hijas? cómo está Maria? qué es de Jane?

Él responde enternecido á mis preguntas, que están buenas, aunque muy tristes, y se detiene mirando á los dos testigos que nos escuchan. El carcelero comprende que está demas y dice.

—Si estorbo me iré; pero.....

—Si, ya caigo responde Gifford, echando mano al bolsillo.

Cuando el carcelero salió, dije á Gifford.

—Puede Vd. hablar, este otro, es un amigo.

—Gracias por la confianza, respondió el sargento, que no han de tener porque arrepentirse.

Jorge empezo asi:

—Respetable amigo, Vd- no es hombre á quien se le puedan hacer reproches, porque obra siempre por el impulso de su corazon y la voz de su razon. Sin embargo, señor, cuande menos, puedo quejarme de que Vd. no me haya considerado digno de

confiarme el paso que iba a dar. Todo lo sé por Amancio, cuya desesperacion rayó en locura luego que supo la prision de Vd. acusándose por sus imprudentes quejas, de haber perdido á su mejor amigo. Pena daba, verle desesperarse y pedir perdon una por una, á la aflijida madre y á las niñas, cuyo dolor aumentaba con sus lamentos. En vano quise calmarle con razones, mis palabras no hallaron eco en su corazon, llegando su afliccion á tal punto, que la buena señora para tranquilizarle, le aseguraba que la prision de Vd. era cosa pasajera, que no le causaba grande aprension. El infeliz Amancio fuera de sí, y apesar de oponerme yo á ello fuertemente, se presentó en casa del Juez para enrostrarle la fealdad de su conducta, llegando su exaltacion hasta amenazarle con ir á delatarle al Gobernador; lo que puede imaginar V. cuanto irritaria á ese hombre feroz.

Sin perder muchas palabras, lo mandó preso con grillos á esta misma cárcel.

—Pobre Amancio esclamé, víctima de su exaltacion. Pero y Vd., amigo mio, como ha podido llegar hasta mi?

—Es necesario que Vd. lo sepa todo. El infame Juez, no contento con la doble prision de Vds. intentó atemorizar á su inocente familia, mandando dos de sus esbirros con amenazas insolentes, que á no ser por mi presencia allí, hubieran llenado de espanto á las señoras; llegando su temeridad á punto de prohibirles saliesen de casa, dando por presa toda la familia hasta nueva órden.

Esto era ya demasiado, apesar de la repugnancia que sentia teniendo que abandonarlas por algunas horas, era necesario tomar alguna determinacion para hacer cesar un estado tan violento. Armé á tio Pedro con un fusil que hallé en el cuarto de Vd. y lo puse en la puerta de la sala, haciéndole prometer que dispararia su arma sobre el primero de aquellos hombres que quisiese entrar alli por fuerza, el ne-

gro me aseguró que solo pasarían por sobre su cadáver. Mas tranquilo, rogué á las señoras se encerrasen con llave por todos lados, no abriesen sino á mi voz, y me despedí, dándoles esperanzas que yo no tenia.

Felizmente podia salir por la puerta del fondo, y una vez allí, estaba libre de ir á donde quisiese.

El primer momento pensé en el Juez; pero bien luego me ocurrió, seria grande imprudencia esponerme á que me tomase y me privase de una libertad, que me era tan necesaria.

¡Cuánto deploré la circunstancia de no haber aquí consul extranjero de ninguna especie, ni nada que supla esa falta en caso necesario. En mi calidad de Inglés resolví dirigirme al Gobernador ó á su Ministro, aunque no sabia de que medio valerme. Pensé en una presentacion; pero era cosa larga y hubiera ido á parar infaliblemente á manos del enemigo; en tan crítica situacion me ocurrió una idea. Entré al

primer almacén que hallé á mi paso, y dije al dueño:—No podría Vd. decirme la casa de un caballero, cuyo nombre he olvidado, que segun me han dicho es el mas respetable vecino de esta ciudad, y al cual tengo algo importante que decir? Yo le gratificaré Vd.

—No, señor, no es necesario, me contestó, ese no puede ser otro que D. Mauricio, y diciéndome en donde vivia, me aseguró que era este un hombre como pocos. Era mucho aventurar, pero ¡qué remedio!

Llamé la puerta de una hermosa casa, cuyo exterior prometia, y vino luego una chinita, diciéndome que el amo estaba durmiendo la siesta.

—Hazme favor, le dije, de avisarle que está aquí un caballero que desea verle.

—No, que está durmiendo, respondió.

—Bien, entrégale esto, y saqué de mi cartera una tarjeta, cuya punta doblé.

La chinita tomó la tarjeta con mucho cuidado y corrió para adentro; yo me quedé

dudando si la entregaria. Poco despues salió una negra vieja y me dijo.

—Pase su mercé á la sala, el amo ya viene.

Entré á una sala muy grande, algo despoblada; pero muy fresca y aseada, empezando á cobrar ánimo y poco despues vino una persona, que á no dudarlo, era el caballero de quien tanto bien me habia dicho el almacenero.

Su exterior no podia ser mas atractivo; parecia hombre de 50 años, grueso y algo colorado; con una fisonomia amable é intelijente, se conocia que se habia vestido de prisa; pero la blancura de su camisa y de una chaqueta muy ancha, que dejaba ámplia soltura á sus movimientos, era irreprochable. Me pidió disculpa por su tardanza, y con la mas caballeresca cortesia dijome estaba pronto á servirme en lo que gustase. ¡Cuánto admiré tan espontáneo ofrecimiento sin conocerme, sin mas que por mi nombre, que le era totalmente des-

conocido, y por el aspecto de mi persona! Este es un rasgo muy comun en América; que solo aqui se encuentra, y que nadie aprecia mejor que un Europeo. Al punto se ofreció á llevarme él mismo, á casa del Gobernador, aprobando mi plan.

En aquella conversacion aprecié cumplidamente la rectitud de su buen juicio, y desde entonces mi corazon le guarda constante reconocimiento y amistad.

Como me dijese que era preciso esperar á que el gobernador durmiese su siesta, hu- be de conformarme con esperar una hora mas. Y á no ser por la impaciencia que me ajitaba, hubiérala pasado admirable- mente en su compañía.

Me pintó al Gobernador como á un hom- bre débil y sin intelijencia, entregado com- pletamente á su Ministro, el cual á su tur- no es el esclavo de su muger, que segun las malas lenguas, influye mas de lo que debe en los asuntos del Juzgado; pero del cual podiamos esperar algo, sobre todo si

dábamos con la señora, que era una santa. No dejó de admirarme como, habiendo en San Luis hombres superiores como el Sr. D. Mauricio, tienen majistrados estúpidos y corrompidos; pero este caballero, con una claridad y precision que le honran, me hizo veer uno por uno los vicios del sistema democrático en estos países, en donde para un hombre intelijente hay 100 que no saben leer.

Gracias á la respetabilidad de su nombre, las puertas de la casa de Gobierno nos fueron abiertas, y pude presentar mi queja al mismo Gobernador.

El Gobernador me pareció un ente estúpido y ridículo, grosero y sin el menor barniz de educacion; pero sin mala intencion y preocupado esclusivamente de un hermosísimo gallo de pelea, que estaba atado de una pata en una silla de la sala. Durante todo el tiempo que hablé; el supremo majistrado no le quitó los ojos, lo que hacia que yo creyese, que no me es-

cuchaba. Pero así que concluí, díjome con voz bronca:

—Ah! Vd. es Inglés, paisano de mi gallo, miren qué casualidad.

Tan inoportuna salida hubo de irritarme; pero mi compañero me miró de una manera muy espresiva; cobré ánimo y me repuse. El Gobernador continuó:

—El Juez sabe lo que hace, es hombre de saber, á lo menos así dice siempre el Ministro, y el Gobierno no tiene porqué meterse en la ley.

Iba yo á responderle, cuando el Sr. D. Mauricio hizome señas para que callase, en efecto, el Gobernador agregó, siempre sin perder de vista su gallo.

—Es particular, todos se quejan del tuerto, parece que es duro; oh! en tratándose de la ley; y lo entiende, hace unas sentencias, que ni en los libros se encuentran mejores; el Gobierno lo necesita.

Después de un rato de silencio, continuó riendo:

—Tiene su jeniazo. Diantre de hombre! Vds. tomarán un matecito. Martina, Martina, que traigan mate, gritó.

—Allá vá, contestó una voz de adentro.

Entonces mi compañero, que parecia tener confianza en la casa, dijo mirando para la puerta:

—Para servir á Vd. señora.

En el momento se presentó una señora como de 40 años, que nos saludó amistosamente con la cabeza, diciendo:

—Ya voy á llevarles el mate.

El gobernador continuó :

—¿Con qué preso? preso! D. Jacobo? mire que diablo! y al secretario? vea!....

—Y hasta la familia, agregó D. Mauricio.

—Eso es chanza pesada, dijo el gobernador meterse, con las mujeres!

La gobernadora presentó el mate á mi compañero y se sentó á su lado.

¿Quién está preso? preguntó con interés y con un acento tan tierno, que me conmovió.

—El médico inglés, respondió su marido.

—Su mujer y sus hijas, agregó D. Mauricio.

—Jesus! qué injusticia, exclamó la buena señora; ¿cómo es eso?

Y miró al gobernador.

—Yo no tengo que ver con eso, respondió meneando una pierna que cruzó sobre la otra, son cosas del juez.

—Sí, de Robledo, exclamó la señora con tristeza.

—Robledo, agregó mi nuevo amigo, que manda mas que el gobernador, que es aquí el que tiene mas poder.

—¿Qué dice, hombre? dijo éste sin alterarse, ¿quién le mete esas cosas en la cabeza?

¿Quién, señor? continuó con calor, todo San Luis, todos los desgraciados víctimas de su capricho y especialmente el reciente ejemplo. ¿Por qué privar de la libertad á un hombre como el Dr. Wilson? ¿quién

no conoce sus virtudes en este pueblo? ¿quién tiene queja de él ni de su familia? y luego llevar, la iniquidad hasta mandar amenazar esas buenas señoras y ponerles sentinelas, es cosa nunca vista; y si tales escandalos siguen el gobierno; se desacreditará y se hará de enemigos, porque la gente se ha de cansar.

—Lo vés, Anacleto, lo vés, decia llorando la señora, ¡pobre familia! !

—Sí, sí, se ha de cansar la gente, repetia el gobernador mirando á su gallo, sí, se ha cansar, y lo peor es que ya no hay remedio, es cosa hecha; ¿qué dirá ahora el ministro? yo quisiera que V. lo oyese, qué trabajo!

—¿Pero por qué no les pone S. E. en libertad, me atreví á decir yo.

—Eso no es cosa mia.

—Pero de quién es, preguntó D. Mauricio; ¿quién mejor que V.?

—No, que despues me sale embromando

la *soberanía* con la *Constitucion*, yo no me meto.

—Precisamente por la *Constitucion* debe V. mandar órden de libertad para ese buen doctor y su familia; el gobernador puede intervenir, debe intervenir en el caso que un juez viola así sus deberes y falsea la justicia.

—Bueno, si es así, vean al ministro, que él mande la órden.

—Seria inútil, porque ellos dos se entienden muy bien y no harian sino su voluntad.

—Lo vés, lo vés, Anacleto, repetia tristemente la señora, que estaba parada con el mate vacio.

—Andá, trae mate, muger, y no te metas con el gobierno, dijole su marido, sin alterarse.

—Es decir que Vds. me han tomado por su juguete; qué demonios!

—No, señor, respondió D. Mauricio, nosotros respetamos en Vd. á la primer per-

sona del Gobierno; pero sentimos que otros sean los que gobiernen en su nombre, y que Vd. cargue con la mala fama.

—Eso no, que todos saben que no soy hombre malo, y que el Juez y el Ministro son los que hacen y deshacen.

—Pero, porqué no nombra Vd. otro Juez y otro Ministro? esa es cosa fácil; pero sobre todo ahora lo que importa es que Vd. nos haga una ordencita para que el Dr. y su familia queden libres.

—Lo que venga el Ministro luego.

—No, señor, ahora, ahora, y con una solicitud muy de apreciar, mi amigo se acercó á la mesa, escribió la órden y se la presentó á firmar.

Aquí tropezamos con nueva dificultad, se hizo de rogar, diciendo que luego el Ministro iba á embromarlo con la renuncia y la sonsera, con dejarlo solo y que él no sabia que hacer.

—Admitirla, respondió D. Mauricio, que

no faltará quien haga de Ministro mejor que él.

—Bueno, bueno, dijo el tímido Gobernador, firmando al fin la orden; que salga el preso de noche, por el escándalo; deshacer yo lo que manda el Juez parece chanza, agregó despues con zocarroneria; y luego cuando venga el Ministro aquí, Martina le dirá que estoy enfermo.

Eso es, eso es, contestó la señora; y nosotros nos retiramos muy satisfechos.

De allí fuimos á tranquilizar á las señoras, haciendo despejar aquellos facinerosos, con gran pesar de tio Pedro, que habia tomado gusto al oficio; y aquí me tiene Vd. con la orden-

—Venga Vd. á mis brazos, querido Jorge díjele enternecido, es Vd. mi salvador; como podré pagarle tal servicio.

—Estoy pagado suficientemente, me respondió, con el placer que siente mi alma.

—Cáspita con el Inglesito, decia el sargento, que es leído y escrito y sino fue-

ra atrevimiento le ofrecería estos cinco, y le tendió su mano.

Jorge la estrechó muy complacido y continuó diciendo.

—No he hablado de Amancio, porque me pareció mucho pedir en un día; pero mi amigo el Sr. D. Mauricio me ha dejado esperar que habría medio de tentar de nuevo el golpe. Así pues, no hay ya más, que pensar en salir así que sea de noche.

Gracias, amigo mío, por tantos esfuerzos; pero aun no puedo aprovechar de ellos, y entonces le hice presente como hallándose allí mi hijo y enfermo, yo no podía abandonarlo.

Jorge dijo cuanto pudo para convencerme; pero mi resolución era invariable, le pedí me dejase la orden y que no hablase de ella al carcelero, en seguida le hice algunos otros encargos y sobre todo le recomendé me trajese algún dinero, tan necesario allí.

Jorge me dió á entender que mi familia

extrañaria mucho que yo no aprovechase de aquella orden; pero le aseguré que mi mujer y mis hijas se resignarian gustosas cuando supiesen que tal era por ahora mi voluntad, pues deseaba que ignorasen hasta la prision de mi hijo.

Gifford salió despues de prometer venir el dia siguiente, tranquilizándome sobre el cumplimiento de mis deseos.

CAPITULO XX.

—

El padre y el hijo.

Gracias á mi sortija y al buen trato que hizo el sargento, el carcelero me permitió pasar la noche al lado de mi querido hijo.

Cuanto pasó en aquella noche, debe quedar entre Dios y nosotros, baste saber que tuve la dicha de hallarlo mas desgraciado que culpable, víctima solo de sus pocos años y de pérfidos consejeros.

La fiebre disminuía considerablemente, y empezaba á tranquilizarme completamente sobre su salud; solo me ajitaba el temor de su mala causa y sobre todo la perversi

dad del Juez. Cuando me separé de él lo bendije por mí y por su buena madre, prometiéndole volver en cuanto me fuera posible. Aquel día nada supe de Amancio, el carcelero no quiso responder á ninguna de mis preguntas.

CAPÍTULO XXI.

Tentacion, orgullo. Triunfa al fin el amor de padre!

El día siguiente, cuando abrí mis ojos, encontré á mi compañero el sarjento sentado á mi lado, mirándome con mucho interés.

—Sabe, señor, me dijo, en lo que estaba pensando?

—No, amigo mio, le repondí, no puedo imaginarlo.

—Pues estaba pensando que habia hecho V. muy bien en no salir ayer de aquí y guardarse esa órden.

—¿Por qué razon? pregunté sin saber á donde iba á parar.

—Porque con esa órden se puede hacer salir algun otro preso, que sea como quien dice, un poco menos santo que V.

Al punto creí que el sarjento queria aprovechar la órden para su propio uso y me lastimó un rasgo de egoismo justificable hasta cierto punto; pero que lo hacia desmerecer en mi concepto.

—Qué ocurrencia, respondí, evadiendo la cuestion.

—Sí, buena ocurrencia, dijo; anoche no he dormido pensando en esa pícara órden. A ver, muéstremela, leala, aunque yo no soy muy baqueano y me parece que podria.

La conversacion me disgustaba; en suma lo que aquel hombre me proponia era un abuso de confianza, y para darle á entender mi desagrado, tomé el partido de hacer como si no lo oyese. Él continuó :

—Bien lo veo, V. señor tiene escrupulo, se le figura mal hecho; pero piense que le

vá el pescuezo, que el juez debe estar mas rabioso que un toro, y que al fin despues de todo es su sangre.

Sorprendido de tan estraña salida, dijele de improviso;

—¿Pero para quien quiere V. la órden? ¿de quién quiere V. hablar?

Toma respondió :

—De Juancito, de quien otro; á ese Amancio yo no lo conozco, y podrá ser todo lo mejor que V. quiera; pero no lo puedo comparar con Juancho.

—Lo confieso, me sentí turbado; me pareció que debia pedir perdon á aquel corazon generoso, de la injusta sospecha que habia tenido, y sin mas reflexionar dijele que el primer momento habia creido que él deseaba aprovechar de aquella órden para recobrar la libertad. Al escucharme su cara tomó una espresion de asombro porticular y replicó con trísteza:

—¡Qué, señor! un pobre como yo! ni pensarlo. Si yo no hago á falta á nadie,

qué ocurrencia! el niño es otra cosa, no le parece? Maquinalmente contestéle :

—Sí, es otra cosa,

—Bueno, agregó, es preciso pensar en que salga, y pronto.

—¿Pero cómo, amigo mio? sí, esa órden.

Y entonces recordé que ni siquiera la habia visto, pues la tomé doblada de manos de Jorge y del mismo modo la habia puesto en mi cartera. La saqué temblando apesar mio, y leí con gran contento :

«Hago saber por la presente que queda en libertad, desde este momento, el preso que fué conducido á la cárcel el dia de ayer. »

Seguia luego la firma y la fecha.

—Ya lo vé, dijo el sargento muy contento, ese preso es Vd., es él ó cualquier otro de los que trajeron ese dia, aproveche que el tiempo urje, que si el Juez resuella ha de ser duro, no hay que perder momento.

En efecto, era necesario no dejar tiempo

á aquel hombre para hacer de nuevo su trama; la órden no podia ser mas vaga, como redactada de prisa y por una persona que no tenia costumbre de hacerlo, Sin embargo, sentia una repugnancia estraña. Como, decíame á mi mismo, antes cuando creia que se trataba de este hombre, esa accion me parecia un crímen, una falsificacion, un acto injustificable, y ahora porque es en provecho de mi hijo, pienso en ello sin disgusto y voy hasta prestarle mi sancion; no, no, es imposible, yo no debo nunca transijir con lo que vitupero. Y desechaba la idea como una tentacion peligrosa. Luego mi corazon me decia, que era crueldad sacrificar á mi hijo, pudiendo salvarlo tan fácilmente, y multitud de encontrados afectos luchaban en mi pecho. Por momentos me parecia orgullo insensato de mi parte, perder á mi hijo tan querido, por no tener que reprocharme una mala accion, y se me figuraba que era quererme mas á mi mismo, de lo que

convenia á mi título de Padre. ¡Cuánto deploraba la ocurrencia de aquel hombre! Sin ella yo estaria tranquilo y aquella lucha no atormentaria tau cruelmente mi espíritu.

—Sabe, señor, díjome el sargento de improviso, despues de largo rato de silencio, que se me figura que si yo le dijese á Dios, que habia pegado una puñalada por salvar á mi hijo, á no dudarlo Dios que es tan buen Padre, me diria, bien hecho, Pascual, al fin era tu sangre; pero no lo hagas mas.

Enternecido tendí los brazos á aquel hombre rústico, que me daba una leccion de amor paternal en su sencillo lenguaje, á mi que me habia creido hasta entonces tan buen Padre.

—Tiene Vd. razon, dije, ese seria un rasgo sublime y Dios perdonaria al criminal por amor al Padre. Seguiré el consejo de Vd. y asi que venga Gifford trataremos de ponerlo en práctica. El sargento me dió

las gracias, como si se tratase de algo suyo y se puso á charlar muy contento, pensando en la cara que pondria el tuerto cuando supiese la treta.

Una vez decidído, mi espíritu se tranquilizó aplaudiendome de mi resolucion como de una gran victoria. Cual no será el gozo de la madre, pensaba, cuando sepa el riesgo de que se ha librado su hijo, y luego con que tiernas palabras no me reeompensará de aquel sacrificio, que ya no lo es, que ha tomado para mi el carácter mas santo. Dios vé la falta; pero vé la intencion y su espíritu está conmigo.

Cuando vino Jorge le dí cuenta de lo convenido y tuve la satisfaccion de que me comprendiese plenamente y aprobase mi conducta.

Sin embargo, era menester que mi hijo no fuese directamente á casa de su madre, para evitar preguntas que no tendria como contestar sin revelar lo que debia quedar para siempre oculto, y ademas era pru-

dente que no se espusiese á ser tomado de nuevo.

Así fué que convinimos en que Jorge le acompañaria hasta el rancho de Ño Miguel, en donde permanecería oculto, hasta que yo pudiese esplicar su venida á la familia.

Apesar de la mala voluntad del carcelero, Gifford consiguió sacarlo á la caida de la noche; pero tuve que privarme por prudencia del placer de abrazarlo antes de partir.

En toda la noche no pude dormir, el sargento veló conmigo hasta muy tarde; pero al fin cedió á la influencia del sueño, y yo me lo pasé con mis pensamientos escuchando el melancólico alerta de los centinelas, que me recordaba á cada momento el peligro á que habia escapado mi hijo, gracias á la feliz ocurrencia del sargento y á la victoria obtenida sobre mi orgullo!

CAPÍTULO XXII.

No todas son desgracias. Agradable sorpresa. Pobre Pascual. Siempre se recoje el fruto de una buena educacion. Delicado sentimiento. Sueño tranquilo.

Bendito sea una y mil veces nuestro padre comun, dispensador de tantos beneficios.

Ya está aquí Jorge, mi hijo está seguro, bajo la salvaguardia del honrado cabrero, mi corazon está enajenado, no hallo espresiones par dar las gracias á mi jóven amigo. Pero qué es lo que me dice? una sorpresa? qué puede ser? sin saber porque mis ojos se humedecen, no sé lo que será, pero una voz ínterior me dice que no es

una nueva desgracia. Poder divino! estrecho ya contra mi corazon á mi buena Maria, y mis dos tesoros esperan impacientes que les llegue su turno. Hijas del alma, que hermosas me parecen, que frescas. Y Jane? porque no ha venido? por cuidar la casa, ah! siempre la misma ¡qué feliz soy!

Aquel obscuro calabozo se ha transformado para mi; los seres tan queridos que me rodean, le prestan su luz, su encanto. La felicidad no tiene templo fijo, su altar está en el corazon del que ama y es amado y quejarse de la vida mientras se puede amar, es una torpe blasfemia.

No tengo sillas que ofrecerles; no importa, Maria se sienta en un pequeño banco que el carcelero me trajo ayer por gracia especial, y nuestras hijas se colocan á su lado, recostadas graciosamente en la pared como dos ángeles custodios.

Mi alegría me ha hecho olvidar al pobre sarjento, que está acurrucado en un rincon

sin moverse por temor de ser importuno, mirándonos y oyéndonos sin atreverse ni á saludar los recién venidos. Pero en cuanto mis hijas han reparado en él se acercan y le preguntan con ese acento que solo posee una muger, como se halla de su pierna. El preso enternecido responde balbuceando y dirijiéndose á Jorge le dice:

—Estas son cosas de V. Dios se lo pague, que me ha dado sin querer un buen gustazo.

Mucho sentia no poder decir á mi buena Maria, que su hijo estaba tan cerca de nosotros y que ya nada teniamos que temer, contentándome con anunciarle que sabia de un modo positivo que estaba bueno y que pronto le veriamos. Pero aquella madre cristiana apreció su dicha por el sufrimiento pasado, y con un torrente de lágrimas me dijo que Dios era siempre bueno con los que confiaban en él, y que ella nunca dudó de su misericordia.

Cuando llegó el momento de hablar de Amancio, la madre y las hijas se enternecieron al recordar la desesperacion que se habia apoderado, de aquel amigo desgraciado al saber mi prision, y su pezar aumentó cuando les dije que ni siquiera sabia en donde estaba, pues el carcelero no habia querido jamás darme ninguna noticia, y que muchas veces me habia ocurrido á ese respecto siniestros pensamientos, temiéndolo todo de la crueldad del malvado.

Jorge trató de tranquilizarnos, diciéndonos que era muy probable que el Juez hubiese dado sobre él ordenes mas severas; pero que por manera alguna creia que peligrase su vida. Con ese motivo tuve ocasion de ocuparme largamente de las relevantes prendas que posee su corazon; y su espiritu teniendo la satisfaccion de ver que los ojos de Lia se humedecian de continuo y que su pecho ahogaba frecuentes suspiros reprochándose sin duda alguna su pasada crueldad con el pobre secretario.

Cuanto me complacia ver la discreta reserva de mi esposa y de mis hijas; ni una pregunta imprudente, nada que revelase en ellas una curiosidad bien justificable por cierto. Sabian que yo no creia oportuno aprovechar de aquella órden, y prontas siempre á respetar mi voluntad acantando mis derechos de padre y de esposo, sufrian resignadas sin aumentar mi amargura con frivolas quejas. Sus palabras de dulzura y de consuelo eran un balsamo suavísimo á mis dolores y en aquella hora, recojí con usura el fruto de la buena educacion que habia dado á mi familia.

Quando llegó el momento de separarnos abracé tiernamente aquellos pedazos de mi corazon y bendije á la esposa y las hijas, con toda la efusion de mi alma, pidiéndoles no repitiesen aquella visita, porque á pesar del gran placer que me habian dado, me era penoso, muy penoso, verlas entrar á tan triste mansion, espuestas á ver y escuchar quizá lo que lastimaria profunda-

mente, la esqutsita delicadeza de la madre y la casta ignorancia de sus hijas.

En seguida, para no dejarlas ir afljidas y sin esperanza, dijeles que confiaba en salir muy pronto y poder obtener la libertad de Amancio, prometiéndoles mejores dias para el porvenir, y encomendándoles abrazasen por mí á Jane antes de marcharse saludaron cordialmente á mi compañero, recomendándole no permitiese que estuviera yo desabrigado, habiendo traído al efecto una capa y dos cobertores muy gruesos, para suplir la falta de cama, que no quisieron admitir. El sargento les prometió cuidarme como á un hijo, y se marcharon en seguida acompañadas por Jorge que debia volver al dia siguiente.

Cuando nos quedamos solos, el sargento me dijo, que le habia gustado mucho conocer á mi familia, y que era lástima que aquellas niñas tan lindas estuviesen tristes, á causa de aquel maldito Juez. Entonces no pude menos que pintarle el cua-

dro tan dichoso de nuestra familia, durante tanto tiempo, turbado primero por la partida de mi hijo y luego por la crueldad del Juez Roblebo, á quien nunca habíamos hecho ningun daño.

Benitez escuchaba en silencio y solo de cuando en cuando decia.

—*Demonio de tuerto, ¡ah hombre malo!*

Llegó la noche y despues de decir mi accion de gracias, me quedé profundamente dormido, como si estuviese en mi propia cama, en aquel cuartito tan cuidado por la constante asiduidad de mts queridas hijas.

CAPÍTULO XXIII.

La fuga. El hombre no puede hacer justicia por sí mismo.
El fin no justifica los medios. Mas desgraciado que culpable!

Cual seria mi asombro al despertar viendo que estaba solo, y que con mi compañero habian desaparecido mi capa, mis cobertores y hasta el atado de ropa limpia que me habian traído la vispera. No puedo asegurar cual fué mi primer pensamiento porque aunque comprendia claramente, que el sarjento debia haberse escapado, ni veia por donde, ni me ocurría para que se habia llevado aquella ropa, que tanta falta me hacia.

En estas reflexiones me hallaba sumido, cuando se presentó el carcelero con nuestro escaso almuerzo, y me ocurrió entonces la idea que quizá durante mi sueño habian sacado aquel infeliz para fusilarlo. Pero el carcelero no me dió á tiempo á hacerle ninguna pregunta, porque se echó furioso sobre mí diciendo:

—¿Y el otro, dónde está el otro?

—No lo sé, respondí tratando de sustraerme á la terrible presion de sus dos manos, ¿no vé V. que se ha llevado todas mis cosas?

—Ah! dijo golpeándose la frente, soy un bruto; esos malditos trapos tienen la culpa, y ese demonio se ha escapado por allí.

En efecto, habia en la pared una ventanita muy alta con reja; pero no comprendia como podia haber trepado hasta allí, ni menos salir por entre las rejas. Dijeselo al carcelero, y más apaciguado me respondió:

—Sí es un Lucifer, se achica y se agran

da como quiere, y creo que hasta sabe volar. Ya son dos; pero si cae otra vez entre mis manos, lo he de poner en lugar seguro, en donde está el secretario.

Viendo que estaba en vena de hablar, dijele :

—¿Qué secretario?

—Ese flacucho, respondió que cayó hace dias, y que me ha recomendado tanto el juez; oh lo que es esé, no se escapa. Y V. D. Santulon, andese con cuidado; para mayor precaucion voy á hacer tapar la ventana, eso, eso es.

—Pero hombre, me va V. á dejar sin aire, ¿y cómo puede Vd. temer que me escape, con mis piernas de sesenta años?

—No le hace, no le hace.

Y me dejó solo, diciendo :

—No, que dê este modo les tengo mas á la mano á los dos.

Me ocurrió que quizá pensaba reunirme con Amancio, para dejar libre aquel calabozo por si acaso traian otra vez al sarjen-

to; pero las horas pasaron y apesar de que cerraron la ventana con unos cueros, nadie vino.

Entonces fué que eché de menos á mi compañero, siempre conversador y animado, aunque no podia decirse que estuviese alegre; pero habia en sus espresiones algo de tranquilo y resignado que se hermanaba perfectamente con mi modo de sentir.

Aquella completa oscuridad me causaba vértigos y el aire que por momentos iba siendo mas condensado, oprimia mi pecho é interrumpia mi respiracion. Mucho padecia, estaba resuelto á pedir al carcelero que me atase mas bien; pero que me dejase entrar un poco de aire. No puedo calcular cuanto tiempo duró este tormento, que se me figuraba eterno, la soledad sin luz es la imájen del infierno para el que es infeliz.

De repente oí ruido de voces y pasos de muchas personas, mi puerta se abrió con estrépito y apesar de que el golpe de luz

que entraba por ella, cegaba mis ojos, hechos á la oscuridad por tanto rato, percibí muchos soldados armados que llevaban en el medio un hombre todo manchado de sangre y medio desnudo. Lo entraron al calabozo y sin ocuparse de mí, cerraron de nuevo la puerta en silencio. El aire fresco habia reanimado un tanto mis fuézas; pero veía menos que nunca. El hombre parecia arrastrarse hácia mi y un sentimiento estraño de repulsion hizome huir de su lado.

—Perdóneme, señor, oigo que me dice una voz que aunque débil reconozco por la del sagento y al punto me acerqué á él sin temor diciéndole.

—Desgraciado, qué sangre es esa? Por algunos momentos no respondió, y escuchando su respiracion jadeante, movido á compasion, le dije:—Descanse Vd. no mas luego hablaremos; y me senté á una distancia en extremo agitado, temiendo una nueva desgracia.

Poco á poco la respiracion hízose menos perceptible pero mas igual. Aquel infeliz se habia dormido de fatiga sin duda y yo no pude menos que permanecer tranquilo en mi rincon, por temor de despertarlo.

Su sueño duraria una hora, y ya iba yo sintiendo la falta de aire, cuando sus palabras absorbieron toda mi atencion.

—Perdóneme, dijo con su voz de siempre, que le haya llevado la ropa; pero de otro modo no podia enlazar la reja, ni treparme, ni salir en una palabra.

—Está Vd. perdonado, contesté; pero á que venia el irse asi; sin consultarme, para que le suceda á Vd. lo que infaliblemente debia sucederle, con su grillete y con todas las demas circunstancias que acompañan á un preso escapado. Lo que Vd, ha conseguido es que tapen la ventana y nos dejen sin aire ni luz, empeorando su causa con la fuga.

Lo que es eso, no me importa, respondió, y en cuanto á Vd. como ha de salir

pronto, no le mortifique la escasez de aire que ha de durar poco.

—Y eso como lo sabe Vd? le dije, pero qué sangre es esa, que lo han herido al tomarlo?

—No, Señor, esta sangre no es mia gracias á Dios porque me han tomado como á un chorlito, esta sangre es de un bribón que á estas horas está pataleando en los infiernos.

—Desgraciado! exclamé, qué nuevo crimen ha manchado sus manos?

—Eso de crimen no lo entiendo yo así, respondió con serenidad, que no es crimen matar una víbora ó un escuerzo, y ese maldito Juez era mucho peor que los dos juntos.

Todo lo comprendí; aquel infeliz se habia escapado para vengarse de su enemigo; pero lo que no alcanzaba era lo que sus palabras me revelaron despues.

—Pero como ha podido Vd. creer, hombre ciego, que tenia derecho de justicia por

si mismo, que no sabe Vd. que Dios y los hombres castigan su accion como un delito horrendo.

—Si ya sé que me han de fusilar, tambien fusilaron á mi hijo que era manso como cordero; pero la muerte no es cosa que me asusta por ahora, ya estoy viejo, no hago falta á nadie, y gracias al sargento Benitez hay ya en San Luis un pícaro menos y sus hijas y Vd. y muchos pobres dejarán de padecer.

—Las palabras de aquel desgraciado lastimaban mi corazon y me llenaban de espanto. Por nosotros, por nuestra felicidad se habia sacrificado, se habia lanzado de nuevo al crimen, dando muerte al tremendo Juez. Su conducta tenia un doble sello de magnanimidad y horror que me espantaba.

No, yo no podia decirle ni una sola palabra de reconocimiento. aquel beneficio brutal habia costado sangre y esa sangre caia sobre la cabeza del mismo bienhechor.

El silencio pesaba sobre nosotros dos, mi espíritu estaba decaído; él continuó así.

—Que le parece, desde que supe que ese malvado era la causa de sus desgracias, ni de día, ni de noche podía dejar de pensar en matarlo, y cuando me quedaba dormido oía una voz que me decía:—matalo Pascual, matalo Pascual, que al fin para vos no es sino otra muerte y para esa familia de *santos* es una felicidad grande. Así fué que cuando me escapé esta mañana tempranito, Vd. estaba muy dormido, y yo dije al irme, por mí podrá dormir así siempre en su casa, con las niñas y la Señora, que cuando me fusilen rezarán un padre nuestro por *l'alma* del sargento Benitez.

Lágrimas corrían de mis ojos al escuchar aquel infeliz, víctima de sus malos instintos en lucha con la generosidad de su corazón. El horror de su conducta se confundía con la pureza de su intención, y desde el fondo de mi alma, pedía al Dios de bondad hiciese penetrar un rayo de luz en su corazón.

No quise por mas tiempo aflijir á aquel amigo tan desacertado, que el cielo habia puesto en mi camino, y dijele con voz grave.

—Hijo mio, un esceso de sensibilidad ha arrastrado á Vd. á cometer un crimen odioso. La falta de educacion moral ha hecho á Vd. creer, que el hombre podia hacer, lo que es solo de atribucion divina. No, amigo mio, y este título que doy á Vd. nuevamente, no es en manera alguna para recompensar un servicio que causa mas dolor á mi corazon, que todos los tormentos que hubiera podido hacerme sufrir la crueldad de su víctima, sino para abrir su corazon al arrepentimiento, porque Dios ha dicho amaos unos á otros y no hagais á aquel lo que no quieras que hagan contigo. El sargento respondió tristemente.

—Siento mucho que Vd. esté tan triste y tan enojado conmigo, bien me parecia á mi que Vd. se iba á asustar; pero algun dia me lo ha de agradecer, no importa.

—No se equivoque Vd. Pascual respondió, agradezco la pureza de su intencion, pero rechazo la accion como criminal y odiosa á los ojos de Dios, que es todo amor.

—Si, Señor, Vd. es mucho mas bueno que yo y puede decir esas cosas; pero le aseguro que lo que Dios manda, pocos lo obedecen; á mi desde que nací, puedo decir, que la gente no ha hecho mas que perseguirme, y bien me acuerdo que mi madre decia: Pascual es buen muchacho y ha de ser honrado. Pero *de aonde*, si el capataz es el primer pícaro con quien dí, y de él en seguida, pícaros y mas pícaros, hasta dar con el pobre Juancho. Qué, señor, Dios será muy bueno; pero sus hijitos quite allá!

—No te engañas, hijo mio, Dios es la misma bondad, y los hombres no son ni buenos como él, ni tan malos como tú lo piensas. Pero son orgullosos, violentos y siguen siempre sus malos instintos. Tú hiciste mal en enfurecerte contra el capa-

taz, aunque él te insultase, porque la cólera es mala consejera, y desde entonces el espíritu del señor se apartó de tí, y tu alma fué acostumbrándose al ódio, hasta que volviste á matar, y de entonces aquí has ido de mal en peor. Pero Dios perdona al que se arrepiente, y tiende sus brazos al que le pide perdon, porque él todo lo vé, todo lo adivina y lee en el fondo de nuestros corazones. Arrepíentete, hijo mio, odia tu crimen y al salir de esta vida tan desgraciada para tí, entrarás en el cielo, en donde todos son buenos y se aman y en donde Dios, eternamente presente, alegra con su presencia el corazon de los justos.

—Yo no sabia todo eso, dijo Pascual con aire pensativo; entonces en el cielo estará mi hijo pobrecito y mi muger tan buena; francamente, señor, yo quisiera arrepentirme de haber muerto á ese bribon; pero si se me figura que he hecho tan bien, ya se vé la costumbre. V. que sabe

tantas cosas lindas del cielo, dice eso, así será y haré fuerza.

—Bien, hijo mio, le respondí enternecido, odia tu pecado y el Señor te abrirá las puertas del ciclo.

Y yo me decia interiormente: este hombre sin educacion, sin la menor idea de religion, ¡qué habria sido con un alma tan generosa! Y sin querer pensaba en esta inmensa pampa en donde la mayor parte de sus hijos viven y mueren sin haber escuchado una sola vez, una voz amiga que les hable de caridad, de amor, de justicia, y comprendia cuan desgraciados son, y mi pensamiento se fijaba en aquellos que por su talento ó su fortuna han llegado á los primeros puestos, en estos vastos paises, partiendo de mi corazon una voz que clamaba!

¡Lejisladores, jóvenes amantes del progreso, no os encerreis en el pequeño recinto de vuestros cuidados, no os envolvais en la túnica de vuestras mesquinas

preocupaciones, volved los ojos á la pampa, ved esos millares de gauchos salvajes, semejantes en sus costumbres, en sus ideas, en su ignorancia, á los indios del desierto; son vuestros enemigos naturales que siempre la fuerza bruta es el contra peso de la idea, del pensamiento. Pero pensad que mas hace la enseñanza, la difusion de la luz que trae consigo el refinamiento de las costumbres y ablanda los corazones, que lo que conseguireis jamás con el brillo de vuestras bayonetas y el estruendo de vuestros cañones. Mas se alcanza con un poco de amor que con mucho ódio, sublime verdad! y aquí amor quiere decir *enseñanza, luz, verdad*. Acusais en vuestra vanidosa ignorancia al gaucho de cruel y sanguinario; acaso os creis vosotros de otra raza, de otra especie; olvidais lo que es ese gaucho, á quien medis con la vara de vuestra justicia, igual para uno de vuestros hijos, que para uno de esos desgraciados, que jamás oyó pronunciar esa palabra justicia,

sino con el terror que á ellos les inspira la fuerza, porque para un gaucho la *justicia* es el alcalde, el Juez de paz, en una palabra, hombres que representan la violacion de esa misma justicia. ¿Qué sabe un gaucho de sus deberes de ciudadano? ¿Quién se los ha enseñado jamás? ¿Cómo podeis ecsijir el cumplimiento de lo que ignora? ¿Qué sabe él de propiedad, cuando todo el campo es suyo y se vé libre como el águila que remonta su vuelo á los nubes, cuando dá rienda á su potro? ¿Quién le habló jamás de un Dios padre de todos y bueno para todos? ¿Será el cura ignorante y estúpido de la capilla que dista 20 leguas de su rancho, que dice una misa cada domingo en un idioma que él no entiende? ¿Por qué los sacerdotes ilustrados no van á la campaña? ¿por qué el gobierno no obliga á estos apóstoles de la palabra divina á ir por un tiempo fijo, á difundir la luz entre esos desgraciados? ¿por qué no poneis escuelas en todas partes, con pro-

fesores morales y bien pagados, que enseñen al hijo del gaucho la obligacion del cristiano, para que pueda comprender en seguida el deber y el derecho del ciudadano? ¿Por qué? no por falta de verdadero patriotismo, no, por ceguedad; porque en vosotros no hay sino ódio; porque vivis en el pasado, y ese pasado de desgracias ¡ai! nada os enseña. Ved que vosotros mismos criais en vuestro seno la hydra de la discordia. ¡Cesen las luchas de palabras, basta de sangre vertida por añejas preocupaciones sin sentido ya, y que desde las orillas del Plata hasta el pié de las Cordilleras, se unan los Argentinos y formen una vasta cadena que encierre á todos sus hijos sedientos de luz y de paz. No acuseis injustamente á una raza intelijente y dócil, recordad lo que fueron en siglos pasados esos mismos pueblos de la raza sajona que son hoy el asombro de las naciones, ellos han pasado por las mismas crisis que vosotros, la misma anarquía: han heeho tem-

blar desde sus cimientos el edificio social en que hoy reposan esas instituciones.

El secreto de su grandeza está en su educación. Educad al pueblo, fortificad en él los sentimientos morales, y solo por ese medio sereis *grandes, respetados y felices*.

CAPÍTULO XXIV.

—

Pobre Pascual! Sus últimas palabras. Salida de la cárcel.
La oracion.

Cuando Gifford entró en el calabozo ya todo lo sabia, y en pocas palabras me contó que la noticia se habia difundido muy pronto por el pueblo, y que la casa del gobernador estaba llena de gente, que acudia á pedir libertad para sus deudos encarcelados con mas ó menos justicia; agregando luego en voz baja que el gobernador habia dado orden de abrir las puertas á todos los detenidos, con escepcion del asesino del Juez, que debia ser ejecutado al dia siguiente para escarmiento.

A pesar de que antes no pude nunca hacerme ilusiones sobre la suerte que le esperaba al desgraciado sarjento; sin embargo, atormentaba mi corazón la idea, que aquel infeliz iba á ser ejecutado tan pronto y sin estar su espíritu suficientemente preparado. Era necesario anunciárselo, confortarlo; ¡Terrible momento!

Gifford queria sacarme de allí cuanto antes, y yo no podia desprenderme del lado de aquel hombre. Amancio no tardó luego en venir á reunirse nos, dándome mucha pena, verle flaco y debilitado por la prision.

El sarjento que ignoraba aun su sentencia dijonos al vernos juntos :

—Si me matan mañana, moriré contento, que la muerte no me mete miedo, y al fin todos Vds. serán felices.

Poco despues vinieron á llevarle á otro calabazo, anunciándole al mismo tiempo su sentencia.

En seguida el carcelero con mucha cor-

tesia nos dijo que estábamos todos libres y podíamos salir cuando gustásemos.

El sentenciado antes de marcharse, se acercó á mí, me besó la mano y me dijo :

—Gracias á V., creo que veré á mi mujer y á mi hijo. Adios, no se olvide.

Yo que comprendia el sentido de sus palabras, contesté.

—Dios te asistirá, hijo mio; recuerda mis consejos; hasta lá vista.

—*Hasta la eternidad*, respondió y con ligero paso salió del calabozo.

No tengo palabras para explicar lo que pasó por mí en ese momento; ansioso de abrazar á mi familia, dejé aquella triste mansion con el corazon traspasado, pareciéndome que la cárcel me causaba mas horror al salir que al entrar.

Amancio y Jorge me dejaron en brazos de mi familia reunida, y ellos se fueron á dar algunos pasos para ver de obtener la conmutacion de la pena para el pobre sargento.

Esa noche despues de tanto tiempo volvi á ver aquel tierno grupo arrodillado delante de la imágen de la Vírgen del Rosario, dar gracias por el nuevo favor y tantos otros dispensados, concluyendo la oracion con estas palabras de mi esposa :

Dios tenga piedad del culpable y le conceda el perdon.

—Amen! respondimos todos.

Los votos del infeliz sarjento estaban cumplidos!

•



CAPITULO XXV.

—

La justicia. Vuelven los dias serenos. La madre.
Amancio. D. Urbano.

Todo ha sido en vano, hace ocho dias que la sentencia ha sido ejecutada, el culpable y su víctima han comparecido ya ante el supremo Juez; la justicia humana está satisfecha.

Mi casa ha estado de duelo, y apesar de que todos ignoran el generoso móvil que arrastró al pobre Pascual; como se habian acostumbrado á mirarle como á un amigo, han sentido mucho su muerte. Ademas

de eso, mi salud se ha resentido de las grandes agitaciones que ha sufrido mi espíritu en estos últimos tiempos: he tenido fiebre y por vez primera, hoy que el tiempo está tan hermoso, dejo la cama y desde mi sillón contemplo con delicia el bello paisaje que se extiende ante mis ojos.

El tiempo está muy caloroso, como que estamos ya á principios de Enero, el sol en toda su fuerza baña con su luz vivificante los campos sembrados de espigas que hace relucir como si fueran de oro. Por un lado el trigo con su color dorado y por otro el verde de los árboles cubiertos de ojas lustrosas y frutas de variados colores, hacen el mas bonito contraste: esa luz tan viva, ese sol que durante el ardor de la cándula fuera siempre para mí tan molesto en otro tiempo ahora me hace bien. Estoy ya viejo, siento necesidad de calor y de luz, mi espíritu se rehace ante la naturaleza en su mas lujosa manifestacion.

Me siento confortado. Olvido la pasada

tristeza y hago ya dulces planes para el porvenir. Mi hijo está con nosotros, su madre no ha necesitado saber sino que está á su lado y no se irá ya. Con esa delicada intuicion de la mujer y sobre todo de la madre, ha adivinado que su hijo guarda un secreto doloroso para su corazon y no le pregunta *de donde viene*, por que sabe *que ya no se vá*.

Pronto vamos á cosechar el trigo, y veo con gran satisfaccion que Juan se interesa por la cosecha, que será espléndida este año, y pregunta á tio Pedro lo que ignora, y se afana por ayudarle en sus preparativos; con gran placer de este.

Oh! si puedo conseguir que tome gusto á la agricultura, estaré muy satisfecho y no temeré ya por su porvenir, que gracias á Dios, no le faltará tierra que cultivar ni antes, ni despues de mi muerte.

Amancio fué llamado por el Gobernador y su Ministro, para pedirle se encargase en los primeros momentos de los asuntos

del Jnzgado, que nadie conoce como él, y ayer he tenido la satisfaccion de saber por él mismo, que esos señores tenian mucho interés en nombrarle Juez en propiedad.

Amancio es una de esas naturalezas que reunen en sí dos fuerzas contradictorias; mucho fuego y un estraordinario brio de aspiraciones; pero al mismo tiempo una desconfianza tenaz en constante pugna con esas mismas aspiraciones. Asi es que antes de dar una respuesta sobre un asunto tan importante, vino á consultarme, dándome cuenta de sus escrúpulos. Él no es Doctor, y solo tiene unos pocos conccimientos prácticos unidos á una concienzuda lectura de algunos buenos autores de derecho civil y criminal; y aunque en San Luis no hay ningun jurisconsulto, ni nadie que tenga en la materia conocimientos superiores á los suyos, no le parecia delicado admitir un cargo tan grave, sin sentirse con la fuerza necesaria para desempeñarlo, Sin embargo, he conseguido hacerle variar

dé propósito, dándole las siguientes razones:—En primer lugar sino es él será cualquier otro, inferior á él en todos conceptos, que hará mayores males por ignorancia; sin que podamos contar con las mismas garantías de honradez y rectitud de juicio; en seguida, él mejor que nadie sabe que aquí las cuestiones mas delicadas se resuelven siempre por el fallo único del Juez y en ese caso todo debe esperarse de la nobleza de sus sentimientos y del santo horror por la arbitrariedad, tan justamente contraído cerca del Juez Robledo. En cuanto al grado de Doctor, eso es poca cosa, el Gobernador lo habilita y en este caso á no dudarlo, no hay en ello nada de impropio pues ciencia no le falta y sobre todo. posee dos grandes ventajas: la desconfianza, que siempre le hará estudiar mejor las cuestiones, y un corazon sensible que lo inclinará infaliblemente á la clemencia, tan indispensable en un Juez.

Mis consejos son siempre para él de gran

fuerza, ha salido muy contento, decidido á admitir un cargo que le abre un gran porvenir, y al cual bien que dotado de una inteligencia superior, solo un golpe de la fortuna, ha podido elevarle tan de improviso. Insistiendo con él para que se persuada que nada importa el tamaño del teatro en que estamos llamados á representar nuestro rol, debiendo solo preocuparnos de hacerlo con la mayor perfeccion posible, sin dar importancia al mayor ó menor grado de cultura de aquellos que han de juzgar nuestros actos. Porque el hombre dá lustre al empleo por subalterno que sea, con sus virtudes y contraccion; mientras que no hay puesto por encumbrado que nos parezca, que pueda hacer olvidar los defectos y vicios de aquel que lo desempeña sin la altura, ni la inteligencia suficientes.

Poco á poco han ido volviendo las cosas á su antiguo quicio; D. Urbano, á quien por tantos dias habia olvidado, no ha dejado de visitar mi casa en todo este tiem-

po. Con una franqueza que le honra me ha confesado, que ha tenido un fuerte motivo para no visitarme en mi prision. Es muy justo, tenia miedo, me lo ha dicho sin rodeos; es uno de esos hombres que tienen un respeto ciego á la autoridad, es de aquellos que aprueban todos los actos del Gobierno, porque el Gobierno *gobierna*, y porque creen que el primer deber del ciudadano es hacer el menor ruido posible con su persona, y dejar que los que mandan brillen á su antojo y guisa, sin que *un simple particular* les haga sombra. Pobre D. Urbano, no es posible ser menos perjudicial que él! por eso se le ha de llamar *egoista, mal amigo, ni servil?* Acaso todos los hombres han nacido para la oposicion? Qué seria entonces de los gobiernos? por qué tacharle de mal amigo? por que es tímido? luego el mejor amigo es el mas guapo, el mas arrojado, como quien diria un Fierabraz? Dejemos á los hombres en su lugar, como están en el reino animal y ve-

getal los pólipos y los hongos, que sin eso trastornaríamos la armonía de la naturaleza. Disculpemos mucho en los amigos porque nosotros mismos estamos muy lejos de ser perfectos, que el Apóstol dijo: *Los hombres no podrán disculparse unos á otros sino á fuerza de amor, porque son imperfectos.* Así pues, D. Urbano es para mí el mismo, y lo recibo hoy como ayer, con la misma cordialidad.

Jorge se prepara ya para su escursión á la Carolina; decididamente D. Urbano va con él, y lo que es aun mejor D. Mauricio, que desde su visita tan franca y original se ha hecho su amigo en toda la estension de la palabra y le ha prometido tomar parte en la explotación de los terrenos, poniendo desde ahora á su disposición la suma redonda de 5,000 pesos fuertes. Su partida dejará un gran vacío, como que ya Águedita dice que le va á estrañar muchísimo, y que es lástima, porque se vá atrasar en su lectura, y mas que todo en la

formacion de esas letras tan lindas que ya hace sin que le lleven la mano.

En vano las mellizas le aseguran que ellas podrán seguirle enseñando, Águedita hace pucheros siempre que se nombra el terrible Lunes, dia fijado para la partida.

.



CAPÍTULO XXVI.

—
La voz de un ángel.

Ayer mañana antes de almorzar estaban más hijas sentadas debajo de la parra cosiendo ambas muy afanadas, y yo mientras tío Pedro ensillaba mi caballo, concluía un capítulo de la historia de Ma-caulay. Águedita debía estar allí cerca de ellas como está siempre, con su cartilla en las manos, estudiando su lección, porque en momentos que cerraba mi libro poniéndole una señal que me ocupaba de hacer con una tira de papel; oí á Lia decir :

—¿Qué tienes, Águedita, que estás tan callada?

—Es que estoy triste, contestó la niña.

—Triste, dijole Sara, ¿por qué?

—Porque anoche soñé con el cielo, y cuando me desperté, ya no lo veía, y como era un sueño tan lindo, así que me acuerdo me vienen ganas de llorar.

Y al decir estas palabras soltó el llanto

—Pobrecita, no llores, exclamaron á un tiempo las dos hermanas besándola y disputándose el placer de consolarla.

—Ven que yo te cargaré, ven conmigo.

Y la curiosa Lia agregaba:

—Cuentanos tu sueño; mira no llores mas, que sino, no te daré pan y manteca.

—Águedita media llorosa empezó á contar su sueño, y yo interesado, dejé mi baston á un lado, volví á sentarme y escuché.

—Soñé que veía una luz muy grande que se iba agrandando cada vez, mas hasta

quese puso tan grande, que era como si me estuviese mirando al sol mucho rato, como hace ese pájaro de patas largas, que trajo el otro día D. Juan. Después ví muy clarito, aunque estaba lejísimos, una porcion de angelitos rubiecitos y con alitas, como esos que tiene por todos lados la Virgen del Rosario de la Señora, igualitos. Y me parecia que los angelitos me alzaban y me llevaban despacito sin hacerme daño, alto, muy alto. Cuando llegamos, ese era el cielo, habia niñas bonitas que tocaban el harpa como Vds.; pero no habia viejos ciegos como Ño Miguel, ni perro ladrador como Chocolate. Y habia tambien muchas flores que daban un olor, que era un gusto.

En el cielo encontré otros conocidos; estaba mi querido maestro, y cuando me vió me dijo :

—Aguedita, no llores, porque me voy, que cuando vuelva, traeré muchas cosas lindas para tí y para mi mujer.

Yo como no sabía que él fuese casado,
le pregunté :

—¿Cuál muger?

Y él me contestó:

—Esta.

Y me mostró en seguida una niña *tan linda, tan linda*, que estaba tan contenta, que yo no la he visto nunca semejante; ah, yo me olvidé entonces de todo por ver esa niña que me miraba con sus ojos tan suaves y me decia como cantando :

—Pobre Águedita! pobre Águedita!

Y cuando acordé, todo se fué poniendo oscuro, oscuro, y me desperté en mi cama sin cielo y sin nada; por eso lloro.

Y la huérfanita tornó á llorar de nuevo. Aquel sueño tan inocente, imágen de los tiernos pensamientos de la pobre niña, conmovió mi corazon hasta el fondo, pareciéndome ver en su vision, una profética luz que habia de ser benéfca para sus bienhechores.

—¿Quién sería esa hermosa jóven? dijo Lia preocupada.

—No sé, respondió Águedita.

—¿Pero á quién se parecia? ¿Se parecia á Aunt Jane?

—Ah! qué ocurrencia!

Y la chicuela se echó á reir como loca.

—¿Entonces se parecia á Benita? á Casimira?

—No, no, decia riendo la locuela, no se parecia á nadie que yo conozca; pero si la llevo á ver, no se me despinta.

Viendo que eran ya cerca de las ocho, salté de mi cuarto y puse fin á la conversacion, yendo á abrazar á mis hijas antes de montar á caballo.

Estoy seguro de que las preguntas de Lia siguieron; pero Sara no debió decir palabra, porque su corazón por fuerza le decia: eres tú, eres tú, no lo dudes.

CAPITULO XXVII.

—

El cielo se sirve para las grandes cosas, de los pequeños medios.

Está lloviendo á cántaros, como llueve aquí en los meses de verano, con ese lujo de truenos y relámpagos que causa tanto miedo á Maria, apesar de sus cincuenta años, y hace que la vírgen tenga, mientras dura la tormenta, su par de velas encendidas, que ella despavila con respetuosa solicitud á cada momento.

Algunas veces he visto burlarse á personas superiores, de esta inocente supers-

cion y tacharla de falta de rectitud de creencia, como quien dice de ignorancia. Yo, sin ser partidario de las ofrendas, por razones diversas que no es del caso decir, hallo esa inocente práctica mas provechosa de lo que parece.

El hombre, y sobre todo la mujer, tienen necesidad de creer, como tienen necesidad de respirar para vivir. Quitad á un hombre, por ricamente dotado que esté, todas sus creencias y vereis su intelijencia decaer como un árbol sin savia, y poco a poco el vacío y el ódio de sí mismo le harán tomar horror á la vida, y á cuanto le rodea. La mujer formada para amar, tiene aun mayor necesidad de creer en un Dios bueno, justo, que vé sus lágrimas, que oye sus súplicas, que estima sus ofrendas por el espíritu y no por la cosa, como el amante estima y acaricia la flor marchita que viene de la que ama, mas que riquísima joya de una persona indiferente. Ellas, pobres desterradas, ofrecen esos modestos

dones, como la constante aspiracion de los deseos, de su alma, hácia ese infinito á cuyo fin tienden, todas las aspiraciones humanas. El sábio por medio de su ciencia, la mujer por sus ofrendas, sus plegarias, su fé; la flor por su perfume y la naturaleza toda, por sus millones de voces, entonan el himno de amor, que une el creador á sus creaturas y confunde todos los seres con su esencia.

La lluvia no puede venir mejor, las plantas tenian harta necesidad de agua y absorbian sedientas el escaso riego, que tan artificialmente les procuramos aquí. No puedo esplicar el gusto con que veo llover, cada gota de agua la estimo como un beneficio inapreciable; para comprender esto es necesario tener árboles, plantas, sembrados, y quererlos como yo los quiero, no solo por el provecho que de ellos saco, sino por sí mismos, por su belleza, por su color y por el bien que hacen á mi corazon.

Estamos todos reunidos en la sala, Jorge vá á dar su penúltima leccion á la huerfanita; pero ha olvidado su cortaplumas y no halla con que arreglarle el lápiz. Aguedita se ofrece á ir á buscarla á su cuarto, y como no hay mas que atravesar un pedazito de patio, se va corriendo sin esperar respuesta.

Pero qué es esto? aqui viene ya la discípula gritando desde lejos.

—Señoritas, señoritas, es esta, es esta, la he hallado en la cartera; y llega con un papel en las manos, con una cara muy alegre, tan colorada como la de Jorge, que quiere arrebatarselo, diciéndole.

—*Trae acá, trae acá. niña.*

Pero ella no suelta, y corre á refugiarse entre mis piernas, gritando *es su mujer, su mujer.*

Adivinando yo á medias lo que pasa, por la turbacion de Jorge, pido el papel á Aguedita y no me cuesta poco que me lo dé, diciéndome aflijida

—No lo rompa, señor, que es esta,

A primer vista reconozco un admirable retrato de Sara. No es posible equivocarla con su hermana, Lia no podrá jamás tomar esa espresion melancólica y tierna que toma Sara, cuando fija sus ojos en el cielo y canta esas baladas de nuestras montañas, tan sencillas y tráfistes que parecen hechas para su voz velada y suave, como el gorjeo del ruiseñor, conviene mejor á la graciosa y risueña Lia de voz cristalina, inconstante y lijera como sus alados compañeros.

Jorge está en espinas, Lia se muere de curiosidad, la muy coqueta! Sara encuentra la mirada de Jorge y sus ojos se llenan de lágrimas, que en vano quiere contener.

Pobres amantes, ó mejor dicho, ¡felicis amantes, nadie se opone á su felicidad, se aman y el cielo les ofrece su mas completa dicha!

Lia no puede resistir y se acerca á mí diciéndome.

—A verlo, Papá, á verlo.

—No sé si Jorge permitirá, contesto riendo.

—Sí, á verlo, á verlo, grita Aguedita, alzándose sobre la punta de los piés, porque tengo el papel muy alto y estoy de pié.

Jorge no responde, busca afanado algo en un libro, busca, que ha de buscar sino un medio para ocultar su turbacion; y la pobre Sara no se anima á levantarse, sin duda por temor de que la vean llorando sin motivo. ¡Dulces lagrimas, pueda no verter en adelante otras mas amargas, este es el voto de su Padre!

—Ya lo verán, ya lo verán, digo á las curiosas; pero antes es necesario consultes á tu hermana, ya que Jorge no responde, si podeis verlo.

Lia se vuelve á Sara, y al ver sus lágrimas, la rodea con sus brazos y exclama sin poder contenerse.

—Que mala eres, porqué no me hablas?..
y la cubre de besos.

Estaba enternecido, no hay como las mujeres para esas cosas, la celosa olvida ya sus inajinarios celos y solo desea confiancias. Para ella Sara ha tomado ya ese carácter sagrado que reviste para las jóvenes sensibles una de sus compañeras, cuando saben que es amada y ama, lo que desean es saber algo de ese amor, aspirar el perfume de un corazon apasionado, hasta que les llegue tambien su turno.

Las mellizas se han levantado tomadas la una del brazo de la otra, Lia se lleva á Sara, para protegerla de nuestras miradas profanas: ella sola tiene derecho á sus confiancias y las conversaciones se harán ya interminables.

La pobre Águeda es la que no ha quedado satisfecha y me mira con ojos tristes, sin atreverse ya sin su aliada á insistir. Pero yo le digo,—toma, hija mia, el papel de este lado, no lo mires, asi por el revers,

llévaselo á tu maestro y dile que le concedo permiso para que él te lo muestre. Jorge al escucharme vino á echarse en mis brazos, diciéndome.

—Ab! Señor, es Vd. muy generoso!

Y la chicuela entretanto, sin atreverse á dar vuelta el papel hasta que Jorge se lo permite diciéndole.

—Miralo, hijita, que á tí debo mi felicidad.

Águeda no bien vé el retrato esclama:

—Es Sarita! es Sarita! si es el que siempre estaba haciendo en su cuarto, por eso conocia yo esos ojos; mire señora que parecida; y lo enseña á Jane, que durante toda la escena no habia dejado su calceta.

—Si, hija mia, respondió Jane, es muy hermosa, asi fué Jane Wilson un dia, cumpla el hijo lo que no cumplió el Padre, y al decir estas palabras dejó la habitacion.

Jorge entonces me abrió su corazon, me contó todas sus vacilaciones, sus temores de estar enamorado de las dos hermanas á

un tiempo, y concluyó diciéndome que si le concedía la mano de Sara, sería el mas feliz de los hombres; prometiéndome para decidirme, fijarse cerca de nosotros y no abandonarnos jamás.

—No, amigo mio, respondí, alarmándole sin querer, con aquella negativa, no necesita Vd. prometerme eso, para conseguir lo que desea; Vds. se aman y ya es bastante; llévela Vd. consigo lejos de nosotros, déjela al lado de su madre, siempre fiaré en V. como en un hijo. Sean Vds. felices, yo no me opongo, al contrario, no quiero ocultar por una falsa modestia, que se han cumplido mis mas ardientes deseos.

Jorge enternecido, besaba mis manos de reconocimiento, cuando mi esposa entró en la sala y alarmada preguntó.

—James, qué nueva desgracia hay, que están llorando los dos?

—Es de alegría, amiga mia, contesté, Jorge ama á Sara, se aman, y lloro al pensar cuan felices van á ser.

—Alabado sea el Señor y su divina madre, dijo mi esposa, qué felicidad! Y abrazó á su nuevo hijo.

Cuando llegó el momento de comer, las niñas tardaron como no acostumbraban; pero en un dia tan solemne, era necesario disculparlas.

Apesar del rubor de Sara, y su negativa, Lia cedió su asiento á Jorge, diciendo.

—Es justo que ya que le quieres mas que á mí ¡ingrata! tome mi puesto á tu lado, que yo me voy con Aguedita, para que *me sueñe un novio*.

Ya se puede suponer que aunque ese dia, las fuentes se levantaron casi intactas, no fue por falta de ese contentamiento íntimo, que si aleja el apetito, hace tanto bien al corazon.

Juan felicita á los novios, tio Pedro abre tamaños ojos y un momento despues tenemos aquí á Ña Marica, que viene toda remangada, con su cucharon en la mano, llorando porque Pedro lo ha sabido prime-

ro que ella, Pero Jorge la calma, llamándole madre como las niñas, y todos lloran y la mesa es una confusión,

Después de la comida nos encontramos con una tarde hermosísima, la lluvia ha cesado, el cielo está despejado y las nubes unas tras otras, van de prisa á hundirse en el horizonte. Hacia el naciente los rayos del sol, que se oculta en su ocaso, reflejan el color del iris y poco á poco una faja ancha, que se repite en dos ó tres partes, cubre de arcos de colores vivísimos, la bóveda celeste.

Hasta la mas humilde matita verde, ostenta sus gotas de agua, que brillan como diamantes, el aire fresco orea el piso, y multitud de pájaros, sorprendidos lejos de su nido por la tormenta, vuelven afanados á sus árboles favoritos.

Los amantes se juntan para decirse esas palabras, idénticas en todos los idiomas, y aunque el piso no está del todo seco, se internan en el jardín.

Lia no sabe que hacerse, estraña á su hermana y se pone triste. Pobre palomama!

Ya está aquí á mi lado, en compañía de Aguedita, y yo, con gran satisfaccion de ambas, les cuento, para distraerlas, una historia que hallan muy de su gusto y cautiva enteramente su atencion.

CAPÍTULO XXVIII.

—
¡¡ Felicidad !!

Quien piensa ya en negocios? La felicidad es primero que todo! Jorge dice que siempre tendrá tiempo de esplotar sus terrenos. Quiere casarse dentro de ocho dias y yo apruebo en todo sus ideas.

El amor no tiene espera, es impaciente y á fé que bien vale la pena de sacrificarle cuando menos, una parte de nuestras futu-

ras ganancias. No faltará quien sea de la opinion contraria, que en el mundo hay gente para todo; pero gracias á Dios, lo que importa es que aqui estemos todos de acuerdo. La casa está en revolucion. El novio cuenta con poco; pero en cambio es jóven, tiene aficion al trabajo y una honradez á toda prueba.

No es necesario que los novios salgan de casa. Juan les ha cedido su cuarto, que es grande y bien ventilado, con su hermosa ventana que da sobre la quinta, cubierta de mutifloras, mas lujosa este año que nunca.

Jamás hubiera imaginado que Jane desplegase una actividad semejante. En compañía de Lia, que la segunda con admirable maestria, se ocupan nada menos que en adornar la cama de los novios. Yo doy de continuo mis vistas por el cuarto y hallo las mas veces á Lia, trepada sobre una escalera, cubierta de pies á cabeza con los enormes pliegues de muselina blanca, que

van ya tomando graciosa forma de colgadura. Golpes aquí, martillazos acullá y ya la obra toca á su fin: Ña Marica barre hoy el cuarto, por quinta vez, y por fin, se estiende una estera de la India, que recibí hace poco de Mendoza y que los novios van á estrenar.

La felicidad es muy barata en San Luis, aqui hay pocas necesidades y nadie se preocupa de lo que gasta, porque no tiene con quien hacer comparaciones.

Jorge está encantado de su nido; pero Sara se guarda bien ni de pasar por la puerta. En vano Lía le consulta, le ruega, ella todo lo aprueba, con tal de no pasar aquel terrible umbral.

Maria está muy preocupada, bien quisiera dar á nuestra hija, al mismo tiempo que sus mejores cositas, que ha dividido en dos lotes, para cuando á Lia le toque su turno, aquella imájen de la virgen su Patrona; pero como no es sino una, no sabe

como hacer, para no defraudar á una hermana en provecho de la otra.

Y me tienen Vds. corriendo todo San Luis, sin poder encontrar lo que busco; hasta que por fin, gracias al respetable cura párroco, hallo en la sacristia, toda llena de tierra y en un estado deplorable, la mismísima estampa, con sus ángeles, su cielo azul y su enorme serpiente. ¡Qué alegría! no sé como espresar mi agradecimiento á aquel buen señor, y corro con mi adquisicion á sacar de apuros á mi pobre muger. El cuadro está muy sucio, el vidrio medio quebrado; pero yo hallo remedio á todo.

Ya pongo manos á la obra: lavo la estampa con sumo cuidado, cambio el vidrio y una vez raspado el dorado del marco, le doy una mano de pintura negra, que lo deja muy presentable. Maria llora de alegría y despues de besar con respetuosa admiracion los pies de la divina señora, va á colocar el cuadro á la cabecera del lecho de su hija.

Llegó por fin el deseado día. El casamiento tendrá lugar en la Iglesia y asistirán á él, tan solo los de la familia, con escepcion de Amancio y el Sr. D. Mauricio, á quien Jorge ha invitado en reconocimiento á los finos servicios que este Señor le ha prestado. Ya estamos en marcha; Jorge dá el brazo á Maria, Sara viene conmigo, Amancio acompaña á Lia, D. Mauricio y Jane cierran la marcha.

Durante el camino he hablado á mi querida hija de su madre, recordando la inalterable bondad de su corazon, y su acrisolada virtud, jamás desmentida en los 25 años de nuestro matrimonio, Sara escucha enternecida, y yo confio en su buen natural, en la educacion que le he dado y sobre todo en el constante ejemplo de su madre.

Jorge es católico, á pedido de mi esposa, ambos amantes reciben la comunión durante la misa, que se celebra para cumplir el augustó sacramento en toda su

grandeza y solemnidad. El sí que les une para siempre, arranca dulces lágrimas á mi corazón, y un momento despues estrecho entre mis brazos á un nuevo hijo.

La vuelta á casa ha sido mas ruidosa. Ya se nos ha reunido D. Urbano, que pone cierta cara de disgusto al ver al Sr. Juez muy ufano, dar su brazo á la risueña Lia, que escucha encantada su conversacion animada y admira con pueril satisfaccion el elegante frac negro, que dibuja graciosamente el delgado talle de Amancio. Se me figura que este viaje, hemos de repetirlo muy pronto. ¡Sea cuanto antes! mi aprobacion y mi bolsillo están á la disposicion de ambos; que se casen; no hay nada que me guste tanto, como ver dos jóvenes amantes, realizar el voto de sus corazones.

La casa está llena de gente que entra y sale. Hasta el mas pobre de mis enfermos manda algun modesto presente á la novia. Águedita de vestido nuevo, encantada va y viene con los regalos; tan pronto aparece con un po-

lito, como cou una docena de huevos ó de duraznitos.

Sara á todos sonrie, dá las gracias á los chicuelos y les despide con una palabra cariñosa; pero Lia no deja salir á nadie, convida á todos los muchachos y los chicuelos aceptan encantados. No sé donde cabrá tanta gente, aquí está ya Doña Fulgencia con Benita y Casimira. vestidas con un lujo de colores que pasa los límites de lo permitido, y mas ufanas que nunca; sobre todo Benita, que comprende la importancia de su nueva posicion. D. Urbano así que entran dedica su atencion á la hermana del Sr. Juez, y ella en prueba de agradecimiento le enseña su boca desportillada.

Ño Miguel no es de los últimos, que bien temprano entregó en la cocina uno de sus cabritos en el mejor estado posible, y pronto ya para ponerse en el asador.

La mesa está colocada en el patio, debajo de la parra; no sé como hara tio Juan para servir á tanto convidado. Pero que, si

Ña Maria, tiene ya todo pronto en su cocina, y su comadre Justa, hará sus veces mientras ellas, mas lavada que una plata, despliega una asombrosa actividad. Todos caben apretados; Maria preside la mesa, los novios están juntos, y cada cual se sienta como mejor le conviene; Amancio no prueba bocado, y no quita los ojos á su vecina, que quizá por la misma causa está tambien desganada, Bénita y D. Urbano mascan á duo y mi hijo Juan se ocupa de Casimira. Hoy todos son felices; el cabrero está en la punta de la mesa, rodeado de muchachos que comen y charlan á cual mas, Águedita está en sus glorias, y yo?... Yo á fuer de buen inglés, pido que hagan silencio, me pongo de pié y digo estas palabras, que participan del doble sello de la accion de gracias y del english speech :

Amigos míos, demos gracias al Tode Poderoso por su incansable bondad. Después de los dias de angustia, nos manda la felicidad y el contento, como manda el ro-

cio á los campos abrazados por el calor del sol. No desesperemos jamás en las tribulaciones. Elevemos siempre nuestro corazon al Padre comun : *su mesericordia es infinita!*



